

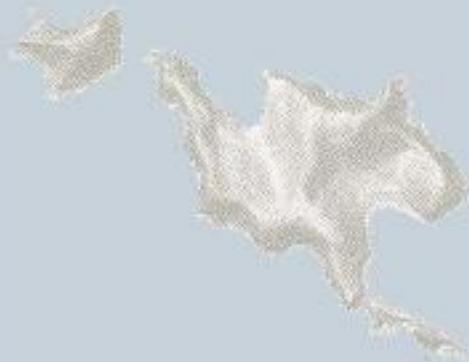
# ATLAS

DE

# ISLAS *REMOTAS*

DE

*Judith Schalansky*



*Cincuenta islas  
en las que nunca estuve  
y a las que nunca iré*



Lectulandia

Visualmente deslumbrante y con un diseño único, este libro recopila cincuenta islas alejadas en todos los sentidos de tierra firme, de la gente, los aeropuertos y los folletos turísticos. Su autora utilizó acontecimientos históricos e informes científicos como punto de partida para cada isla que proporcionan información sobre qué distancia la separa del continente, si está habitada, sus características y las historias que han configurado su acervo local. Con sus impresionantes mapas a todo color y su aire de misteriosa aventura, *Atlas de islas remotas* es perfecto para el viajero romántico que hay en todos nosotros.

Judith Schalansky

# **Atlas de Islas Remotas**

**Cincuenta islas en las que nunca estuve y a las que nunca  
iré**

ePub r1.0

Titivillus 09-04-2023

Título original: *Atlas der Abgelegenen Inseln. Fünfzig Inseln, auf denen ich nie war und niemals sein werde*

Judith Schalansky, 2009

Traducción: Isabel G. Gamero Cabrera

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



# TIERRA A LA VISTA. INTRODUCCIÓN

ESTE ATLAS ES, COMO TODOS LOS ATLAS, el resultado de un viaje de aventuras y descubrimientos. Todo comenzó hace tres años en la sala cartográfica de la Biblioteca Estatal de Berlín, mientras caminaba alrededor de un globo terráqueo del tamaño de un hombre e iba leyendo los nombres de los minúsculos pedazos de tierra que aparecían dispersos sobre la inmensidad del océano. Su lejanía y mi desconocimiento supusieron una invitación para comenzar a investigar.

Cada una de estas islas me resultaba un misterio y una promesa, como aquellos espacios en blanco que en los mapas antiguos señalaban los límites del mundo conocido. Tenía la impresión de que el mundo aún no había sido descubierto por completo, como si nadie hubiera cruzado los mares rodeando toda la esfera terrestre. Me sentía casi como si me hubiera enrolado en un barco con la esperanza de ser la primera persona en avistar una tierra desconocida o desembarcar en una isla nunca antes hollada; y tendría además la oportunidad de escribir sobre mis descubrimientos en los atlas de la posteridad. Pero en realidad ha pasado mucho tiempo desde la época de los descubrimientos, ya se han acabado aquellos días cuando en cada viaje alrededor del mundo se encontraban nuevas islas y se bautizaban sus costas. La única posibilidad que me quedaba era emprender mi propio viaje en la Biblioteca, impulsada por el deseo de encontrar mi propia isla en mapas antiguos y raros, y en las crónicas de los primeros descubridores de lugares remotos. No me guiaba ningún afán colonialista, tan solo pretendía superar mi nostalgia por aquellos tiempos de aventuras.

En mi imaginación, estas islas eran un lugar paradisíaco y utópico; representaban además una aspiración, compartida probablemente por todos

los humanos: la de encontrar el lugar perfecto, lejos del mundanal ruido, un espacio único para recuperar la tranquilidad, encontrarse a uno mismo y poder concentrarse, por fin, en lo que verdaderamente importa.

SIN EMBARGO, EN MI VIAJE no encontré ningún escenario idílico que calmara mi agitada existencia; todo lo contrario, en ocasiones deseé no haber descubierto algunos de estos lugares inquietantes y desolados, donde solo abundaban hechos terribles y completamente desdichados. Mientras descubría y redactaba, una a una, esas sombrías historias, comencé a beber ingentes litros de jugo de naranja para prevenir el escorbuto que tanto había afectado a los marineros protagonistas de algunos de estos relatos; y aunque en un primer momento me sentía bastante deprimida, acabé sintiéndome extrañamente cómoda y disfrutando de cada una de las historias.

Me sentía como ante una de esas pinturas del Juicio Final que cautivan la mirada del espectador con sus tortuosas representaciones del Infierno, repletas de bestias aterradoras y de descripciones minuciosamente detalladas de crueles técnicas de tortura. Sin duda este libro no muestra el Jardín de las Delicias; el Paraíso puede parecer idílico, pero no resulta nada interesante.

PREGUNTAR SOBRE LA VERACIDAD de estos relatos no es pertinente, ya que no se le puede dar una respuesta definitiva. No he inventado ni un solo hecho de estas páginas, sino que los he encontrado todos ellos en narraciones de otros. Descubrí estas historias y las hice mías, como hacían los antiguos marinos con las tierras recién descubiertas. Puedo asegurar que he investigado todos los textos que componen el libro y corroborado en distintas fuentes cada detalle; pero aun así, no resulta posible saber con certeza si todo sucedió exactamente como es narrado, porque la realidad de una isla no se puede reducir a sus coordenadas geográficas y su historia, sino que hay que tener en cuenta también todo lo que se ha proyectado o imaginado sobre ellas. Investigar con métodos de verificación científica lo que sucedió en cada una de estas islas no será nunca suficiente, pero siempre nos quedan recursos literarios.

Este atlas no es, por lo tanto, un manual de geografía, sino un proyecto poético; y parto de la siguiente premisa: una vez que resulta posible viajar alrededor de todo el globo terráqueo, solo nos queda un reto: permanecer en casa y descubrirlo desde allí.

JUDITH SCHALANSKY  
*Berlín, junio de 2011*

# **PREFACIO.**

## **EL PARAÍSO ES UNA ISLA, EL INFIERNO TAMBIÉN**

LA GRAN MAYORÍA DE LOS NIÑOS apasionados por los atlas nunca ha viajado al extranjero durante su infancia, o al menos ese fue mi caso. Crecí entre las páginas de un atlas y en mi clase había una chica en cuyo pasaporte constaba que había nacido en Helsinki. Esto era inconcebible para mí: H-e-l-s-i-n-k-i. Estas ocho letras significaban para mí la llave hacia un nuevo mundo desconocido. Incluso hoy en día me asombran y extrañan los alemanes nacidos en Nairobi o Los Ángeles, por poner un ejemplo, y no puedo dejar de preguntarles por sus vidas y pedirles que me cuenten sus historias más extrañas; me interesan tanto como si provinieran de la Atlántida, Thule o El Dorado. Sé, por supuesto, que Nairobi y Los Ángeles existen, que son auténticas ciudades que aparecen en los mapas; pero el hecho de que alguien haya estado en esos lugares o incluso haya nacido allí me sigue resultando emocionante.

Probablemente me atraían tanto los atlas porque con sus líneas, colores y nombres reemplazaban los lugares reales que no podía visitar; pero seguí sintiendo esta atracción incluso cuando todo empezaba a cambiar: las fronteras físicas y emocionales de mi país natal desaparecieron de los mapas y podíamos viajar libremente por el mundo.

Antes del cambio ya me había acostumbrado a viajar con el dedo índice sobre un atlas, susurrando nombres de países extranjeros, en la conquista de tierras lejanas desde la sala de estar de mis padres. Mi primer atlas se llamaba *El Atlas para todo el mundo* y, como todos los demás, estaba comprometido con una clara ideología. Mostraba su propia imagen del mundo, con una

evidencia incuestionable y a doble página, con el tamaño suficiente para que cada una de las repúblicas alemanas ocupara una página diferente. Entre ellas no había ningún muro, ningún telón de acero, sino solo un pliegue blanco, brillante y cegador que enmarcaba cada página y resultaba totalmente irrebalsable.

En los mapas escolares de la Alemania del Este se señalaba el carácter provisional de la República Democrática Alemana con una línea discontinua, que enmarcaba un territorio designado con las misteriosas siglas SBZ [*Sowjetische Besatzungszone*, territorio ocupado por los soviéticos]. Aunque solo me di cuenta de esta diferencia más adelante, cuando tuve que memorizar el nombre de ríos y montañas de mi país natal, que aparecían representados con el doble de su tamaño acostumbrado.

Desde ese momento desconfío de los mapas políticos, donde cada país queda recortado como una silueta de color sobre el mar azul. Estos mapas enseguida se vuelven obsoletos y no dan muchos más datos, aparte de quién gobierna cada mancha de color.

LOS MAPAS resultan mucho más informativos cuando no segmentan la tierra en distintas naciones, sino que superan e ignoran las fronteras creadas por los humanos. En los mapas topográficos las masas de tierra van cambiando sus colores brillantes, sin cortes abruptos, desde el verde oscuro de las planicies, pasando por el marrón rojizo de las montañas y hasta llegar al blanco glacial de las zonas polares; y los mares se extienden por su parte, en todos los tonos posibles de azul, ajenos al curso de la historia.

Por supuesto que estos mapas, con su inclemente generalización, apaciguan el carácter agreste de la naturaleza, por reducir la multiplicidad de la de la auténtica geografía, reemplazarla con signos convencionales y decidir si unos cuantos árboles constituyen o no un bosque, o si merece la pena señalar un rastro de huellas humanas como un sendero o un camino. De este modo las autopistas en los mapas se extienden con una amplitud contradictoria; una ciudad alemana de un millón de habitantes es representada con el mismo icono que una ciudad china, una bahía ártica brilla con el mismo azul que una pacífica, porque ambas tienen la misma profundidad, y los primeros icebergs que se levantaron sobre el mar permanecen ignorados.

Los mapas son al mismo tiempo abstractos y concretos y, pese a su objetividad, completamente medida y calculada, no pueden mostrar la

realidad, sino solo su propia interpretación de la misma, en ocasiones bastante temeraria.

LAS LÍNEAS DE LOS MAPAS demuestran ser auténticas artistas de la transformación; con su fría estructura matemática recortan meridianos y paralelos, sin tener consideración alguna por la diferencia entre tierra y mar; convierten además montañas, valles y fosas marinas en meras líneas de altura; y procuran, con la ayuda de tonos oscuros y sombras, que la Tierra mantenga su corporalidad.

Pero, más allá de esta frialdad, recorrer un mapa con el dedo índice puede ser entendido como un gesto erótico; esto me resultó meridianamente claro cuando en la Biblioteca Estatal de Berlín me encontré por primera vez un atlas en relieve. Era un globo terráqueo con todas sus curvas rugosas, sus alturas y sus profundidades, y, por primera vez, todas sus superficies se hicieron obscenamente tangibles para mí, desde la insondable Fosa de las Marianas hasta las inalcanzables cimas del Himalaya.

Un globo terráqueo representa la Tierra con más fidelidad que una colección de mapas en un atlas y por esto mismo puede despertar el espíritu viajero de los más jóvenes. La forma esférica de la Tierra resulta además tan maravillosa como problemática; su perpetuo movimiento es ilimitado e irrefrenable, no distingue arriba de abajo ni principio de fin, y la mitad de su superficie permanece siempre oculta.

EN CAMBIO, EN LOS ATLAS, la Tierra parece tan plana y alcanzable como la imagen que durante tanto tiempo se tuvo de ella, antes de que los exploradores descubrieran y dieran nombres a todos los espacios en blanco de los mapas y nos salvaran de los inquietantes monstruos marinos y otras aterradoras criaturas que poblaban sus márgenes. Al final, aquel ingente continente deseado del Polo Sur del planeta también fue condenado a desaparecer y su nombre se reveló como doblemente falso: *Terra australis incognita*, porque, si no se conoce una tierra, ¿cómo puede recibir un nombre?

Pretender hacer visible el mundo entero en una única representación bidimensional presenta problemas, que incluso en nuestros días no han sido solucionados de forma satisfactoria. Todas las representaciones muestran la Tierra distorsionada: o bien las distancias no se ajustan a la realidad, o bien los extremos quedan deformados y no se corresponden con su verdadera

extensión. Si se dibuja un mapa que represente adecuadamente los extremos, los continentes no van a estar proporcionados: África, el segundo continente en extensión, va a parecer que tiene el mismo tamaño que Groenlandia, la isla más grande del mundo, que en realidad es catorce veces menor que ese continente. Resulta imposible por lo tanto representar la superficie curva de la Tierra en un único plano que mantenga la misma proporción a lo largo y a lo ancho, en el centro y en los extremos. Todos los mapas establecen un pacto de ficción que convierte la cartografía en un arte que oscila entre la abstracción que anula los detalles y el desdibujamiento estético del mundo. Pero en Occidente se ha tendido a representar el mundo, distribuido de norte a sur y para que pueda ser percibido desde arriba, como lo haría un dios. Esta representación del mundo, hipotéticamente objetiva y sostenida aparentemente en evidencias científicas, reclama su veracidad y su exclusividad. Y no dudamos en denominar «el mapa del mundo» a esta representación, como si solamente pudiera ser así, como si no existiera un sistema solar o un universo más allá de estos límites. ¡Pero por supuesto que debe llamarse «mapa del mundo», no se le va a llamar «invención del mundo»!

HACE UN PAR DE AÑOS, mi profesora de topografía me enseñó un enorme libro que guardaba en una gran cartoteca. Ya había visto con anterioridad algunos mapas de su colección: álbumes históricos, plagados de historias poéticas, acuarelas del país de Jauja, repletas de salchichas, pasteles y ribetes de colores; también había visto una antigua enciclopedia miscelánea, de formato apaisado y distribuida por entregas: se trataba de un compendio de todo el conocimiento posible, con el título más prometedor que ningún libro pueda tener: *Te lo contaré todo*. El contenido no era para menos: en solo un tomo se podía leer una descripción de distintas formas de llevar la barba a la moda, justo después de una página entera dedicada a muestras de dentaduras humanas, y la historia de los concilios ecuménicos estaba seguida del listado de los atentados más importantes de la modernidad, insólita combinación que permitía que el ladillo de esa página fuera la maravillosa inscripción: «concilios/atentados».

Pero en el momento en que ella puso ante mis ojos esas láminas sedosas, algo arrugadas y encuadernadas en papel de mármol azul, el *Te lo contaré todo* quedó eclipsado. Cada una de las páginas de este atlas, quebradizas y amarillentas, estaba cubierta de innumerables figuras geométricas: cruces y

recuadros, simples, dobles o triples; líneas continuas y discontinuas y todo tipo de letras, redondas, cursivas y completamente decoradas; iconos, abreviaturas, flechas y símbolos, todos ellos dibujados con finos trazos de carboncillo y coloreados con acuarela. Cada uno de los protagonistas de este relato cartográfico tenía rasgos propios, que los individualizaban y estaban descritos, uno a uno, en el índice con detalles minuciosos; a pesar de que las líneas blancas y negras creaban amplios márgenes y del tamaño a escala. En algunas ocasiones el trazo de la pluma resultaba algo tosco, pero en otros casos era tan perfecto que no parecía hecho a mano. Como revelaba el título, escrito en versalitas profusamente decoradas, este volumen era el compendio de una serie de ilustraciones topográficas de aprendices de cartografía francesa entre 1887 y 1889.

En el interior de la sobrecubierta descubrí una pequeña hoja de papel suelta. Era el mapa de una isla, que incluía además un trampantojo en la esquina inferior derecha; no tenía escala ni leyenda. En el centro de esta isla muda y anónima se alzaba un gran macizo montañoso, pintado con acuarela marrón; en sus valles había pequeños lagos y los ríos serpenteaban en su travesía hacia el mar, apenas insinuado por el contorno azul que enmarcaba la orilla.

Imaginé que un joven aprendiz de cartografía habría ensayado sus primeros trazos en esta isla, antes de atreverse a dibujar la tierra firme; y de repente me resultó meridianamente claro que las islas no son más que pequeños continentes, y que los continentes, por lo tanto, no son nada más que islas muy muy grandes. Este pedazo de tierra de claros contornos era perfecto, pero al mismo tiempo había sido olvidado completamente, como la hoja suelta en la que fue dibujado; había perdido todos sus vínculos con tierra firme, el resto del mundo simplemente se había esfumado. Nunca he vuelto a ver una isla tan solitaria.

EN REALIDAD, EXISTEN MUCHAS ISLAS que están tan lejos del país al cual pertenecen que ni siquiera aparecen en los mapas nacionales. La gran mayoría es ignorada, pero en ocasiones se les reserva un lugar dentro de un rectángulo en un lado del mapa: atrapadas en su marco, amalgamadas en una de las esquinas, con su propia escala, pero sin información sobre su ubicación real. Se convierten así en notas al pie de la tierra firme, en un conocimiento docto, incuestionable pero prescindible, que me resulta mucho más interesante que todo el conjunto continental.

Preguntar si una isla, por ejemplo la **Isla de Pascua**, está lejos, resulta relativo; sus habitantes, los Rapa Nui, llamaron a su hogar Te Pit o Te Henua, que se puede traducir como «el ombligo del mundo». Dada la forma esférica e ilimitada de la Tierra, cualquier lugar puede ser considerado el centro del mundo.

Solo desde tierra firme resulta posible pensar que esta isla, creada por volcanes ahora extintos, se encuentra lejos. Solo desde el punto de vista continental se puede creer que el hecho de que una isla se encuentre a varias semanas de viaje en barco de la tierra más cercana la convierte en un paraíso. Solo para los que viven en el continente todo trozo de tierra rodeado de agua por todos lados resulta el lugar perfecto para proyectar experimentos utópicos y paraísos terrenales: al sur del Atlántico se encuentra **Tristán de Acuña**, donde en el siglo XIX siete familias vivieron en concordia microcomunista bajo el sistema patriarcal de William Glass. En la otra punta del planeta, en las Galápagos, el doctor Ritter, un dentista berlinés hastiado de la civilización y de las crisis económicas mundiales fundó **Floreana** en 1929 y allí renunció a todo lo que consideraba superfluo, vestimenta incluida. Y el norteamericano Robert Dean Frisbie se mudó en los años veinte del pasado siglo a un atolón del Pacífico **Pukapuka**, donde, siguiendo un motivo clásico de la literatura de los Mares del Sur, se escandalizó y envidió la liberalidad de costumbres de los isleños. Estas islas parecen encontrarse en su estado primigenio, invariado desde sus inicios, paraísos previos al pecado original, puros, sin sentimiento de pudor ni de culpa.

LA FASCINACIÓN POR LUGARES REMOTOS llevó al marinero californiano George Hugh Banning, a comienzos del siglo XX, a enrolarse como grumete para navegar por el Pacífico, empujado por el inconfesable deseo de que su barco naufragara; no le importaba dónde sucediera el naufragio, mientras fuera lejos, en un lugar dejado de la mano de Dios, rodeado de agua por todas partes. En principio tuvo mala suerte y escribió desilusionado: Solo hacemos escalas en islas «tan interesantes» como Oahu y Tahití, donde envoltorios de chicles y el acento americano resultan casi tan frecuentes como las cáscaras de plátano en el suelo y el susurro del viento entre los palmerales. Más tarde tuvo buena suerte por fin y se enroló en una expedición por aguas mexicanas en uno de los primeros yates de diésel propulsados por electricidad. En este viaje llegó a **Socorro**, de Baja California, donde tuvo la certeza de que no recibiría muchas visitas, ya que no había absolutamente nada allí, como todos

le dijeron cuando insistió en quedarse. Cuando le preguntaron por su fecha estimada de regreso, para ir por él y devolverlo a tierra firme, respondió: Nunca, nunca, y esto es lo bello.

Otras expediciones atraídas por la belleza de la nada fueron las que trataron de navegar por los hielos eternos (*Isla Rodolfo*), para estudiar la rotunda nada de los puntos polares. Aunque en realidad, en estos viajes al Polo Norte las distintas naciones descubrieron un nuevo mundo, rico en vegetación y nuevas materias primas, que motivó muchos enfrentamientos. La atracción por la nada condujo a los más aventureros a una isla en la Antártida en la que nunca había logrado desembarcar nadie (*Pedro I*). Otro reto inalcanzable, ofensa para el orgullo de los hombres, quienes querían dejar su huella ahí y al mismo tiempo asegurarse un lugar destacado en los anaqueles de la historia universal. Tres expediciones enteras fueron vencidas por esta isla completamente congelada; la primera que logró desembarcar allí lo hizo en 1929, ciento ocho años después de su descubrimiento, y hasta los años noventa más hombres han pisado la Luna que esta isla.

MUCHAS ISLAS REMOTAS son doblemente inalcanzables: la travesía para llegar hasta ellas es larga y complicada, en ocasiones resulta imposible desembarcar en sus costas, otras veces esto se logra con peligro mortal; pero incluso cuando se consigue llegar a tierra sin perder la vida, la isla, durante tanto tiempo perseguida, suele estar desierta y no ofrece nada de interés, como era de esperar. Los cuadernos de bitácora de distintas expediciones corroboran esto: el teniente Charles Wilkes anotó que la *Isla Macquarie* no ofrece interés para los visitantes. Y el capitán James Douglas describió así este mismo lugar: Esta isla es el lugar más miserable que nadie haya podido imaginar para el exilio de unos esclavos cautivos. Anatole Bouquet de la Grye fue conciso al describir su primera impresión de la *Isla Campbell*: *triste*. Y George Hugh Banning, el ya mencionado amante de las islas solitarias, se refirió a *Socorro* de esta manera: Ante todo resulta desoladora, tanto que me recuerda a un cúmulo de paja quemado, medio apagado por la lluvia, cuyas llamas carecen de la fuerza para volver a arder y se extingue en silencio sobre un charco de agua mortecino.

LA MAYOR PARTE DE ESTOS VIAJES de aventuras está condenada al fracaso de antemano; un esfuerzo excesivo, y en ocasiones hasta disparatado, puede

obtener como resultado la más mísera de las nadas. Por ejemplo, la Académie Française des Sciences envió dos expediciones muy costosas al lado opuesto del mundo, la *Isla Campbell*, en 1874, para observar el tránsito de Venus, el acontecimiento astronómico del siglo, que acabó cubierto por enormes nubarrones.

Para distraer la atención de fracasos como este, los científicos dedican mucho tiempo a medir cada rincón de cada isla o a buscar ejemplares de las especies locales, cuyo listado, inventariado en largas tablas, aumenta con creces los apéndices de los cuadernos de navegación y justifica parte de los gastos. Cada isla supone un motivo de regocijo para los investigadores, es un laboratorio natural concentrado, donde no resulta necesario delimitar con grandes esfuerzos el objeto de estudio; la totalidad investigada permanece accesible, calculable y completamente alcanzable, apenas a unos kilómetros a la redonda y limitada por el mar, hasta que la flora y fauna locales son arrasadas por las especies invasivas o los habitantes se contagian de las enfermedades de los exploradores, desconocidas hasta el momento.

NO RESULTA EXTRAÑO que algunos viajeros que llegan a una isla sientan una enorme angustia y, ante las evidentes limitaciones de estos lugares, se obsesionen con la terrible posibilidad de quedar sitiados en ellas para siempre y tener que permanecer hasta el final de sus días en ese solitario espacio, sin nada más que hacer que enfrentarse a su propia existencia.

En este sentido, las rocas negras de *Santa Helena* se convirtieron en el lugar de exilio y muerte de Napoleón, y la verde y fértil *Isla de Norfolk* dejó de ser un paraíso exuberante para convertirse en la colonia penitenciaria más temida de todo el Imperio Británico. Y los esclavos supervivientes del naufragio del *Utile* se sintieron libres en la diminuta isla *Tromelin*, pero esta hipotética libertad recuperada, que no llegaba a medir un kilómetro cuadrado, rápidamente se convirtió en una lucha descarnada por la vida.

Las islas lejanas son por naturaleza una cárcel perfecta, circundada por el muro monótono e irrebasable del mar, tenazmente presente. Resultan especialmente convenientes para este fin las islas que se encuentran más apartadas de las rutas comerciales que unen, como si fuera un cordón umbilical, a las colonias de ultramar con tierra firme. En sus tierras se puede abandonar y olvidar todo lo que resulta poco deseable, repulsivo y odioso para la civilización. En este confinamiento, terribles enfermedades pueden expandirse sin obstáculos, como las misteriosas muertes de niños en *Santa*

**Kilda**, y extrañas costumbres pueden imperar, como las prácticas deleznable, pero aparentemente necesarias, de infanticidio que se dan en **Tikopia**. Crímenes horrendos como violaciones ( **Clipperton**), asesinatos ( **Floreana**) y canibalismo ( **San Pablo**) parecen ser prácticamente inevitables en el estado de excepción que crean las islas. E incluso en nuestros días, existen territorios gobernados por leyes que causan repulsa a nuestro sentido del derecho, como puede verse con claridad en el escándalo sexual sucedido en **Pitcairn**, donde sigue viviendo la pequeña comunidad de descendientes de los amotinados del *Bounty*: en 2004, la mitad de varones residentes en la isla fue acusada de haber violado regularmente a mujeres y niños durante décadas. Los acusados adujeron en su defensa que sus costumbres centenarias estaban permitidas por derecho consuetudinario, ya que sus antepasados ya habían realizado prácticas de ese tipo con tahitianas menores de edad. El paraíso puede ser una isla, pero el infierno también lo es.

LA VIDA EN ESTOS PEQUEÑOS LUGARES solo es pacífica en contadas ocasiones, ya que la dictadura de un tirano solitario que impone un régimen de terror resulta más frecuente en las islas que la utopía de una comunidad completamente igualitaria. En principio, las islas fueron entendidas como colonias naturales, que estaban ahí, esperando ser conquistadas; por motivos como este fue posible que un farero mexicano se coronara a sí mismo rey de **Clipperton** y una timadora austríaca fuera proclamada emperatriz de las Galápagos en **Floreana**.

Estos pequeños continentes constituyen mundos en miniatura donde, por encontrarse tan lejos y apartados del dominio público, resulta posible vulnerar los derechos humanos ( **Diego García**), hacer explotar bombas nucleares ( **Fangataufa**) o permitir catástrofes ecológicas, sin hacer nada por remediarlas ( **Isla de Pascua**).

En los confines de este mundo ilimitado ya no quedan jardines del edén; por el contrario, los hombres, que cada vez se expanden más por el mundo, se han convertido en aquellos monstruos que sus antepasados, los aventureros y descubridores, trataban de eliminar de los mapas.

NO OBSTANTE, LOS SUCESOS MÁS TERRIBLES siguen siendo los que poseen más potencial literario, y las islas suponen un emplazamiento perfecto para su

desarrollo. Mientras el carácter absurdo de la realidad se diluye y relativiza en la inmensidad de tierra firme, en las islas se concentra y se vuelve prácticamente incuestionable: una isla es un espacio teatral; todo lo que sucede en ellas está prácticamente condenado a convertirse en leyenda, en tragicomedias de tierras remotas o en motivo de inspiración literaria. Estos relatos constituyen un género único porque verdad y mito no pueden separarse ya: la realidad se ficcionaliza y la ficción se torna real.

ANTIGUAMENTE LOS NAVEGANTES eran alabados por sus descubrimientos y entendidos casi como poderosos creadores; los trataban no solo como si hubiesen descubierto nuevos mundos, sino como si ellos mismos los hubiesen forjado. Los nombres desempeñan un papel muy importante en este momento creativo; parece como si al nombrar un lugar se le dotara de existencia. Por medio del bautizo, se sella un vínculo inseparable entre descubridor y tierra descubierta, y estas islas, supuestamente sin dueños, pasan a pertenecer de modo legítimo a aquellos que las avistan desde lejos, les dan nombre o habitan en ellas durante una temporada.

La expresión *Scribere necesse est, vivere non est* se aplica a todos estos casos: parece que solo haya sucedido realmente lo que es nombrado y queda por escrito. Además, quien clava la bandera nacional en el suelo de una tierra nueva se asegura de que su nación pasa a dominar ese territorio con todas las de la ley; poco después los investigadores calculan y apuntan las coordenadas de la isla, cartografían la tierra y designan los accidentes geográficos con nombres de su lengua natal. El hecho de que Noruega haya sido el único país en elaborar un mapa actualizado de la isla **Pedro I** le concede tácitamente la posesión de esta isla, aunque según el Tratado Antártico ningún país puede reivindicar derechos de propiedad sobre este continente. Los cartógrafos siguen a los descubridores y, al dar nombres nuevos, estas tierras parecen nacer por segunda vez. Cada territorio recién descubierto recibe al mismo tiempo nombre y un nuevo dueño; y cada acto de conquista se vuelve a repetir cuando se dibuja su mapa. Solo cuando un territorio es minuciosamente estudiado, catalogado y medido, puede considerarse que existe en realidad; por todo ello, cabe considerar que todos los mapas son el resultado y la práctica de la violencia colonial.

LA REALIDAD FÍSICA DE CADA ISLA converge en ocasiones con el mapa que la representa, y entonces ya no resulta posible separarlos, como le sucedió a August Gissler, quien se dejó arrastrar por distintos mapas del tesoro y excavó durante años la superficie completa de la Isla de los Cocos a finales del siglo XIX en la búsqueda de oro. Las promesas que le hacían los mapas resultaron al final más valiosas y reales que los tesoros que nunca encontró. Otro mapa inspiró la novela de Robert Louis Stevenson, quien sostuvo: La forma de la isla hizo volar mi imaginación de manera extraordinaria. Tenía puertos que me hechizaron con sus sortilegios y, casi con la conciencia de estar predestinado para esta tarea, decidí nombrar a mi creación La Isla del Tesoro.

Este título no solo se ha convertido en el representante por antonomasia de todo un género literario, sino que acabó integrándose en los atlas reales, ya que en 1970 se cambió el nombre a una isla del archipiélago chileno Juan Fernández, solo para atraer turistas. En ella, antiguamente llamada Isla Más a Tierra, Alexander Selkirk protagonizó su propia robinsonada *avant la lettre*, pero hoy en día esta isla no lleva el nombre de este aventurero, sino el de su encarnación literaria **Robinson Crusoe**; y para complicar más el asunto, a ciento sesenta kilómetros al este, se encuentra la isla Alejandro Selkirk, aunque este nunca pusiera un pie ahí.

Aunque en los mapas no se le dé importancia al horizonte, en realidad este tiene un inmenso poder sobre las islas, ya que día a día, con su agónica monotonía, corta el campo visual que se puede observar desde tierra y abre la posibilidad de que quizás, en cualquier momento, como un inesperado *deus ex machina*, emerja un barco, repleto de víveres o de promesas de regreso, apenas perfilado en la línea distante y azul del horizonte.

Por otro lado, los descubridores se vengan de los territorios que no cumplieron sus expectativas por medio de los nuevos nombres que dan a esas tierras; así, Fernando de Magallanes en 1521 y John Byron en 1765 llamaron respectivamente Islas de la Decepción a unos pequeños atolones de las Tuamotu. El primero por no haber encontrado en esa tierra baldía ni una sola gota del agua potable que tanto necesitaban, ni absolutamente nada para comer; el segundo porque los pocos habitantes de la isla, hoy desierta, fueron inexplicablemente hostiles con los recién llegados. Muchos nombres proceden de narraciones míticas o fabulosas, por ejemplo en **Posesión** fluye el río Estigia y la capital de **Tristán de Acuña** se llama Edimburgo de los Siete Mares, aunque los que viven allí la llaman simplemente «el asentamiento»: ¿acaso podría llamarse de otro modo el único espacio habitado que hay en un radio de 2400 kilómetros a la redonda?

Las denominaciones geográficas reflejan los sentimientos de sus habitantes y también los de los que, habiendo nacido en otro sitio, vivieron allí mucho tiempo; en este atlas he utilizado sobre todo los nombres creados por este segundo grupo, por aquellos que se vieron obligados a vivir largas temporadas en islas muy lejanas; por ejemplo los trabajadores destinados en *Ámsterdam* llamaron «virgen» a uno de los cabos de esta isla, «pechos» a dos de sus volcanes y otro cráter fue oficialmente bautizado como «Venus». Toda la orografía de esta isla se ha convertido en un póster erótico, en un sustituto de las mujeres que nunca fueron allí. Esta isla supone al mismo tiempo un lugar real y su reflejo metafórico.

LOS CARTÓGRAFOS deberían reivindicar su oficio como un verdadero arte poético y los atlas como un género literario de belleza máxima; en definitiva, su arte es digno merecedor de la primera denominación que recibieron los mapas: *Theatrum orbis terrarum* [Teatro del mundo].

Los mapas pueden o bien despertar ansias por viajar y conocer países nuevos, o bien apaciguar este deseo, especialmente cuando la satisfactoria experiencia estética de recorrer un mapa con ojos y dedos logra reemplazar el viaje real. Pero consultar un atlas supone mucho más que cualquier viaje: todo el que abre sus páginas no se contenta solo con observar lugares exóticos y aislados, sino que desea traer el mundo entero ante sí, de una vez y sin limitaciones. El anhelo por viajar prevalecerá sobre los atlas y siempre será mayor que la satisfacción alcanzada al cumplir el objetivo deseado. Desearía que cualquier atlas fuera más valorado, hoy y siempre, que la guía de viajes más completa.

JUDITH SCHALANSKY

# OCÉANO GLACIAL ÁRTICO

Isla del príncipe  
Rodolfo

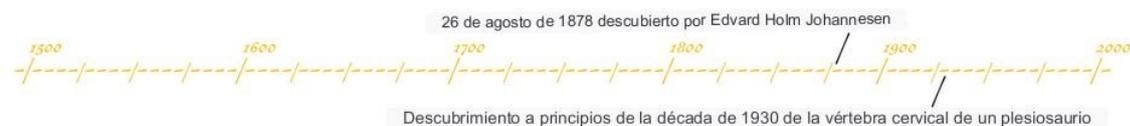
Soledad

## Soledad (Rusia)

77° 29' N | 82° 30' O

Noruego: *Ensomheden* [Soledad] | Ruso: *Ostrow Ujedinenija* [Isla de la Reclusión]

20 km<sup>2</sup> | Deshabitada



Soledad se encuentra en el Polo Norte, en el centro del Mar de Kara. La isla hace honor a su nombre: es fría y desolada, en invierno se blindada de bloques de hielo; la temperatura media anual es de 16 grados bajo cero y en verano apenas supera los cero grados.

Aquí no vive nadie, una antigua estación polar se desmorona sobre la nieve; edificios abandonados, con vistas a pantanos helados, dormitan en los fiordos.

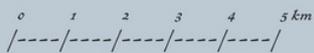
En esta isla se encontró una vértebra de una bestia de un tiempo que no es el nuestro; un par de años después, un submarino alemán bombardeó la estación meteorológica, destrozando varios cobertizos y matando a todos los trabajadores. Atacar Soledad fue una de las últimas misiones de ese destacamento alemán, de nombre *Operación Maravilla*.

Durante la Guerra Fría el centro meteorológico fue reconstruido y se convirtió en una de las estaciones polares más grandes de toda la Unión Soviética. Un marinero, procedente de Tromsø, descubrió y bautizó esta isla

hace ya mucho tiempo, pero ese primer nombre ha sido olvidado. Los rusos la llamaron Isla de la Reclusión, pero quienes visitan la isla hoy en día ya no son prisioneros, sino eremitas que quieren pasar un año gélido y silencioso en Soledad, hasta regresar a tierra firme convertidos en santos.

Los víveres se conservan cubiertos de hielo en barracas verdes de madera, igual de congelados que los barómetros y los restantes instrumentos usados para medir la dirección del viento, la radiación del hielo o la altitud de las nubes; el pluviómetro está enterrado bajo una gran capa de nieve. En una pared, revestida con papel con dibujos de palmeras falsas, cuelga un retrato de un barbudo Lenin. En un cuaderno están meticulosamente anotadas todas las tareas de mantenimiento realizadas por los mecánicos, así como los niveles de aceite y gasolina de la única máquina del lugar.

La última entrada que se conserva, escrita con rotulador rojo, se sale de los márgenes del cuaderno y sostiene lo siguiente: 23 de noviembre de 1996. Hoy llegó la orden de evacuación. El depósito de agua se está vaciando, generador desconectado. La estación está... La última palabra es ilegible. Bienvenidos a Soledad.

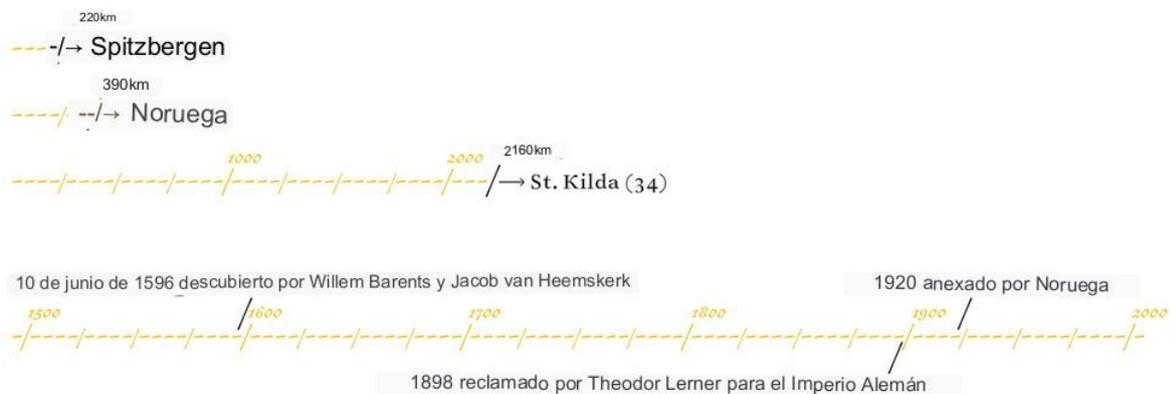


## Isla del Oso Archipiélago de Spitsbergen (Noruega)

74° 26' N | 19° 03' O

Noruego: *Bjørnøya*

178 km<sup>2</sup> | 9 habitantes



El 30 de junio de 1908, pese a ser un día lluvioso, el barómetro alcanza su cota más alta; a las dos de la mañana, hora local, siete ornitólogos, cuatro taxidermistas y un armero que viajan a bordo del vapor *Strauss* desembarcan en el muelle sur de la Isla del Oso. El barón Hans de Berlepsch, fundador de la Sociedad Protectora de los Pájaros, permanece alerta en la cubierta, lleva colgados unos gemelos en el cuello, además de su blasón, que ostenta cinco papagayos y fue otorgado por la gracia de Barbarossa. En silencio, escucha con atención en la oscuridad, intentando distinguir el canto de los pájaros que hasta entonces solo conocía por libros.

A la mañana siguiente ya han cazado fulmares y aras aliblancas, una cría de garza blanca y un enorme gavión negro. En la playa, bandadas de gaviotas hiperbóreas revolotean por todos lados, los coleccionistas atrapan un puñado de crías, aún cubiertas de plumón grisáceo, y se las llevan a bordo, dos para criarlas en cautiverio, las restantes para matarlas y desplumarlas. Unas aras tordas observan a los recién llegados desde los acantilados.

Uno de ellos mata a un gavión negro de gran tamaño, aunque al examinarlo de cerca resulta ser una pequeña gaviota argéntea; otro golpea un colimbo rojizo. Tierra adentro, sigue el rastro de un págalo de cola alargada y acaban encontrando algunos patos negrones, que huyen por un lago helado. En los bancales de un arroyo disparan a una hembra de lavandera, mientras una pareja de escribanos huye volando con tanta agitación que revelan el emplazamiento de su nido, por desgracia aún vacío. Una pareja de gaviotas árticas trata de desviar la atención de los ornitólogos, se alzan en vuelo para evitar que encuentren su nido, pero al fin los investigadores localizan el escondite de los huevos en una hondonada musgosa; son de color ocre, salpicados de manchas cetrinas y están perfectamente camuflados bajo una capa de brezo verde oliva. El barón de los pájaros recoge cuatro huevos enteros y uno roto, los envuelve en un pañuelo de bolsillo y se los lleva al barco. Los otros exploradores descubren unas alcas tordas que vuelan junto a las aliblancas, descerrajan varios tiros y un ejemplar de colorido plumaje se desploma sobre el agua. El viaje ha valido la pena, ya tienen suficientes evidencias de la existencia de la isla. Los coleccionistas están satisfechos y, mientras recuentan su botín, una bandada de gaviotas devora los restos de una ballena en la playa.



## Isla Rodolfo *Franz-Joseph Land* (Rusia)

81° 46' N | 58° 56' E

También conocida como *Isla del Príncipe Rodolfo Coronado*

Ruso: *Ostrow Rudolfa*

297 km<sup>2</sup> | Deshabitada



El trineo avanza en dirección norte a cincuenta grados bajo cero, porta treinta libras de carne de oso y trata de alcanzar la siguiente latitud. Las patas ensangrentadas de los perros árticos colorean la nieve y trozos del glaciar se iluminan y crujen bajo el sol. El paisaje es baldío, carece por completo de vegetación y es tan blanco como sus representaciones en los mapas. Cada vez quedan menos lugares por descubrir en el orbe terrestre, algunos de ellos esperan a ser nombrados cerca de aquí, en los confines del mundo: una tierra de nadie sin puntos cardinales. El polo silencioso que orienta la brújula es inalcanzable: el enigma del Paso del Noroeste sigue sin resolverse; el sueño de un mar abierto, caldeado por la Corriente del Golfo, un canal navegable que conduzca hasta las Indias aún está por cumplir.

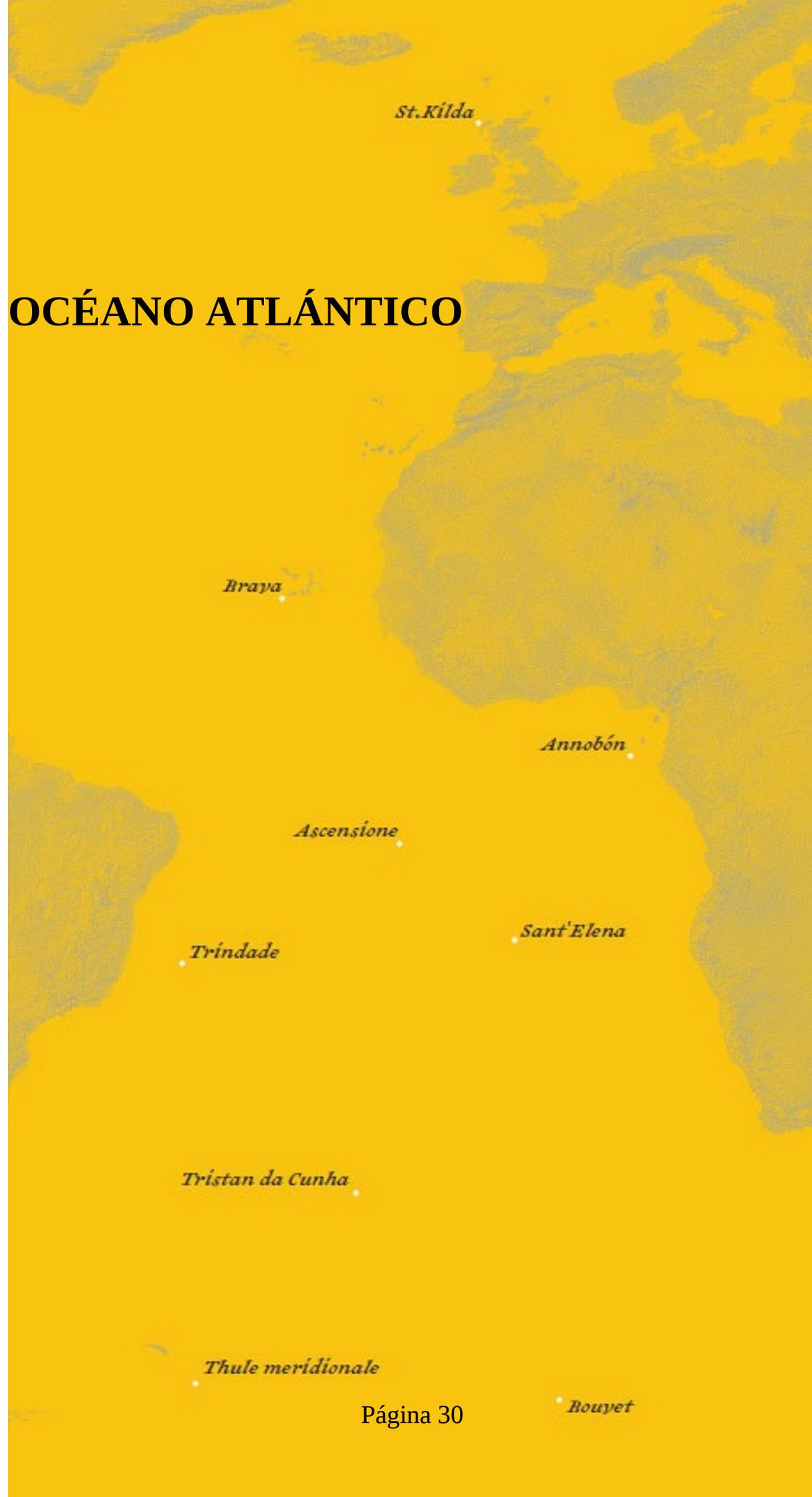
Dejan atrás el trineo, malduermen en una grieta del glaciar y avanzan a pie hacia el norte. La expedición está dirigida por el teniente Julius Payer, primer hombre que logró escalar más de treinta cimas alpinas y comandante en tierra de esta misión; pero aquí no hay tierra que valga. Aunque todas las

islas de este archipiélago recién descubierto hayan recibido un nuevo nombre, Rodolfo no es más que un gran trozo de hielo vacío. El teniente Payer no duda a la hora de nombrar, avanza incansable, bautizando cada isla, cada glaciar y cada saliente rocoso con nombres de los amores de su juventud, de sus mecenas, amigos y archiduques, e incluso del hijo de Sissí. Intenta traer su hogar a esta tierra de hielo: rememorando los nombres de los padres de la tierra, en el nombre de los padres de la tierra.

La brújula anuncia que ya se han superado los 82 grados de latitud norte; el teniente dibuja una nueva línea en su mapa mudo, pero en realidad, en la tierra, no hay más que una gran capa de nieve, indiferente a los mapas. Por la tarde alcanzan la otra orilla de la isla, llamada igual que el Príncipe Coronado, pero ante ellos no se extiende ningún mar navegable, sino solo una inmensa superficie vacía, ribeteada de hielo; en el horizonte resplandecen montañas de nubes. El teniente dibuja por última vez tenues líneas sobre el papel: Cabo Felder, Cabo Sherard-Osborn y la punta sur de la Isla Petermann; clava la bandera del Imperio Austrohúngaro en el suelo rocoso y sumerge en un arrecife un mensaje dentro de una botella. Palabras heladas, información para viajeros del futuro: Cabo Fligely, 12 de abril de 1874, 82° 5'. Último punto alcanzable en dirección norte. Hasta aquí y no más allá.



# OCÉANO ATLÁNTICO

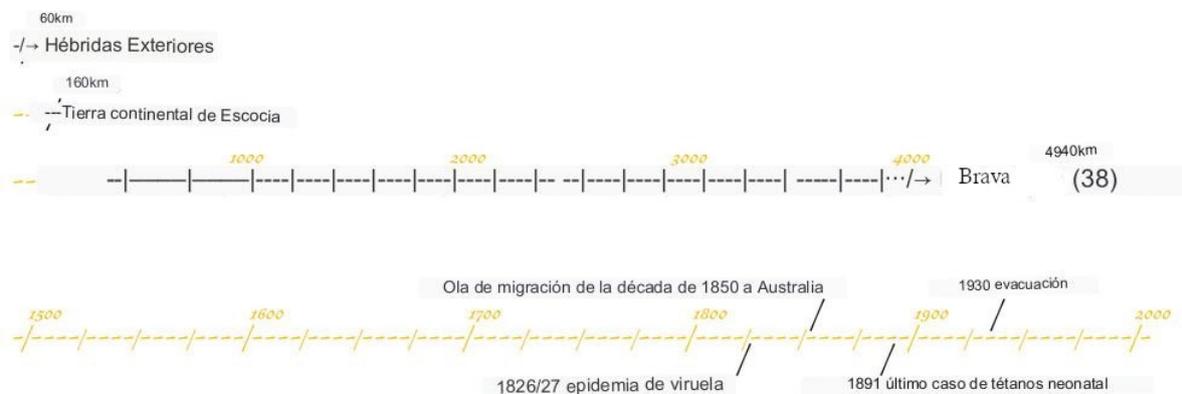


## Santa Kilda (Reino Unido)

57 ° 49' N | 8 ° 35' O

Inglés: *St Kilda* | Gaélico: *Hiort o Hirta*

8,5 km<sup>2</sup> | Deshabitada

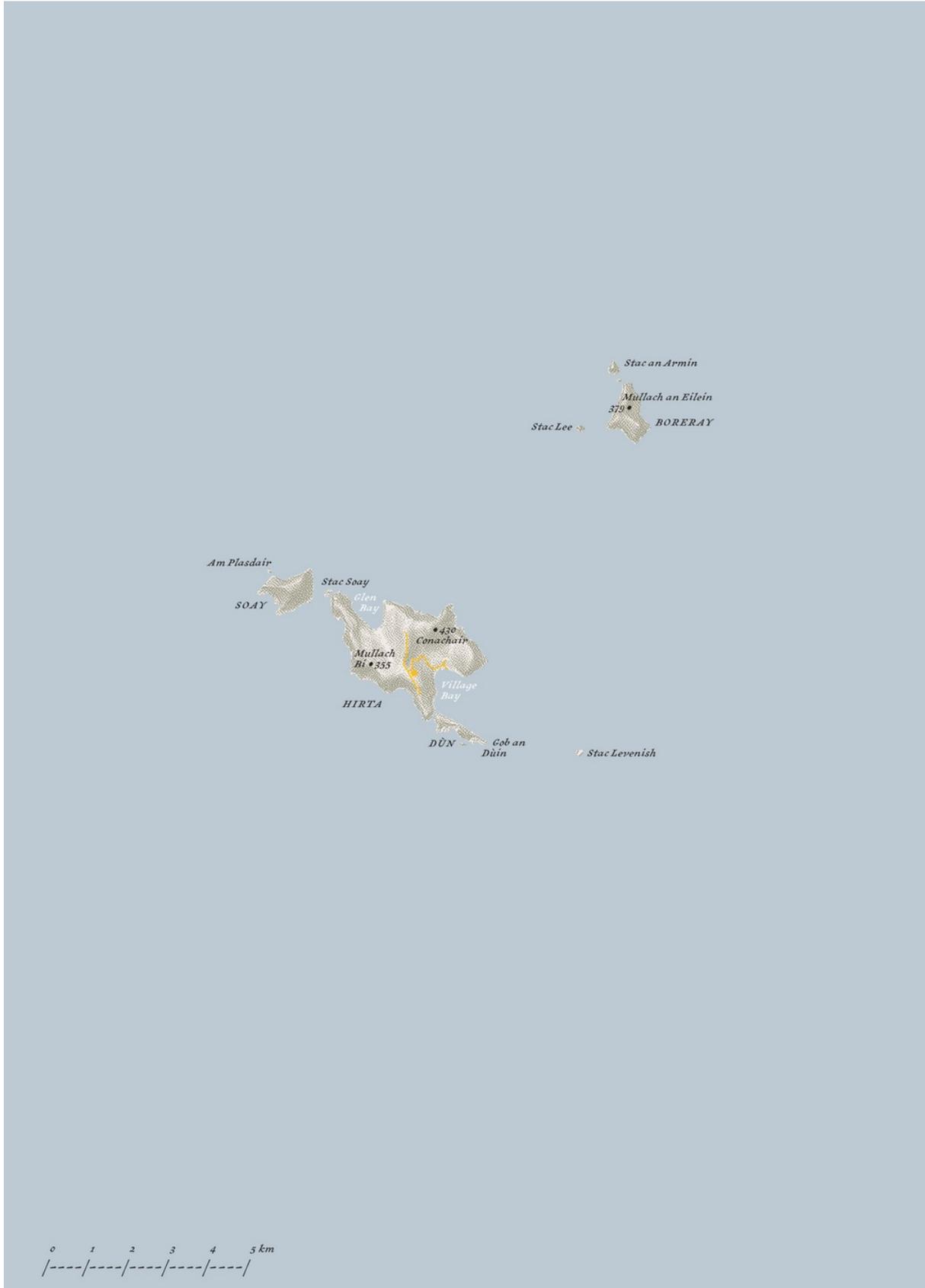


Santa Kilda, no estás en esta tierra, tu nombre no es más que el silbido de los pájaros que malviven en los acantilados de esta roca, último confín de Inglaterra, el punto más distante de las Islas Hébridas; solo se puede llegar hasta aquí cuando el viento noroeste sopla de forma continuada.

El único pueblo que permanece de pie está formado por dieciséis casuchas, tres cobertizos y una iglesia; en el cementerio yace el futuro de la isla: todos los niños nacen sanos, pero en su cuarta o quinta noche se niegan a recibir alimentos, sus llantos se escuchan en todo el pueblo. Al sexto día, sus paladares se vuelven rígidos y sus gargantas se atorán, tanto que les resulta imposible ingerir nada. Sus músculos se retuercen y sus mandíbulas cuelgan sin fuerzas; miran al exterior atónitos y no pueden dejar de bostezar, sus labios agrietados dibujan extrañas muecas. Dos tercios de los recién nacidos, especialmente los varones, mueren entre el séptimo y el noveno día; algunos se van antes, otros después: el más joven falleció a los cuatro días y tan solo uno logró llegar a su vigésimo segundo día.

Algunos lo atribuyen a la alimentación, a la carne untuosa de los fulmares y al aroma a almizcle de sus huevos, que da suavidad a la piel de los isleños, pero agria la leche materna. Otros opinan que está en la sangre, debilitada por la endogamia. Y, por último, otros sostienen que los niños se ahogan con el humo de los braseros de turba que calientan las habitaciones, que se intoxican con el cinc de los tejados o quizás por el sebo rosado con el cual se encienden las lámparas de aceite. Los varones de Santa Kilda rezan en susurros y atribuyen las muertes a los designios del Todopoderoso, pero estas son las palabras de hombres piadosos; las mujeres, sin embargo... Tantos embarazos y tan pocos niños que sobrevivan al octavo día de la enfermedad.

El 22 de junio de 1876 una mujer espera en la cubierta de un barco, regresa al hogar después de mucho tiempo; como todas las habitantes de Santa Kilda, su piel es blanca, sus mejillas rojizas, sus ojos intensamente claros y sus dientes blancos como el marfil; acaba de traer un niño al mundo, pero no en esta isla. El viento sopla en dirección noroeste y la mar está en calma; desde hace varias horas desde la costa se puede ver cómo sostiene a su recién nacido en sus brazos, protegiéndolo del aire salado.

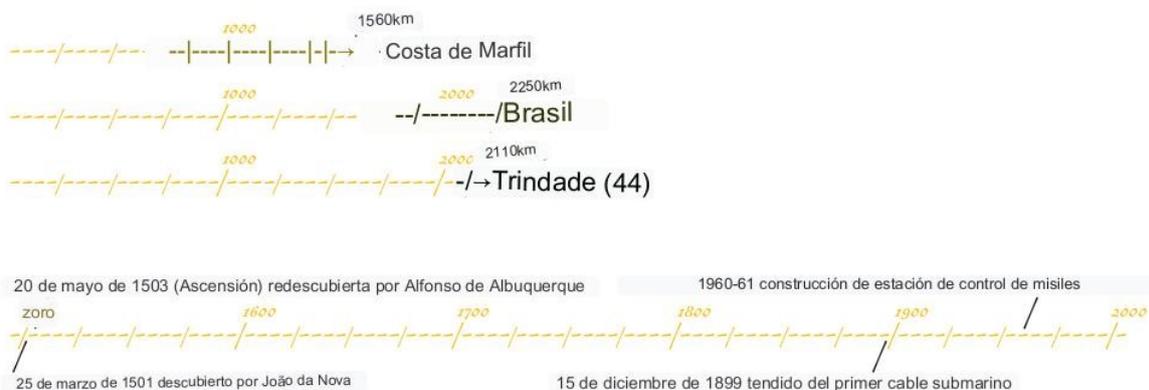


# Ascensión (Reino Unido)

7° 56' S | 14° 22' O

Portugués: *Ascensão* | Inglés: *Ascension Island*

91 km<sup>2</sup> | 1100 habitantes



En esta isla todo apunta hacia el cielo: los cuarenta y cuatro volcanes de cráteres dormidos y cubiertos de cenizas, los bosques de larguísimas antenas y el radar del satélite, con forma de plato sopero. Todos estos artefactos espían al continente, permanecen atentos tratando de escuchar al mundo, al universo, al espacio infinito. Se trata de una región yerma, compuesta de capas de lava solidificada, tan inhóspita como un asteroide. La iglesia de Santa María, blanca y fría, se levanta al pie de una colina polvorienta, esperando ya sin fuerzas al Juicio Final.

Aunque muchas personas trabajan aquí, nadie vive en la isla; no se puede obligar a nadie a permanecer mucho tiempo en esta tierra baldía. Ascensión solo es un lugar de trabajo para telegrafistas y espías, un punto intermedio para conectar el cable que une el subsuelo atlántico con tierra firme. La NASA instaló aquí varios de sus radares, construyó una estación de seguimiento de misiles internacionales y esparció altas antenas brillantes

sobre toda la superficie, que parecen enormes pelotas de golf que cercan los volcanes.

El 22 de enero de 1960, el *Atlas* despegó desde Florida, pero a su regreso va a atravesar la atmósfera en las inmediaciones de Ascensión. Richard Aria, técnico de la empresa Cable and Wireless, observa el cielo desde la Colina Roja. Nada sucede, solo logra entrever la Osa Mayor en el azul profundo del cielo. Media hora más tarde, sigue sin pasar nada, hasta que, de repente, dos relámpagos verdes irrumpen en la atmósfera ante sus ojos. ¡Ya está aquí! El misil se adentra en la tierra como un rayo tornasolado que ilumina toda la isla; primero es de color verde intenso, a continuación amarillo, inmediatamente después rojo y naranja y, por último, verde otra vez. Los haces de colores suben y bajan hasta extinguirse, llueven fragmentos de fusibles en rojo vivo, ascuas resplandecientes que encienden el horizonte y brillan por doquier. Trozos de metal candentes se sumergen en el mar, cambiando de color: primero son rojo pálido, luego bermellón, para acabar extinguiéndose en tonos burdeos mortecinos. Tras esto, reina la oscuridad, pero de repente un inmenso y profundo estruendo asciende desde el mar hasta el cielo, seguido de una explosión ensordecedora, de un trueno que resuena durante más de minuto y medio. Al final, todo regresa a la normalidad y la voz de unos americanos quiebra la noche: ¡*Chúpense esa, rusos...*! La carrera espacial acaba de comenzar en Ascensión.

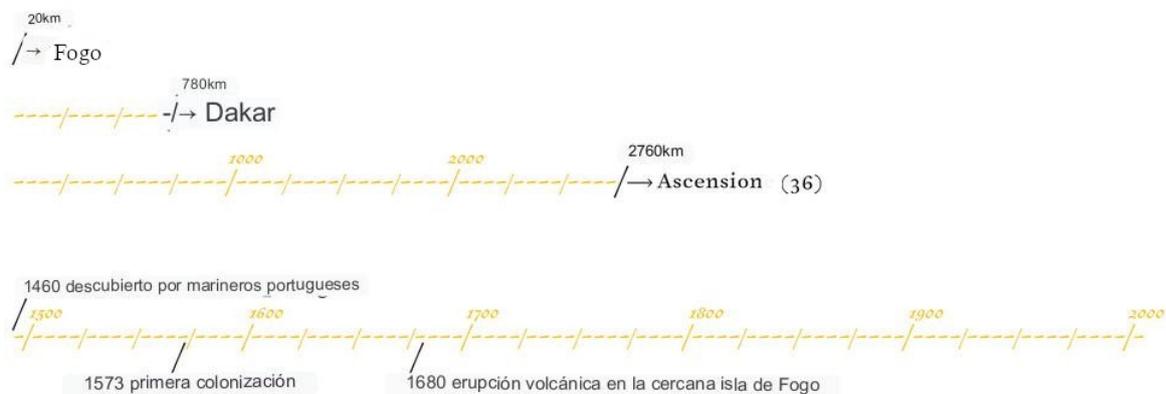


## Brava *Islas bajo el Viento* (Cabo Verde)

14° 51' N | 24° 42' O

Portugués: *Brava*

64 km<sup>2</sup> | 6804 habitantes

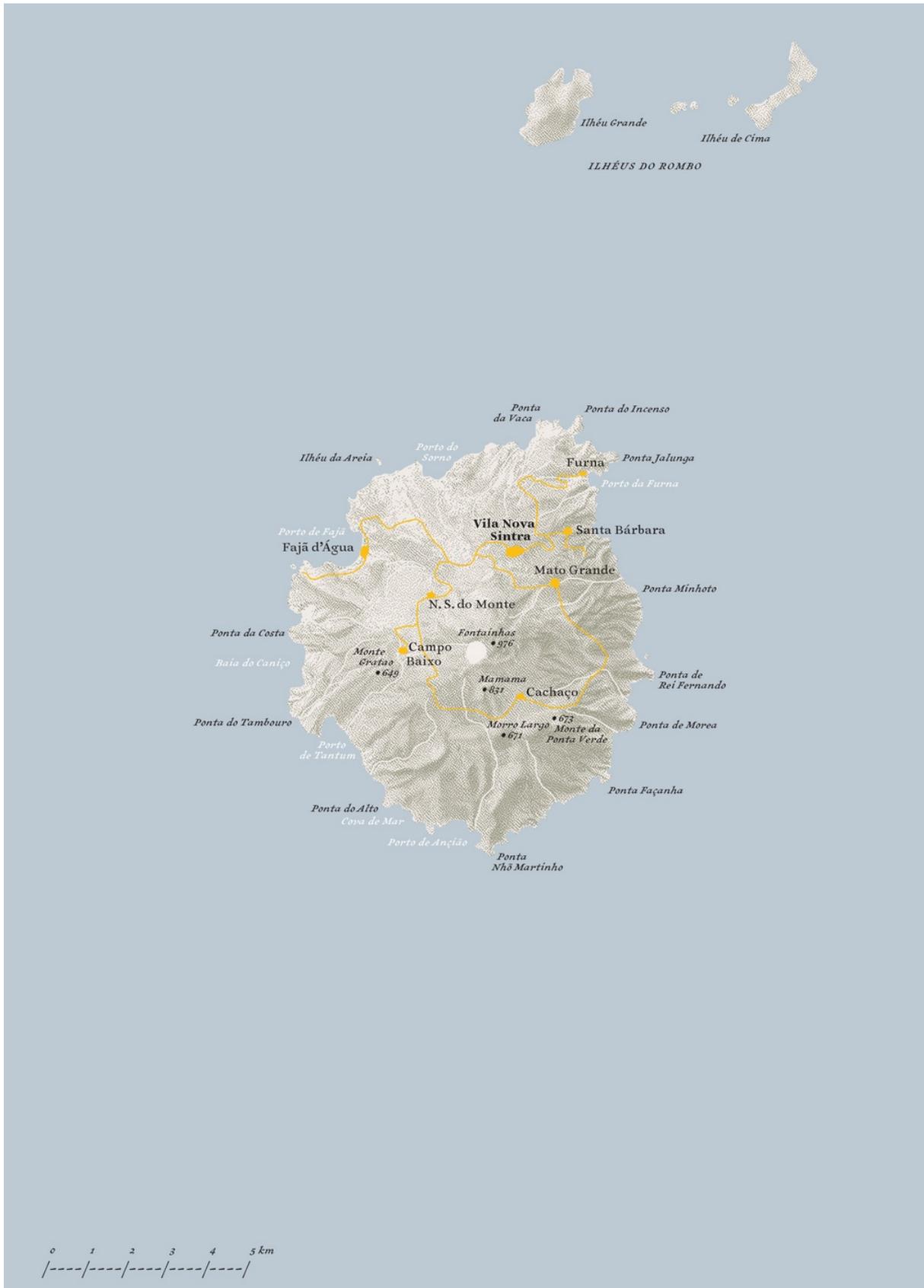


Esta isla es un corazón que late intranquilo, el viento la protege de la amenazadora montaña de fuego que se levanta en la isla de al lado. Aquí, en el borde exterior del archipiélago, las nubes cuelgan a muy poca distancia de la tierra y por ello llueve con más frecuencia que en las restantes islas, acosadas siempre por viento del desierto. Perlas de rocío humedecen las hojas de almendros, datileras y cocoteras, así como los pétalos de lobelias, hibiscos, buganvillas y todo tipo de plantas exuberantes en constante floración. Esta isla es un corazón surcado por venas de riachuelos y fortalecido por una resistente musculatura de montañas y sierras. Palpita suavemente al compás de la triste *morna*, late sin descanso con antiguas canciones en clave menor, entonando un lamento sobre el carácter absurdo de la vida y la inevitabilidad del destino, que se consumará sin remedio una y otra vez. En el aire flota la nostalgia por un pasado perdido en una tierra remota e irrecuperable. En toda la isla late una misma pulsión, la de encontrar un nuevo hogar que no esté en ningún lado ni pertenezca a nadie. Los isleños entonan un canto sobre otra tierra de habitantes desconocidos; todos los habitantes de Brava son

descendientes de dueños de plantaciones y esclavistas, de migrantes cautivos o liberados, son hombres con ojos azules y piel negra.

Las melodías se han forjado en un oscuro tempo, adaptándose al tenso arco de una herencia no querida. Por ello las guitarras laten con un ritmo de cuatro cuartos, casi como un contrabajo, y se acompañan del síncope puntuado del *cavaquinho*, y algunas veces hasta por un violín. Se cantan canciones que se respiran en las tabernas y se bailan en los tugurios del malecón: ¿Quién te acompaña en este largo viaje? / ¿Quién te acompaña en este largo viaje? / Este viaje hacia São Tomé // Sodade, sodade / Sodade / En mi tierra de São Nicolau // Cuando me escribas / Yo te escribiré / Cuando me olvides / Yo te olvidaré. // Sodade, sodade / Sodade. En mi tierra de São Nicolau / Hasta el día en que regreses.

Dos tercios de los isleños ya no viven en esta tierra huérfana.

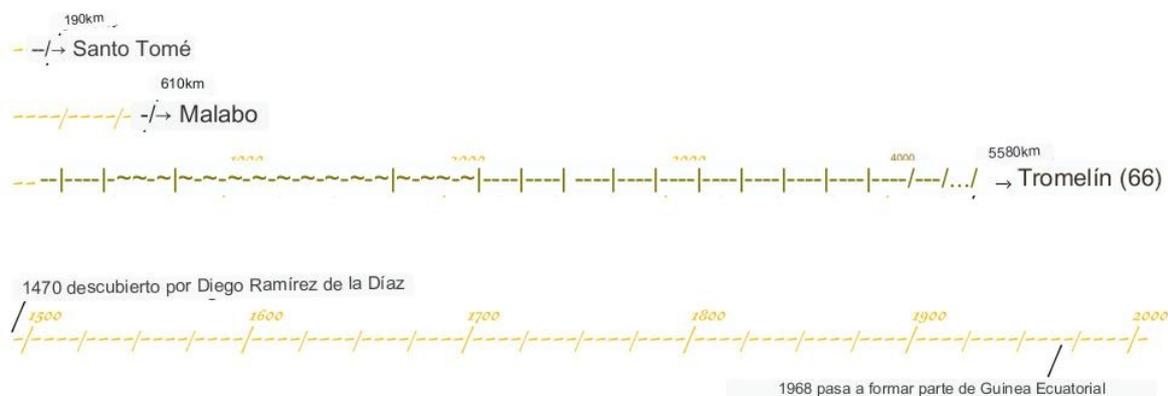


# Annobón / Año Bueno (Guinea Ecuatorial)

1° 26' S | 3° 38' E

Portugués: *Ano Bom* [Buen año] | Fa d'ambu: *Pagalu* [Gallo grande]

17 km<sup>2</sup> | 5008 habitantes<sup>1</sup>

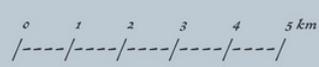


El 26 de septiembre de 2003 en la estación de radio 3COV, a pesar del mal tiempo y de que aún no se han activado las frecuencias más bajas, pronto se establecen varios contactos. Cuanto más se baja la señal, mayor es la amplitud de onda y se reciben más señales ruidosas, mezcladas con interferencias.

Los militares los interrumpen una vez al día con muchas preguntas y siempre quieren ver lo que están escribiendo, pese a que todos los radioaficionados se han comprometido ante las autoridades locales a no prestar atención a cuestiones políticas ni religiosas, sino solo estar pendientes de las comunicaciones transfronterizas. Cada participante ha recibido un permiso especial del Ministerio de Transporte y Comunicaciones, para moverse libremente por la isla durante dos semanas, y una autorización temporal de carácter exclusivo, para traspasar la frontera con sus receptores.

A las diez de la mañana del 4 de octubre la misión es interrumpida de modo abrupto y sin ningún tipo de explicación. Los oficiales al mando

ordenan el cese inmediato de todas las emisiones y la retirada de todas las antenas; los radioaficionados solo tienen tres horas para dismantelar la estación y ese mismo día los montan en un avión de mercancías ruso que los lleva hasta Malabo. No pueden llevar consigo ningún material fotográfico y las llamadas telefónicas con sus familiares no dejan de entrecortarse. DJ9ZB y EA5FO reciben autorización para abandonar el país dos días más tarde, pero EA5BYP y EA5YN son detenidos. El 10 de octubre se les permite por fin regresar a su hogar: Sentimos profundamente que no hayamos logrado cumplir el objetivo de esta misión y estamos muy agradecidos por la ayuda que nos han proporcionado tanto asociaciones y clubes, como particulares; también agradecemos la amabilidad y el buen trato de los habitantes de Annobón. Nos resulta imposible, por desgracia, dar a conocer los detalles de lo sucedido, para así poder dejar abierta la posibilidad de retomar esta misión en un futuro. Les rogamos comprensión ante la compleja y delicada situación en la que todos nos hemos visto envueltos; no abandonamos, sin embargo, la esperanza de volver a poner en marcha la estación 3COV, tan pronto como las circunstancias sean las propicias. Roger. Cambio y corto.

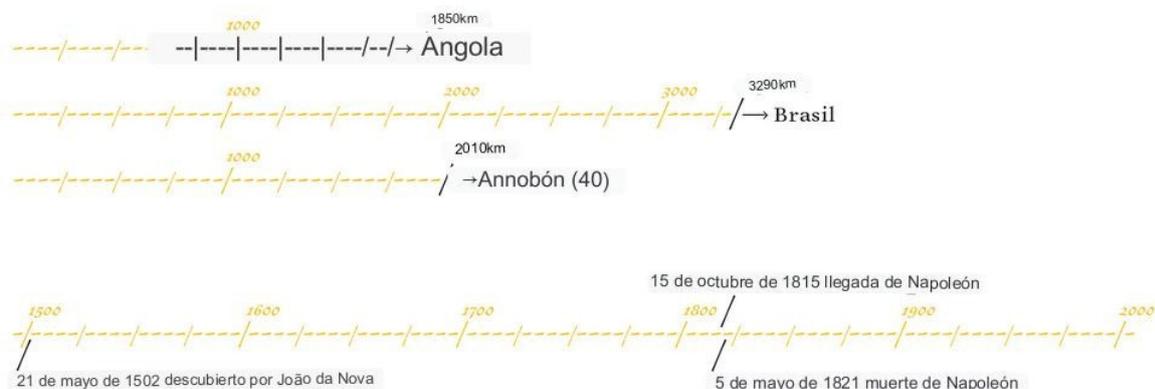


## Santa Helena (Reino Unido)

15° 57' S | 5° 42' O

Inglés: *Saint Helena*

122 km<sup>2</sup> | 4255 habitantes



¡Una fragata no es suficiente! Se indignan los bonapartistas y exigen llevar una flota entera. Al final, les recuerdan todo lo que perdieron en Waterloo.

La misión no está dirigida por el viejo barquero Caronte, sino por el joven príncipe de Joinville. El cortejo fúnebre se compone de un comisariado real, un sacerdote, un médico, un cerrajero y un dibujante; la escolta oficial se completa con algunos fieles seguidores y los siervos en el exilio. Todos ellos se echan a la mar, para buscar el cadáver del hombre que Europa entera pretendió mantener lo más lejos posible. La fragata *Belle Poule* es pintada entera de negro a propósito para este viaje hacia la isla de la muerte.

Siempre se le dieron mal las islas, Napoleón no ganó ni una sola batalla marina. ¡Pérfida Albión! En la isla no le faltaba libertad, sino poder y autoridad para lograr retornar al teatro del mundo. Vigilado por un regimiento, malvivía en un altiplano a la merced de los vientos, rodeado del círculo de sus traidores más leales. Su única posibilidad era hacerse el mártir

y se acompañaba de fieles discípulos que escribían evangelios en su nombre, mientras él fingía ser Prometeo encadenado en las rocas negras de la costa y escuchaba el eco de sus historias de un pasado marchito.

A las doce de la noche en punto unos soldados británicos forzaron las rejas de la prisión y los tres esclavos se postraron sobre el suelo. A la luz de las antorchas levantaron las cuatro planchas de caoba, plomo, ébano y estaño que componían el ataúd; abrieron la última con extremo cuidado y el doctor retiró el sudario del rostro. Ahí yacía, en su uniforme de la Guardia Imperial, con todas sus condecoraciones sobre el pecho y el casco reposando al lado de su pierna derecha; parecía dormido, silencioso y tranquilo, con su nariz deformada, su barba oscura, casi azulada y las uñas muy blancas y muy largas. Un cuerpo seco y momificado. Los que forzaron las rejas e interrumpieron el silencio de la muerte están en *shock*, sus fieles le lloran.

Bajo una lluvia inclemente, cuarenta y tres hombres portan el sarcófago hasta la calle, lo colocan sobre un carruaje y lo cubren con un paño violeta, bordado con abejas doradas y una enorme N mayúscula.

Tres días más tarde, el 18 de octubre de 1840, levantan anclas: el emperador regresa al hogar.

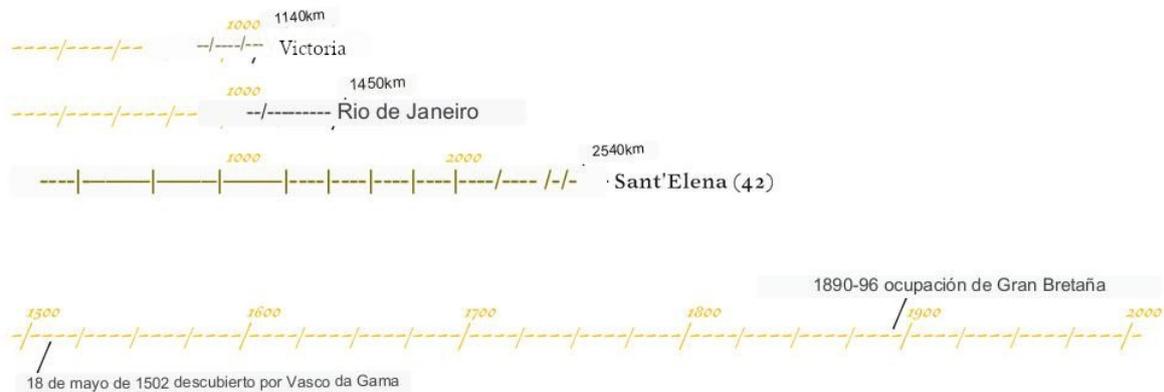


# Trinidad *Trindade y Martim Vaz* (Brasil)

20° 30' S | 29° 20' O

Portugués: *Ilha da Trindade*

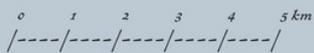
10 km<sup>2</sup> | 32 habitantes



Este lugar es un desastre topográfico; el archipiélago entero está esparcido de modo arbitrario sobre el océano, el suelo es escarpado, resbaladizo y hostil. Con frecuencia alguien sale a dar un paseo y desaparece sin dejar rastro alguno, sin regresar nunca más, arrastrado quizás por las olas de más de un metro de altura o aplastado tal vez por un desprendimiento o probablemente despeñado en uno de los numerosos cráteres que agrietan la isla. En el cementerio, cruces sin lápida recuerdan a todos los desaparecidos. Este lugar no fue creado para los hombres.

El mediodía del 6 de enero de 1958, poco antes de que la expedición a bordo del *Almirante Saldanha* levantara anclas, Almiro Barauna, uno de los civiles de la flota, salió a tomar unas últimas fotografías en la costa sur de Trinidad. A las doce y cuarto un pequeño objeto brillante apareció en el cielo, moviéndose hacia la isla en dirección del cabo Crista de Galo, volando en círculos con una trayectoria que recordaba la de un murciélago.

El disco volador brillaba con tonalidades metálicas y estaba rodeado por una neblina fosforescente y verdosa. Completamente atónitos, los oficiales y marineros a bordo no dejaban de señalar el punto brillante; Barauna tardó treinta segundos en reaccionar, cogió su cámara, enfocó y disparó dos veces; justo entonces el objeto se ocultó tras la Colina del Desejado. Unos segundos más tarde volvió a aparecer, sobrevolando la isla con una clara trayectoria circular. Brillaba con más fuerza y daba la impresión de estar mucho más cerca que antes. En el puente de mando reinaba el caos; Barauna se dio de bruces con la multitud nerviosa, pero aun así logró sacar cuatro fotos más, y diez segundos después el misterioso objeto desapareció detrás de un cúmulo de nubes, esta vez para siempre. Las fotos de Barauna están sobreexpuestas, en cuatro de ellas puede verse el disco volando en diferentes posiciones; por el anillo que lo rodea recuerda a un Saturno achatado. Las dos fotos que no salieron, a causa del ajetreo del barco, no muestran nada más que la baranda de la borda, algo de agua y las oscuras rocas de la costa, que se adentra con sus afilados escollos hacia el mar, distante y sombría, como si perteneciera a otro mundo.



# Isla Bouvet (Noruega)

54° 25' S | 3° 21' E

Noruego: *Bouvetøya* | Inglés: antiguamente *Lindsay* o *Liverpool Island*

49 km<sup>2</sup> | Deshabitada

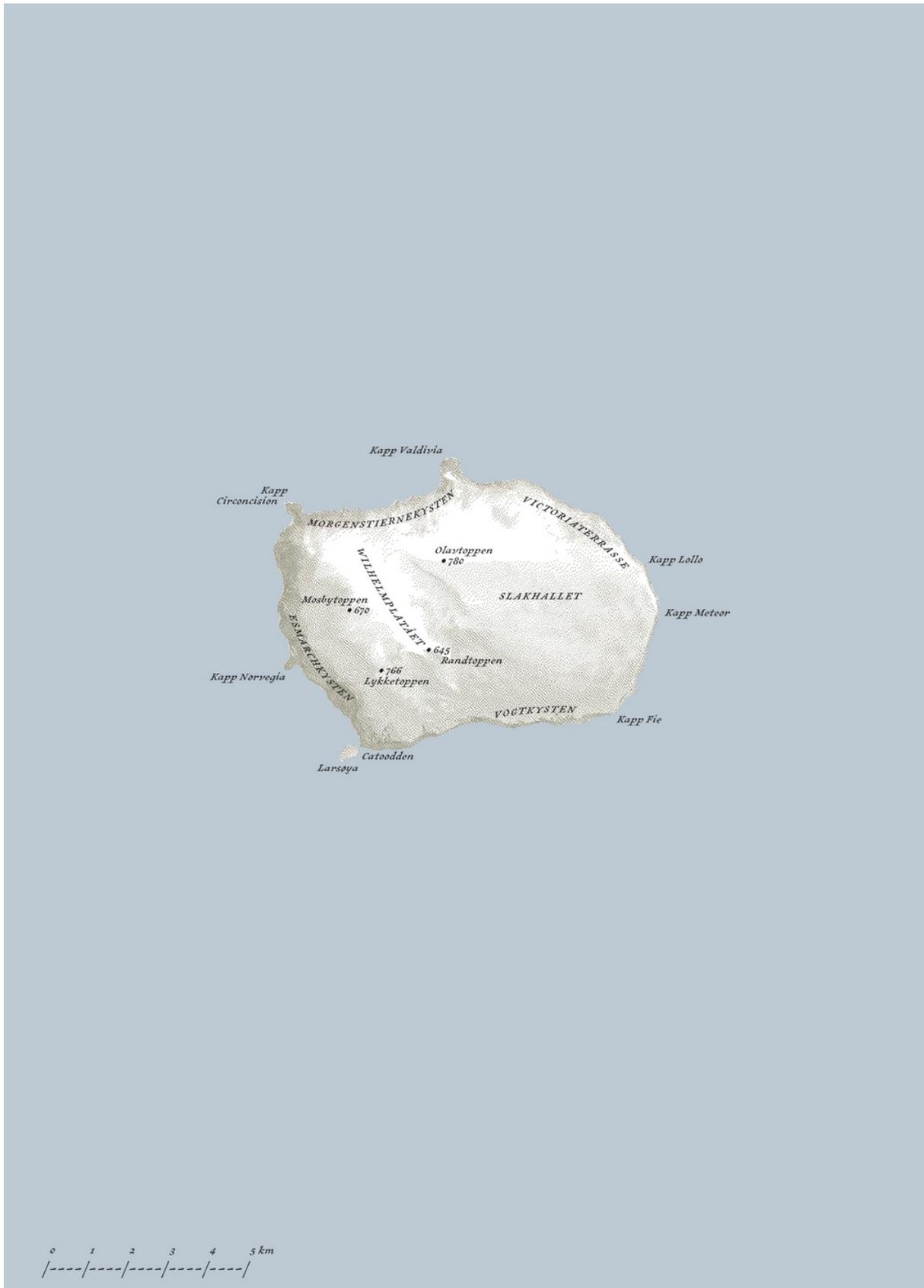


Al sur de Ciudad del Cabo en dirección sur el mar se extiende en toda su amplitud; esta región aún no ha sido explorada por los oceanógrafos; una vez traspasado el Cabo de las Agujas, se acaban todas las certezas. Pintado de blanco tropical, el *Valdivia* vira hacia el sur, tomando un rumbo hacia mares que no han sido navegados desde hace más de cincuenta años. La carta de navegación inglesa que guía el barco solo muestra una gran superficie vacía, sin describir, y una anotación insegura: a cincuenta y cuatro grados de latitud sur se puede encontrar un pequeño archipiélago, avistado por Bouvet en su viaje desde el continente en dirección sur. Cook no logró localizarlo, tampoco Ross, ni Moore; tan solo un par de capitanes de balleneros afirman haber visto las islas, aunque no logran ponerse de acuerdo sobre su localización exacta.

Los niveles del barómetro se desploman, el viento sopla con mucha fuerza, alcanza el grado diez de la escala Beaufort, obligando a la nave a ponerse al paio. El cielo se oscurece y aparecen los pájaros que anuncian tormenta: albatros color ceniza, de cabeza negra y mirada blanca, parecen

vampiros que acechan el barco con su vuelo silencioso y fantasmal. El barco queda a merced del oleaje, es zarandeado de un lado a otro con tanta violencia que los matraces del laboratorio se caen de sus estanterías, rompiéndose en mil pedazos. El motor del barco no deja de rugir y los icebergs que se esconden en la niebla le responden con un frío eco; tras una larga noche, el *Valdivia* logra llegar al lugar donde, según el mapa del almirante, deberían encontrarse las tres islas: Bouvet, Lindsay y Liverpool. Una rápida resonancia marina indica que hay tierras sumergidas y el reflejo del sol sobre el horizonte crea el espejismo de tierra firme, pero no se trata más que de una cordillera de nubes y no hay rastro de las islas.

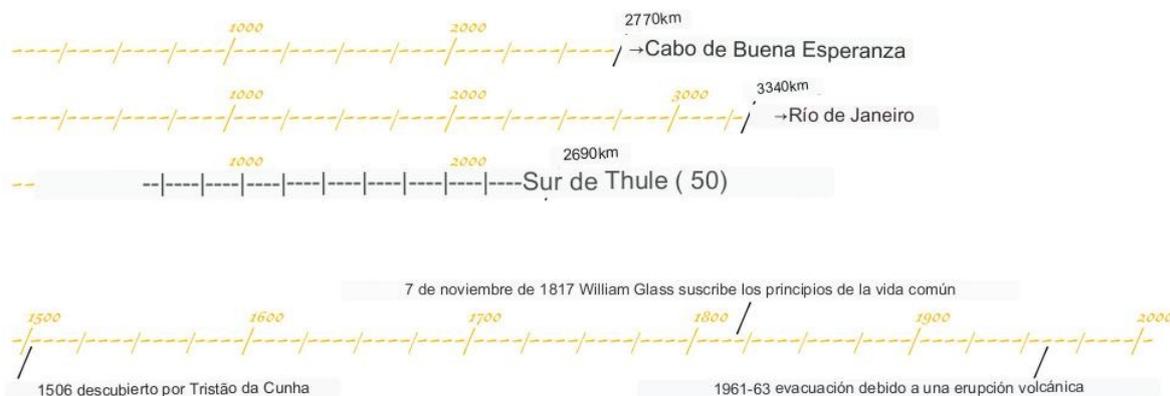
Días después, el mediodía del 25 de noviembre de 1898, aparece ante ellos el iceberg más grande, brillante y majestuoso que nunca hayan visto. A las tres y media de la tarde el primer oficial grita: ¡Las Bouvet están delante de nosotros! Pero la mancha borrosa que aparece ante sus ojos, a unas siete millas marinas, va adquiriendo cada vez perfiles más claros y al final no son tres islas, sino una sola escarpada montaña en todo su esplendor, formada por abruptos cortes de hielo y glaciares que se inclinan hacia el mar; se trata de una agreste tierra de nieve a merced de los vientos. Aquí está, por fin, la Isla Bouvet, buscada en vano por tres expediciones, ilocalizable durante setenta y cinco años.



# Tristán de Acuña (Reino Unido)

37° 6' S | 12° 17' O

104 km<sup>2</sup> | 264 habitantes



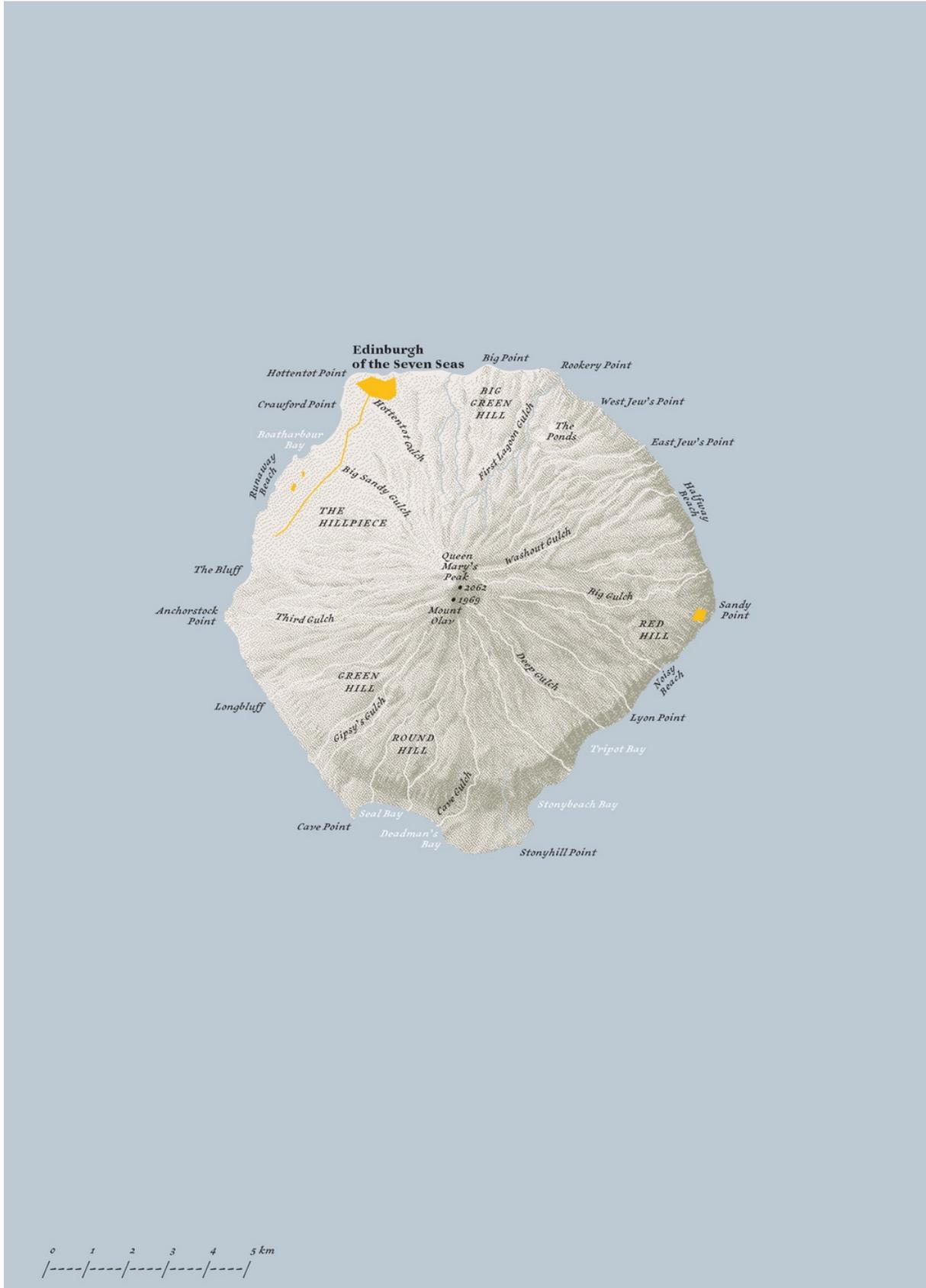
Las rebeliones estallan en los barcos, las utopías se persiguen en las islas.

Crear que otro mundo es posible es un modo de consolarse ante la triste realidad; de nada más que esto tratan los dos libros que van a estar sin excepción en todas las bibliotecas de los burgueses ilustrados que se precien de serlo: *La Biblia* y *La Isla Felsenburg*.

Aunque el paraíso terrenal esté lejos, el reino de los cielos resulta más alcanzable que esta isla literaria, situada, según su autor, Julian Schnabel, al sur del Atlántico. Felsenburg es una república donde solo viven hombres justos, el modelo de un mundo mejor; la ley que rige esta tierra de cimas nevadas es sencilla aunque osada: todos sus habitantes son iguales, todo pertenece a todos y prevalece un sistema de patriarcado irrefutable. Todos los matrimonios son monógamos y felices. Las nueve tribus que habitan allí se intercambian víveres; árboles frutales y viñedos crecen por doquier. En el interior de la isla hay túneles secretos que conducen hasta grutas submarinas y hay una cascada. Solo se permite que permanezcan en la isla buenas personas; los recién llegados son seleccionados de un modo muy especial: cada vez que

hay un naufragio, los que hayan tenido mal comportamiento en tierra firme y no se arrepientan se ahogarán en las aguas amargas del mar; pero las buenas personas que logren llegar vivas a la isla y quieran permanecer allí deberán narrar su vida, como si fuera la historia de un extraño. Los buenos narradores son siempre los mejores utopistas. Entonces, se les dará la oportunidad de un nuevo comienzo, de sentar las bases para una vida mejor; un nuevo yo es siempre posible.

Quién necesita Felsenburg, piensa Arno Schmidt, que está convencido de haber logrado una vida mejor en Tristán de Acuña. En esta isla, cien años después de la publicación de la novela de Schnabel, vivió el patriarca William Glass con sus seguidores, en el modesto Estado microcomunista de Tristán, tal y como Schnabel había augurado. Arno Schmidt desearía convertirse en mejor persona en Felsenburg, pero también querría poseer un pedazo de tierra de esa isla lejana: ¿Acaso no podrían concederme el derecho de establecerme allí como colono, a mí, un hombre que viene de muy lejos y que está vivamente interesado en esta isla? ¿No podría tener unos veinte acres, junto a la modesta estación de radio, y una pequeña chabola hecha de latas? Yo mismo pongo el dinero para la travesía. Pero Schmidt permanece en su páramo. En Tristán de Acuña no crecen viñedos, y la isla de Felsenburg todavía no ha sido dibujada en ningún mapa.

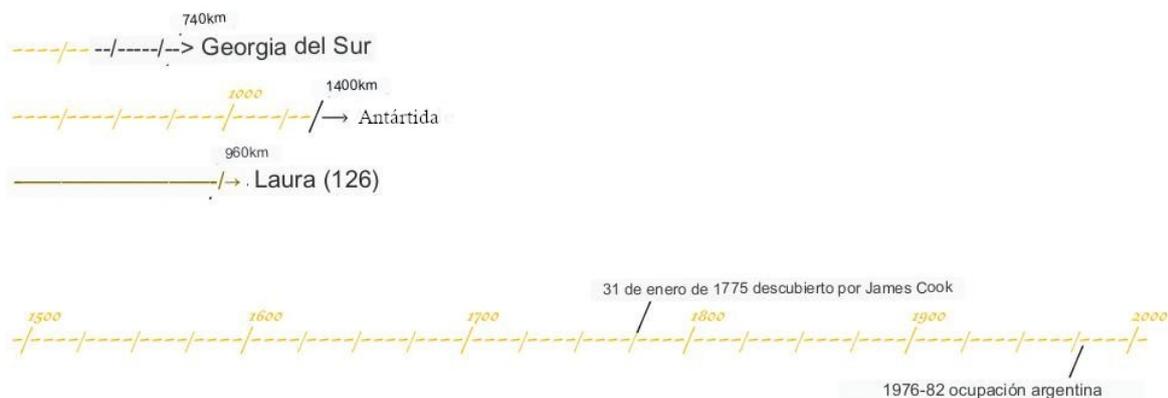


## Thule Sur Islas Sándwich del Sur (Reino Unido)

59° 27' S | 27° 18' O

Inglés: *Southern Thule*

36 km<sup>2</sup> | Deshabitada



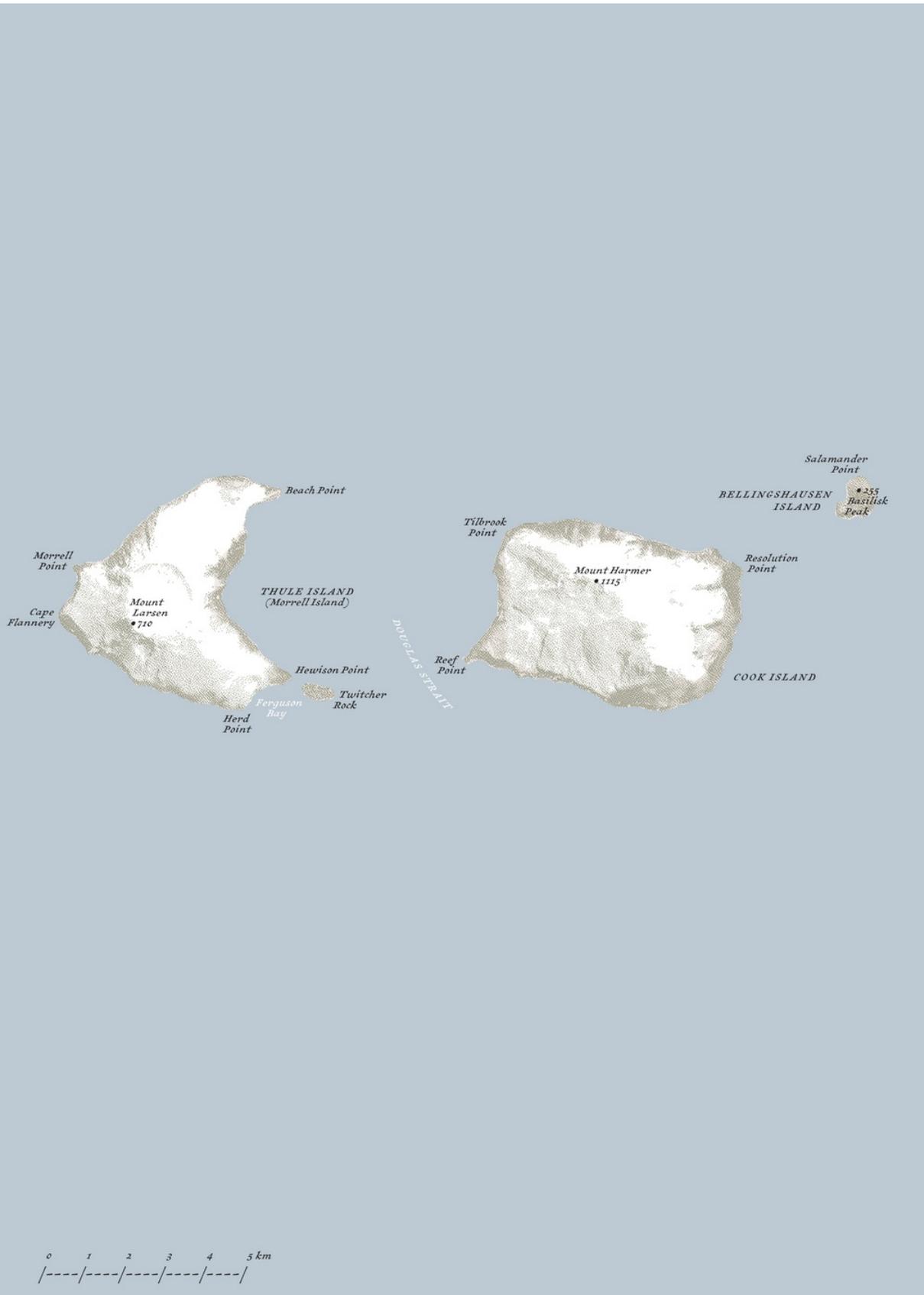
¿Dónde está Thule? En la parte exterior de todas las fronteras, en el Círculo Polar, justo antes del fin del mundo navegable. Esta isla es el último lugar conocido de los mapas, situada en el punto más al sur del sur, donde el agua es tan profunda y oscura que nadie desea viajar hasta allí, y a solo una jornada de viaje de la región donde todos los mares confluyen.

Sin embargo, el capitán James Cook ha viajado dos veces hasta Thule porque debe cumplir la misión de descubrir la tierra austral, el último continente que queda por dibujar en los mapas. Según cuentan los marineros, se trata de unas inmensas tierras, de clima cálido, ricas en todo tipo de yacimientos naturales y habitadas por hombres civilizados: todos hablan de estas tierras, pero nadie las conoce.

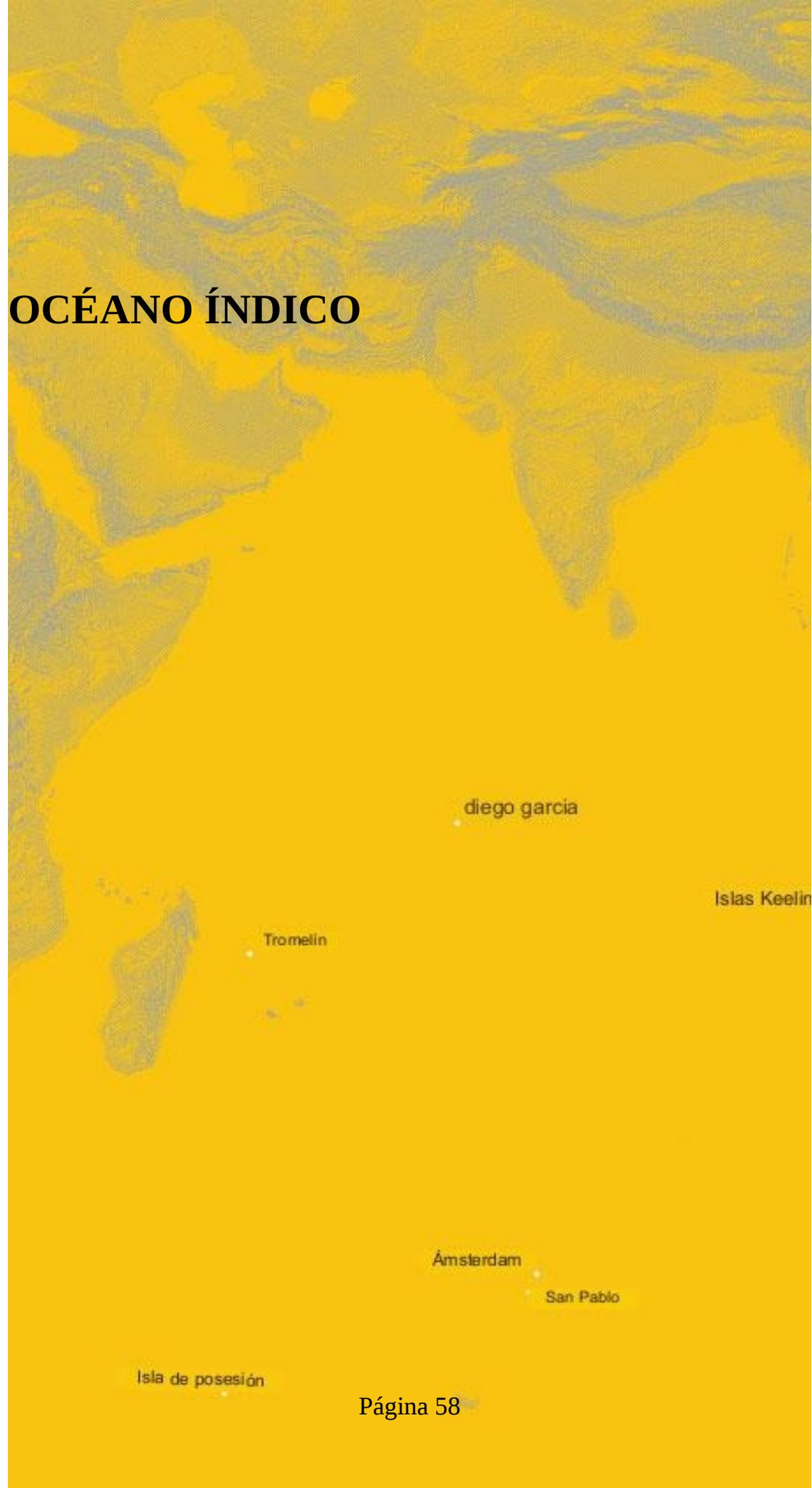
En enero de 1775, el capitán Cook zarpa a bordo de su *Resolution* por cuarta vez, adentrándose de nuevo en el Océano Glacial Antártico en dirección sur. Pero, al igual que en ocasiones anteriores, inmensos bloques de hielo flotan en el mar, amenazan a su nave y le obligan a virar. La tripulación

entera respira aliviada cuando retoman el rumbo hacia el norte y dejan varias millas atrás el paralelo sesenta. Los marineros ya han sufrido bastante la niebla húmeda y la temperatura cortante; están agotados por trabajar día y noche en los mástiles helados, pasando un frío atroz que les produce constantes dolores, reumas e inicios de congelación; algunos se desploman por agotamiento tras jornadas de trabajo ininterrumpido.

De repente, surge ante ellos un trozo de tierra que no aparece en ningún mapa: se trata de una superficie helada, con acantilados oscuros y profundas hondonadas; sobre la isla sobrevuelan cormoranes negros y bajo ella se levantan olas encrespadas. Las montañas están cubiertas por densas nubes; tan solo una cumbre nevada, de al menos dos millas de altura, sobresale entre los cúmulos y se recorta sobre el horizonte. Cinco millas marinas más adelante avistan más montañas: es la costa sur de esta tierra yerma, quizás la cima más septentrional del continente buscado. Lo único que saben con certeza sobre esta isla es que no les va a resultar de gran utilidad; no se trata más que de un pedazo de tierra hostil, cubierto de ruinas de hielo y piedras que nunca se van a derretir, un espacio gris, frío y amenazador. En esta región helada, la naturaleza está siempre condenada a permanecer en las sombras. Aquí está Thule, el otro extremo del mundo conocido.



# OCÉANO ÍNDICO



diego garcia

Islas Keelin

Tromelin

Ámsterdam

San Pablo

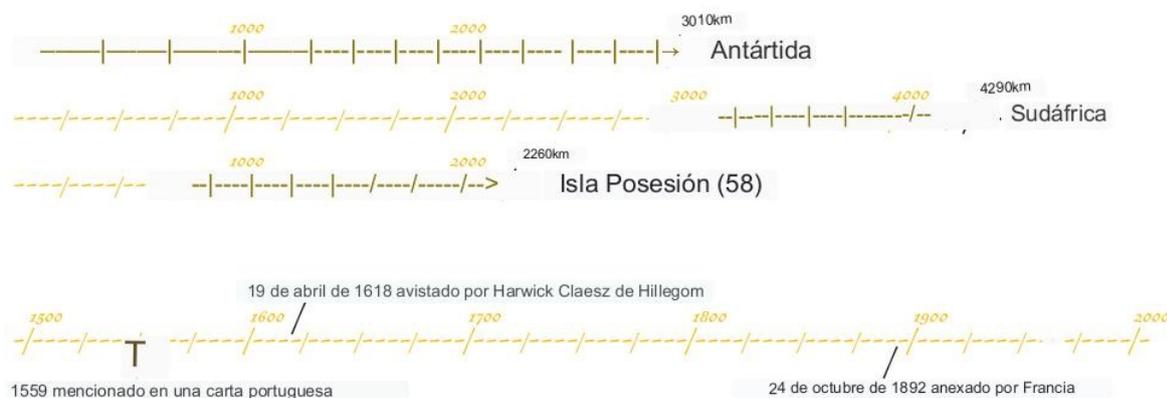
Isla de posesión

## San Pablo (Francia)

38° 43' S | 77° 31' E

Francés: *Île Saint-Paul*

7 km<sup>2</sup> | Deshabitada



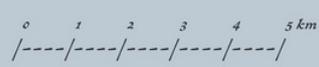
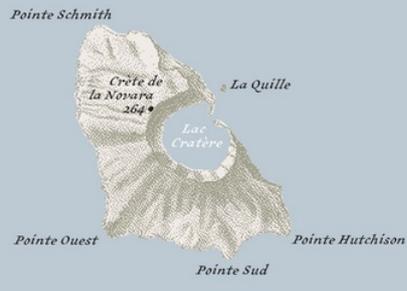
El 18 de julio de 1871 el navío postal inglés *HMS Megaera* encalla en un bancal de guijarros a la entrada de un cráter de la Isla de San Pablo; la tripulación del barco logra llegar a salvo hasta la orilla, donde se encuentran a dos franceses que les dan una cálida bienvenida; nacieron en la Isla de Bourbon y no saben ni una sola palabra de inglés.

Uno de ellos se autodenomina *el Gobernador*, tiene unos treinta años y está algo tullido. El otro, que se presenta como *el Súbdito*, debe de ser cinco años menor y tiene una constitución física formidable, es un alpinista nato que no teme escalar las cumbres más altas y escarpadas de la isla. Este último enseña la isla con amabilidad a los naufragos, mientras que *el Gobernador* se agazapa en una choza construida en la apertura de un cráter. *El Súbdito* no deja de referirse al otro habitante de la isla como *un hombre bueno, muy muy bueno*; mientras que *el Gobernador* describe a su subordinado como un *hombre malísimo, malo, requetemalo*. Nunca otras dos personas tan distintas

han encajado tan bien; viven juntos en la minúscula choza de madera y tienen una pequeña biblioteca solo de libros en francés. Son una pareja inseparable desde tiempos inmemoriales; su única tarea es vigilar los cuatro pequeños botes que reposan en las cuencas anegadas de los cráteres y controlar los balleneros que pasan, por un sueldo de cuarenta francos al mes; aunque prácticamente no viene nadie a la isla, situada en una zona de frecuentes tormentas y nieblas impenetrables.

Los únicos animales comestibles que viven en la isla, relata *el Súbdito*, son patos, ratas y gatos salvajes; y aparte de unas lechugas cuneras que saben a espinacas, solo crecen musgos, helechos y otros yerbajos. Una vez al año, grandes bandadas de pingüinos llegan a la isla para aovar en la escasa vegetación que crece entre las rocas; además hay enormes pájaros de pechera blanca, lomo gris, ojos rosa brillante y una corola de plumas doradas en la cabeza, son mansos y confiados, pero su carne es incomedible.

Hace tiempo un mulato solía vivir con los dos franceses; se dice que el bueno y el malo, más que malo, lo asesinaron y se lo comieron, y que escondieron sus restos en la cabaña que *el Gobernador* vigila día tras día.



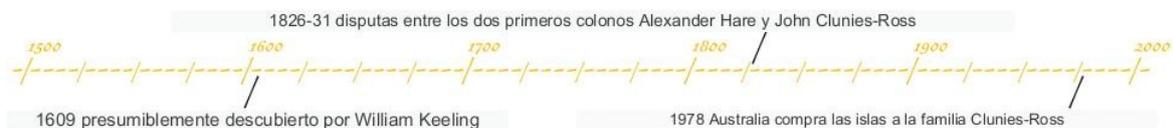
## Islas Keeling del Sur (Australia)

12° 10' S | 96° 52' E

También *Islas Sur de los Cocos*

Inglés: *South Keeling Islands* o *South Cocos Islands*

13,1 km<sup>2</sup> | 596 habitantes



El *HMS Beagle* ha atracado doce días en la laguna, un pacífico remanso de agua de oleaje espumoso y rodeado de arrecifes. Charles Darwin explora la isla, recopila ejemplares de flora y fauna y hace informes sobre la diversidad natural: ha descubierto veinte especies, diecinueve géneros y dieciséis familias distintas de plantas, todas ellas descendientes de una misma semilla desconocida, probablemente traída aquí por el mar. Esta tierra está compuesta en su totalidad por formaciones de coral; por todos lados pululan cangrejos ermitaños que cargan sobre sus caparazones mejillones y otros bivalvos, probablemente robados en playas cercanas.

El 4 de abril de 1836 el mar se encuentra extraordinariamente tranquilo, por lo que Darwin se arriesga a vadear la barrera exterior de rocas muertas hasta alcanzar las paredes de corales vivos, azotados por el oleaje de alta mar. Ahí mismo, en el límite entre la tierra y el mar, florece todo tipo de corales jóvenes, criaturas tornasoladas y maravillas acuáticas que se van secando,

poco a poco, por efecto del aire y del sol. Día y noche pueden encontrarse allí estos resplandecientes animalillos vegetales que forman urdimbres y se enrejan para no ser arrastrados por la fuerza de las olas.

Una vez, hace mucho tiempo, los corales alcanzaron la cima de un volcán y lo cubrieron por completo, muriendo cuando este se hundió en las profundidades del océano. En la superficie solo quedó un esqueleto de cal donde se asentaron las siguientes generaciones de corales; restos de montañas caídas se depositaron sobre este sustrato y remansos de arena, arrastrada por el viento, sedimentaron por aquí y por allá. La isla se formó lentamente, gracias al trabajo incansable, constructor y vivo del coral. Cada atolón es el mausoleo de una isla que yace bajo la superficie marina, una maravilla natural más sublime que las pirámides, creada solo por estos pequeños y quebradizos animales. Cuando el *Beagle* se aleja de la Laguna, Darwin escribe: Me siento alegre por haber visitado estas islas: algunas de estas formaciones de corales son sin duda las creaciones más excelsas del mundo. Años después llegará a la siguiente conclusión: El árbol de la vida debería estar hecho de corales.

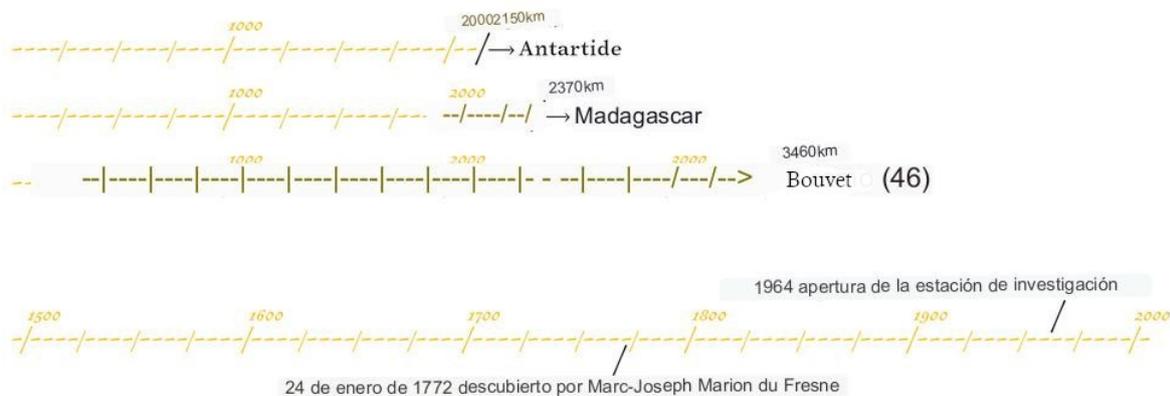


## Posesión Islas Crozet (Francia)

46° 24' S | 51° 45' E

Francés: *Île de la Possession*, antiguamente *Île de la Prise de Possession* [Isla de la Toma de Posesión]

150 km<sup>2</sup> | 26-45 habitantes



En 1962 los franceses bautizaron la primera misión al norte de un macizo montañoso con el nombre del mayor hacedor de sueños que su nación jamás haya tenido. Actualmente una de las cordilleras más escarpadas de la Isla Posesión y un cráter de la cara oculta de la luna se llaman *Julio Verne*, dos polos muy distantes, que él podría haber conectado en uno de sus viajes extraordinarios. Este nostálgico del pasado y profeta del porvenir aunó tiempos inmemoriales y futuros, cercanos y remotos, en un mismo espacio que podía ser fácilmente recorrido con sus ingeniosas máquinas, tan bien ensambladas como la trama de sus relatos.

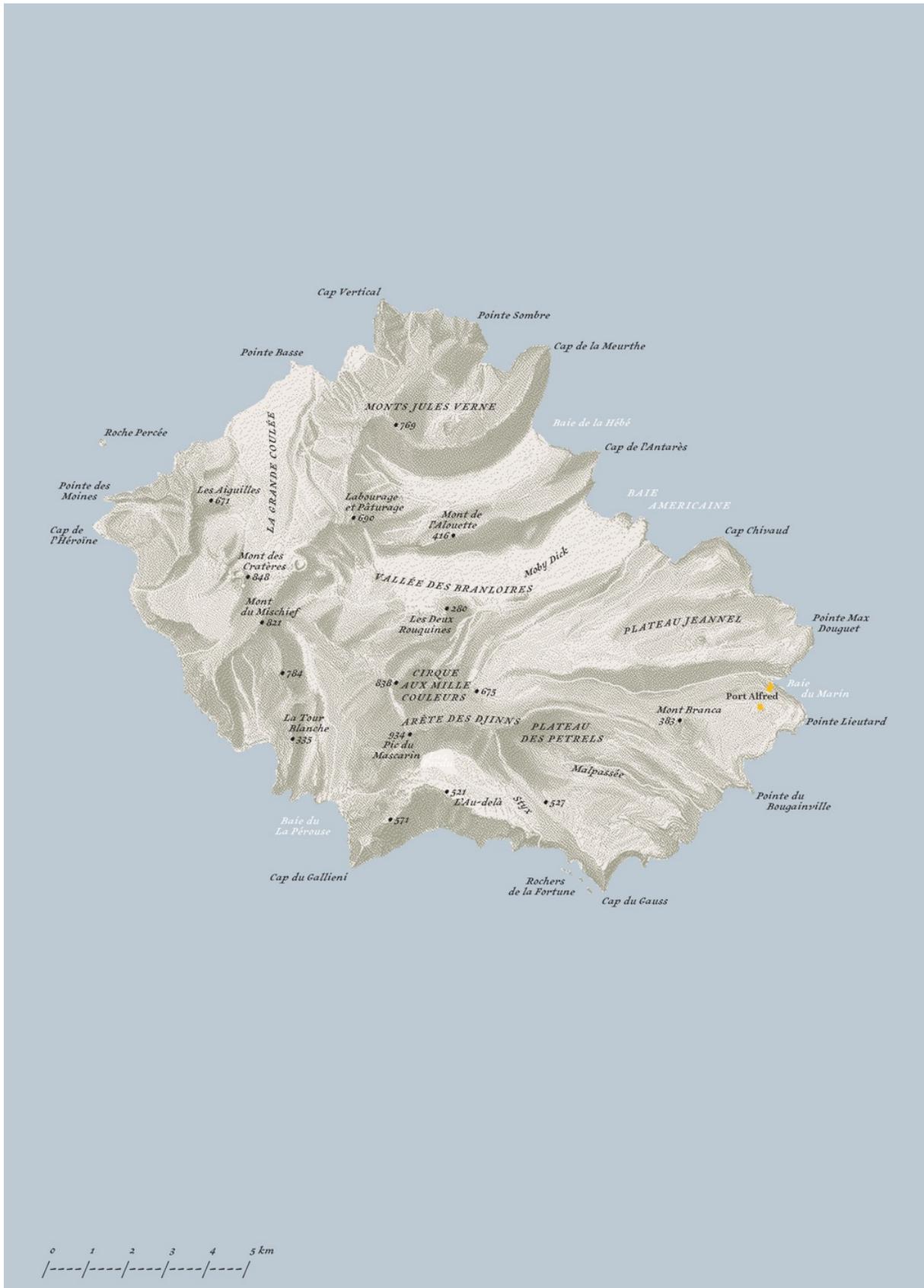
Sus novelas son una visita guiada por la feria de las maravillas del mundo, son gabinetes de curiosidades naturales para aventureros potenciales y tienen el brillo de las superficies metálicas de las máquinas por inventar, ensoñación diurna para uso cotidiano, atlas doméstico, para viajar sin salir de casa. Sus héroes son jóvenes que hacen de su vida un viaje para tratar de resolver los

enigmas del universo, por medio de la adquisición de conocimientos de enciclopedias; pero también el doctor Fergusson, quien sostuvo: Yo no busco ningún camino, el camino me busca a mí, y el Capitán Nemo, amante apasionado de los mares.

Los viajes a la Luna, al centro de la Tierra o alrededor del mundo satisfacen la curiosidad más insaciable, pero son seguros y siempre acaban bien. Unos kilómetros al sur del Monte Julio Verne fluye el río Estigia, que nace en un lago perdido y desemboca en el mar que se extiende hasta la Antártida.

Este desolado y remoto archipiélago es tan difícil de alcanzar que se podría incluso pensar que la mejor manera de navegar hasta ahí es dejarse llevar a la deriva, ser arrastrado por los vientos del oeste que pierden a los barcos entre África y Australia, para naufragar en uno de los acantilados de la isla, donde la nave se romperá en mil pedazos al chocar contra las rocas de basalto y los escollos dentados de la orilla.

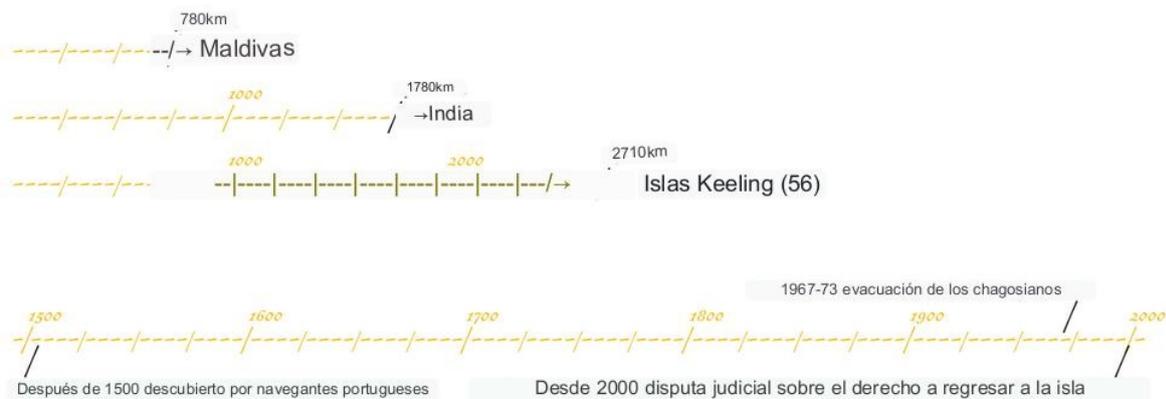
Pero la isla misteriosa de Verne se encuentra muy lejos de aquí, ilocalizable en medio del Océano Pacífico, y Posesión no es lugar para robinsonadas.



# Diego García Archipiélago de Chagos (Reino Unido)

7° 18' S | 72° 24' E

27 km<sup>2</sup> | 3700 habitantes



Los habitantes de Chagos perdieron su hogar, su vida en un modesto paraíso, hace más de cuarenta años y ahora esperan a ser repatriados en los suburbios de Port Louis. Se trata de un pueblo a quien no le conceden el derecho de serlo, por lo que sucedió lo que siempre sucede: injusticias, crímenes y abusos de poder colonial, trapos sucios en mitad de un océano cristalino: la corona británica concedió la independencia a Mauricio a cambio de tres millones de libras y este archipiélago; poco después, arrendó esta isla al país más poderoso del planeta, por un período inicial de cincuenta años y al módico precio de un dólar al año, todo ello en nombre de la fraternidad entre naciones.

Y desde entonces puede encontrarse una base militar en mitad del Océano Indico. Es una de las localizaciones más secretas del mundo, pero se anuncia casi como si fuera un destino soñado para turistas occidentales: Esta espectacular isla al este de África Ecuatorial, que se puede conocer en un trayecto de autobús de apenas treinta minutos, posee todos los elementos para cumplir las expectativas del viajero más exigente. La temperatura del mar

siempre está cálida, las brisas tropicales permiten hacer surf en sus playas, se pueden pescar peces espada de más de doscientas libras o incluso jugar con millones de peces de colores brillantes mientras se bucea. Además de varios clubes y un campo de golf, la isla posee un pabellón deportivo, una galería de arte, un pequeño economato donde puede comprar de todo, una biblioteca e incluso servicio de correos, dos bancos y una pequeña capilla. Nuestro lema es: Una isla, un equipo, una misión. Pero ¿alguien recuerda a las más de quinientas familias expulsadas de allí y declaradas trabajadores ilegales en el continente? La diplomacia británica asegura por el contrario que la isla siempre estuvo deshabitada.

El atolón recuerda a dos índices extendidos en forma de una V mayúscula, una enorme señal de victoria en mitad del océano; pero ¿victoria para quién? Los chagosianos luchan por obtener pasaporte británico, pleitean para que sus quejas puedan ser presentadas en los tribunales y no dejan de reivindicar su derecho de regreso a la isla; pero de nuevo les han denegado todas estas demandas. Isabel II ha vuelto a renovar el acuerdo, la reliquia de tiempos coloniales, en realidad. El hogar de los chagosianos sigue siendo una zona prohibida, una base militar aérea y marina, punto estratégico para operaciones de defensa. Su nombre: *Camp Justice*.

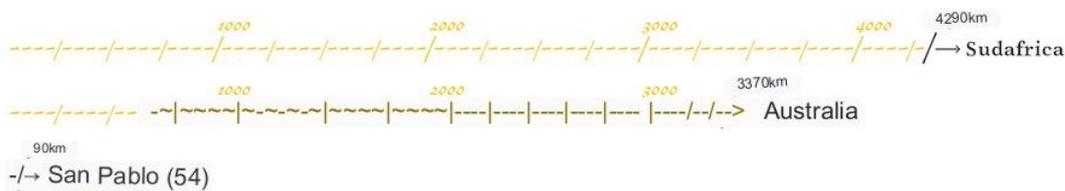


# Ámsterdam (Francia)

37° 50' S | 77° 33' E

Francés: *Île Ámsterdam*, también *Nouvelle Ámsterdam*

58 km<sup>2</sup> | 25 habitantes



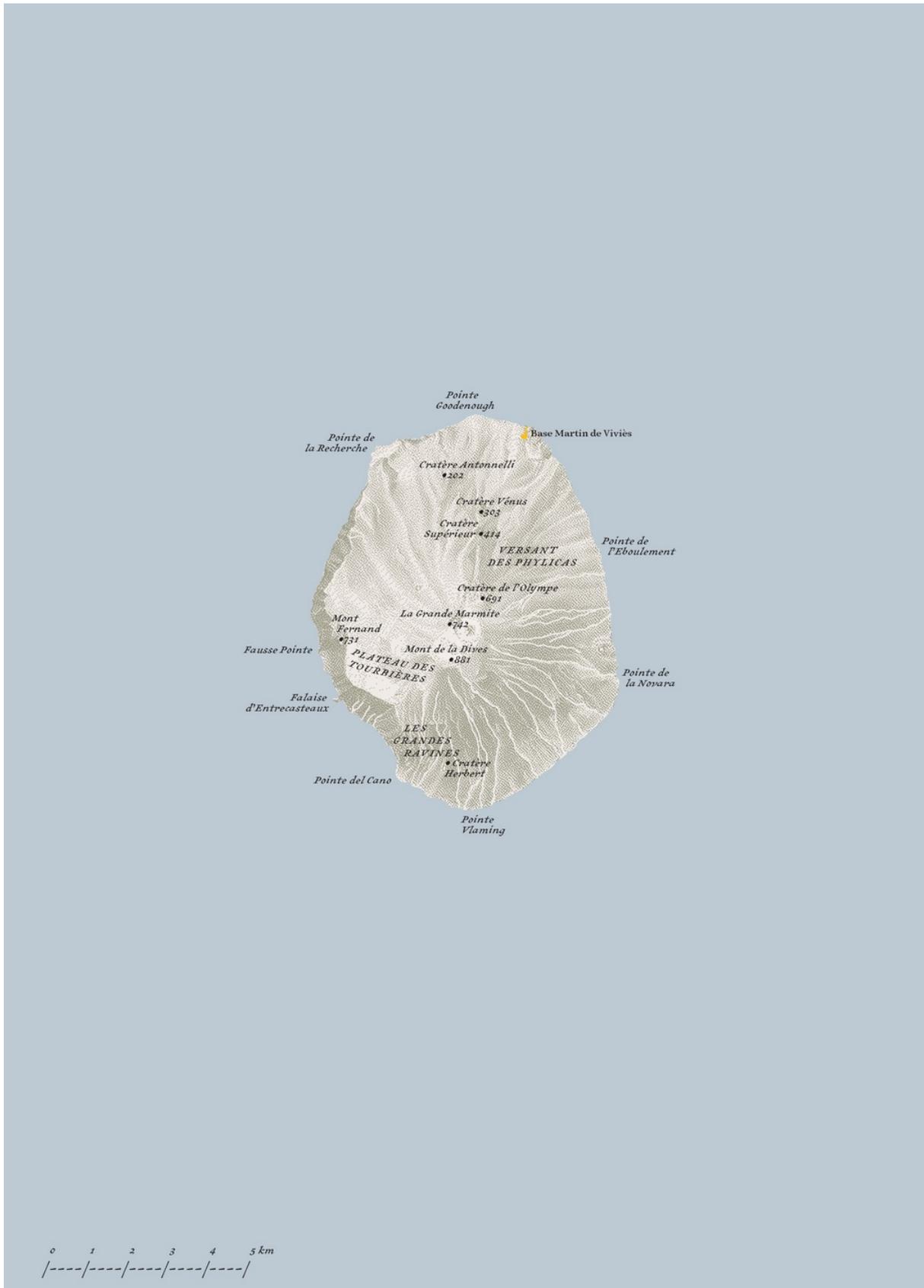
Lo que más desea Alfred van Cleef es permanecer aquí, en la isla que lleva el nombre de su ciudad natal, del único lugar donde puede sentirse como en casa. El viaje hasta Ámsterdam duró unas dos semanas; los trámites para lograr el permiso de acceso a la isla, ocho años.

Nadie puede vivir aquí, por ello el personal de la estación de investigación va rotando periódicamente. Algunos hombres permanecen en la isla tan solo un par de meses, la mayoría medio año.

En la playa, las focas macho aúllan y los lobos marinos luchan por las hembras que están a punto de llegar; el vencedor ocupará el mejor lugar de la costa para el apareamiento. En Ámsterdam no hay ningún bote. ¿A dónde podría llevar? Esta isla es un pedazo de Francia extraviado en el mar, una cruz en medio de una gran nada azul, o al menos así queda representada en los mapas que decoran las paredes de la estación meteorológica, colgados entre un par de cuadros de albatros y varios pósteres con chicas desnudas.

En el comedor *Gran Gaviota* el jefe de esta sección da un discurso después de cenar. La incomunicación no existe, incluso aquí en Ámsterdam somos importantes piezas de una compleja maquinaria: enviamos y recibimos señales que definen quiénes somos. Es un soñador, un médico y un soldado profesional, por ese orden. Su despacho es la única habitación sin pósteres eróticos en las paredes. En un cajón de su escritorio puede encontrarse el registro del estado civil de todos los trabajadores, las columnas vacías desvelan que ninguno se ha casado, ni ha tenido hijos. Todo el que permanezca más de un año en Ámsterdam debe ser examinado por un médico, enviado por la capital, para comprobar cómo sobrelleva la falta de libertad y el aislamiento en este entorno exclusivamente masculino. Ninguna mujer ha estado aquí más de dos días seguidos.

Por la noche los trabajadores se reúnen en la pequeña sala de cine de la estación y ven películas de su enorme colección de porno. Cada uno se sienta en una fila distinta y nunca miran hacia atrás, los altavoces se llenan de jadeos y gemidos. Alfred van Cleef permanece en el exterior; el cielo está cubierto de estrellas y el aire resulta cargado y espeso por el olor almizclado de los toros marinos. Antes de acostarse en su tienda, Van Cleef anota en un cuaderno: Nada es más liberador que la soledad elegida.

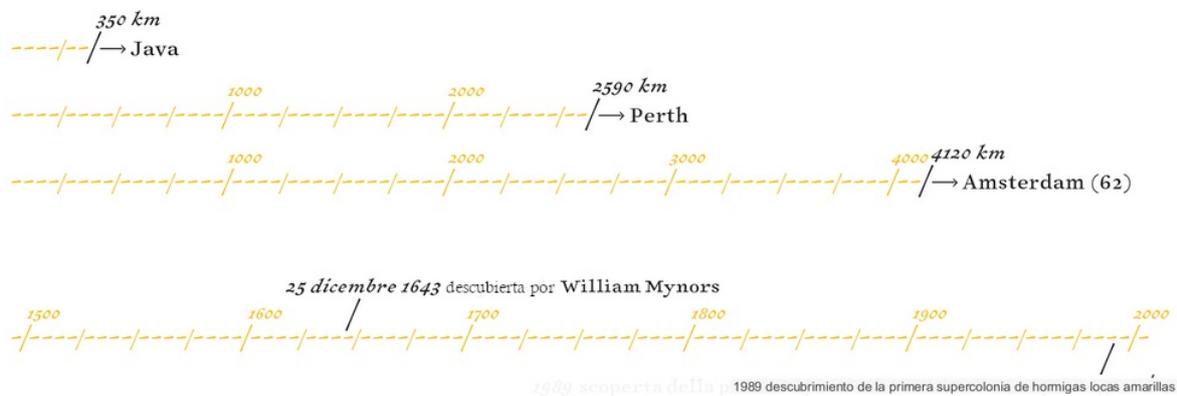


# Navidad (Australia)

10° 30' S | 105° 38' E

Inglés: *Christmas Island*

135 km<sup>2</sup> | 1420 habitantes



La estación de las lluvias los seduce para que abandonen sus nidos. Cada mes de noviembre, ciento veinte millones de cangrejos alcanzan su madurez sexual e inician su travesía hacia el mar; un enorme tapiz rojo se extiende sobre toda la isla. Paso a paso, superando todos los obstáculos, avanzan sobre el asfalto y los arcenes, se cuelan por los resquicios de las puertas, escalan muros y paredes rocosas. Ligeramente ladeados, arrastran sus caparazones rojizos con sus dos fuertes pinzas y sus ocho escuálidas patas, siempre en dirección al mar; una vez allí depositarán sus huevos de color negro en mitad del oleaje, justo antes de la luna nueva.

No todos logran cumplir esta misión, sus enemigos acechan por todos lados, pero los cangrejos no saben dónde o cuándo los atacarán. Las hormigas araña amarillas simplemente aparecieron un día, es probable que las trajera un visitante de la isla, de modo inadvertido. Esta especie invasora no mide más de cuatro milímetros, pero su ejército resulta completamente aniquilador. Las distintas colonias de hormigas conviven de modo pacífico y sus reinas han firmado un pacto fatídico: todas juntas han constituido una gran colonia

unida, una fuerza ominosa, todo un imperio. Las más de trescientas reinas dirigen un peligroso ejército de trabajadores de patas largas y flexibles, pequeños troncos amarillos y cabezas negras. Construyen sus nidos por todos lados, en árboles huecos y en profundas hendiduras de la tierra, y almacenan pequeños insectos para producir el néctar meloso con el cual alimentan a sus larvas. Se mueven con una velocidad frenética, cambiando de rumbo cada dos o tres segundos, buscando siempre una nueva dirección, y están permanentemente preparadas para el combate. Sus víctimas son las crías del pájaro bobo y del rabihorcado, y también los cangrejos rojizos que se dirigen al mar. Las hormigas araña rocían sus caparazones con ácido fórmico y los cangrejos pierden la vista, su rojo brillante se apaga y mueren a los tres días. La Isla Navidad está en guerra.



## Tromelin *Islas dispersas* (Francia)

15° 51' S | 54° 31' E

Francés: *Île des Sables* [Isla de Arena]

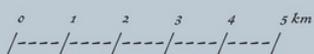
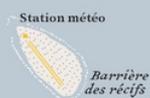
0,8 km<sup>2</sup> | 4 habitantes



El 17 de noviembre de 1760 el *Utile*, un barco de la Compañía Mercante de las Indias Orientales, zarpó de Bayona, al sudoeste de Francia, rumbo a las Islas Mascareñas. Su capitán, Jean de la Fargue, hizo una parada en Madagascar para repostar víveres, y además, contrariando las órdenes del Gobernador, se llevó a sesenta esclavos a bordo, para venderlos junto a las demás mercancías en la Isla de Francia, hoy conocida como Mauricio. Durante el trayecto, una gran tormenta arrastró al *Utile* lejos de su rumbo, chocaron contra unos escollos y la nave se rompió en mil pedazos en los acantilados de una diminuta isla, apenas una línea de playa de unos dos kilómetros de largo y ochocientos metros de ancho, donde solo crecían dos o tres palmeras y cocoteros. Se llamaba la Isla de Arena. La gran mayoría de los que no se ahogaron se encontraban gravemente heridos, eran más sombras que hombres y no tardaron en morir.

Los supervivientes sanos comenzaron a construir una balsa con los restos del naufragio, y dos meses después la nave estaba lista para zarpar. Los

marineros franceses se hicieron a la mar con la promesa de regresar con ayuda, eran ciento veintidós hombres sobre una balsa de madera y nunca más se volvió a saber de ellos. Todos los esclavos se quedaron en la isla y se declararon libres, pero su libertad no abarcaba más de un par de kilómetros a la redonda. En realidad, estaban tan presos como antes, esclavos solo de su propia voluntad de supervivencia. Encendieron una fogata, excavaron un pozo, remendaron sus harapos con plumas y se alimentaban de aves acuáticas, tortugas y crustáceos. Muchos de ellos se sentían tan desesperados que se dejaron arrastrar por las corrientes marinas, flotando sobre unos troncos de madera, en dirección a ninguna parte. Ese destino les parecía mejor que permanecer presos en este minúsculo y desamparado pedazo de tierra; abandonaron sus esperanzas y su vida, mientras los demás continuaban vigilando la hoguera. El fuego permaneció encendido durante quince años; de los sesenta esclavos ya solo quedaban siete mujeres y un niño de pecho. El 29 de noviembre de 1776 un barco llegó a la isla, se trataba de la corbeta *Dauphine*, que rescató a los naufragos a bordo y los llevó hasta la Isla de Francia. No dejaron nada en la Isla de Arena, tan solo restos de madera carbonizada de la hoguera sempiterna y el nombre de su salvador, un oficial de la marina real francesa y capitán de la corbeta: el caballero de Tromelin.



# OCÉANO PACÍFICO



## Napuka *Islas de la Decepción* (Polinesia Francesa)

14° 10' S | 41° 14' O

También llamada *Pukaroa*, antiguamente *Wytoohee*

8 km<sup>2</sup> | 277 habitantes

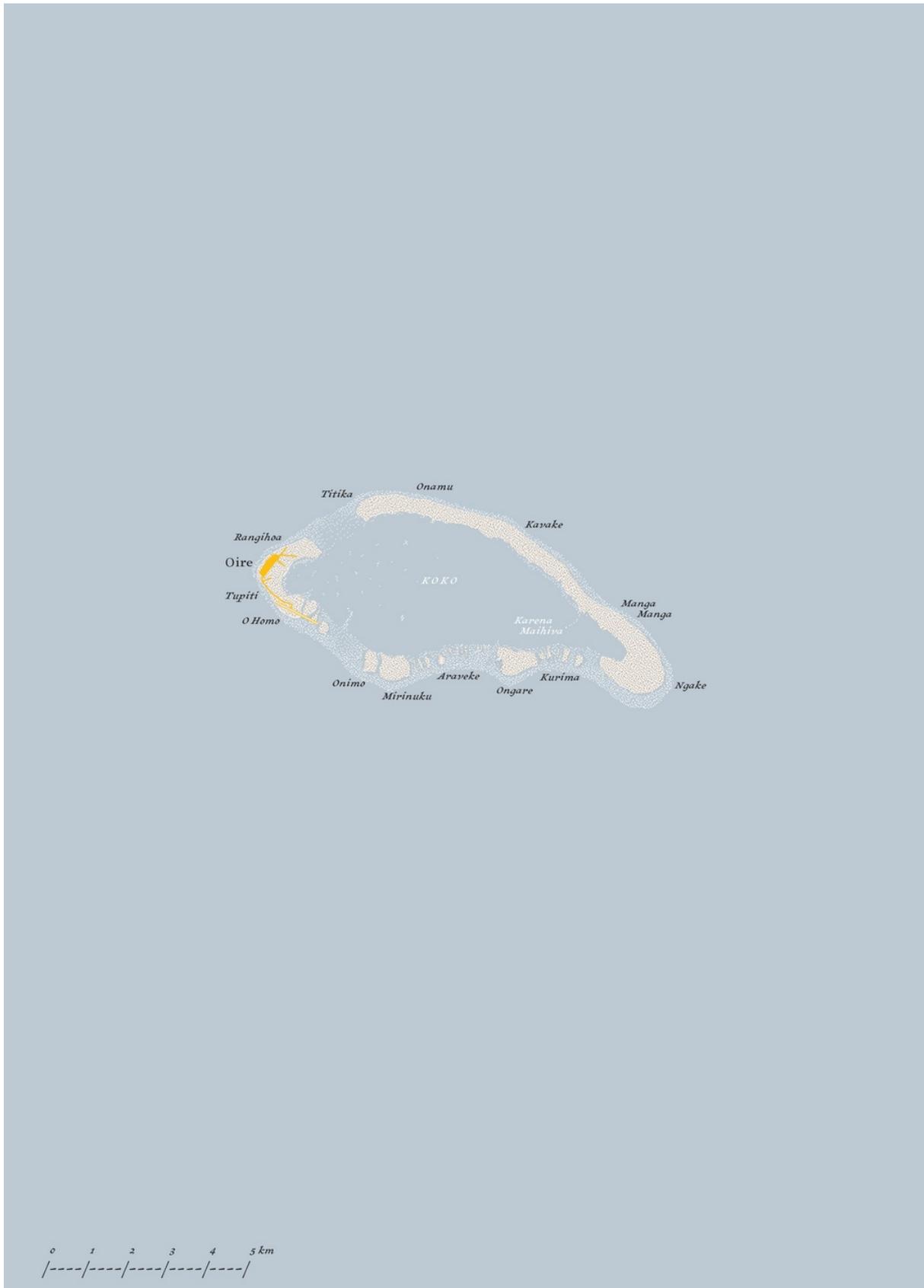


Cuando el 28 de noviembre de 1520 por fin lograron alcanzar el océano y tomaron rumbo noroeste, el capitán general Fernando de Magallanes anunció que necesitarían al menos un mes más para llegar a las Islas de las Especias, pero ya nadie creyó sus palabras. Durante largas semanas no habían avistado ni un solo trozo de tierra, el océano estaba perpetuamente en calma y por ello lo llamaron *Mare Pacifico*. Era como si se hubieran abierto las puertas del cielo y navegaran directamente hacia la eternidad. Poco tiempo después, la brújula dejaría de tener fuerzas para apuntar al norte y no habría suficiente comida para toda la tripulación: las galletas no eran más que migas, cubiertas de cagadas de ratón y de gusanos, y el agua potable era un caldo putrefacto y amarillento. Para no morir de hambre se alimentaron de serrín y del cuero con el que se envuelve los mástiles para protegerlos de las heladas. Tenían que mojar los pedazos de cuero, duros como una piedra, durante cuatro o cinco días en el mar para lograr ablandarlo, luego lo asaban en carbón y se los tragaban a la fuerza.

Cuando descubrieron que había ratas a bordo, comenzó la cacería. Por un ejemplar famélico se llegó a pagar medio doblón de oro; uno de los marineros se encontraba tan desesperado que engulló una rata cruda, entera, y otros dos se enzarzaron en tal pelea por otro ejemplar, que uno de ellos acabó matando al otro a hachazos. Según la ley, el homicida debía ser descuartizado, pero nadie tenía fuerzas para cumplir la sentencia, por lo que lo estrangularon y lo arrojaron por la borda.

Cada vez que moría un marinero, Magallanes se apresuraba a envolver el cadáver con una lona y lanzarlo al mar, antes de que sus hombres cometieran canibalismo. En efecto, los supervivientes miraban a los cadáveres frescos con tanta avidez que hasta les sangraban las encías.

Cuando por fin, cincuenta días después, avistaron tierra, no encontraron ningún lugar para fondear el ancla y los marineros que llegaron a la isla en botes no encontraron nada para calmar su hambre ni su sed; por eso la llamaron *Isla de la Decepción* y continuaron su viaje. El escribano del barco, Antonio Pigafetta, anotó: Estoy convencido de que nadie osará emprender de nuevo un viaje tan desesperado como este.



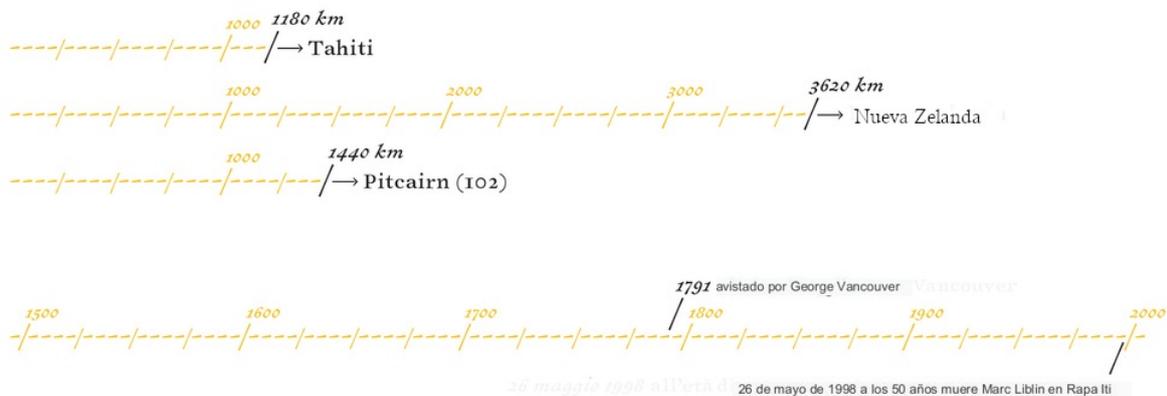
## Rapa Iti Islas Australes (Polinesia Francesa)

27° 36' S | 144° 20' O

También conocida como *Rapa*

Inglés: antiguamente *Oparo Island*

40 km<sup>2</sup> | 482 habitantes



En una pequeña ciudad en una ladera de los Vosgos, un chico de dieciséis años es visitado en sueños de forma recurrente por alguien que le enseña un idioma completamente desconocido. Pronto el joven Marc Liblin habla esa lengua con fluidez, aunque sigue sin saber de dónde viene ese idioma o incluso si realmente existe.

Es un chico solitario, hijo único, superdotado y está sediento de nuevos conocimientos. En su juventud se alimentó más de libros que de pan. Con treinta y tres años es un vagabundo que vive al margen de la sociedad en Bretaña, donde llama la atención de un grupo de investigadores de la Universidad de Rennes que desean descodificar y traducir ese lenguaje soñado. Durante dos años introducen esos extraños fonemas que articula Liblin en las primeras computadoras de la Universidad, pero todo es en vano, ninguna computadora encuentra una pauta en esos sonidos inconexos.

En un momento de frustración, se les ocurre una idea: deciden ir a las tabernas del puerto, para preguntar a marinos recién desembarcados si alguno

de ellos ha oído alguna vez, en algún lugar, ese extraño idioma. En una de las tabernas de Rennes, Liblin pronuncia su ininteligible soliloquio ante un grupo de tunecinos que lo miran con aburrimiento, cuando de repente, el dueño del bar, un marino retirado que los mira desde detrás de la barra, los interrumpe y les dice que ha escuchado ese idioma con anterioridad en una de las islas más lejanas de la Polinesia y que conoce a una vieja dama que lo habla. Se trata de la exmujer de un militar, que ahora reside en unas viviendas de protección oficial en el extrarradio de Rennes.

El encuentro con la dama polinesia cambió la vida de Liblin: Meretuini Make abrió la puerta de su casa, él la saludó en su idioma y ella contestó inmediatamente en el antiguo Rapa que se hablaba en su isla natal.

Marc Liblin, quien nunca antes había salido de Francia, se casó con la única mujer que lo entendía y en 1983 se mudaron juntos a la isla, donde se habla su idioma soñado.





duque de Hamilton, pero más tarde apareció en una subasta en los primeros momentos del Imperio Germánico. La primera novela escrita en inglés está inspirada en el diario perdido y presenta tantas verdades como invenciones: Alexander Selkirk se convirtió en Robinson Crusoe, el hijo de un zapatero escocés pasó a ser el hijo de un tendero de York; ambos desoyeron los consejos de sus respectivos padres y se echaron a la mar.

Los cuatro años y cuatro meses que Selkirk pasó en la isla se ampliaron en la ficción hasta veintiocho largos años, la mitad de la vida de un hombre. El pirata se convirtió en Crusoe, dueño de una plantación, que tenía que refrenar su deseo de perseguir destinos más lejanos, y tan pronto como los alcanzaba, deseaba profundamente regresar de nuevo al hogar.

Se escuchan susurros en la sección de revistas de la Biblioteca, y por la tarde, cuando las hileras de mesas se van iluminando, pueden verse páginas bailando a través del gran ventanal de la fachada principal. En la sección de manuscritos están haciendo inventario. El 4 de febrero de 2009, una portavoz aclara lo siguiente: En los pasados días hemos consultado todos los catálogos posibles y no ha habido suerte, no hemos encontrado nada. El diario de Selkirk no está aquí. Lo podemos asegurar con completa certeza.

La vida de los escritores parece ser más fácil que la de los buscadores de libros perdidos.

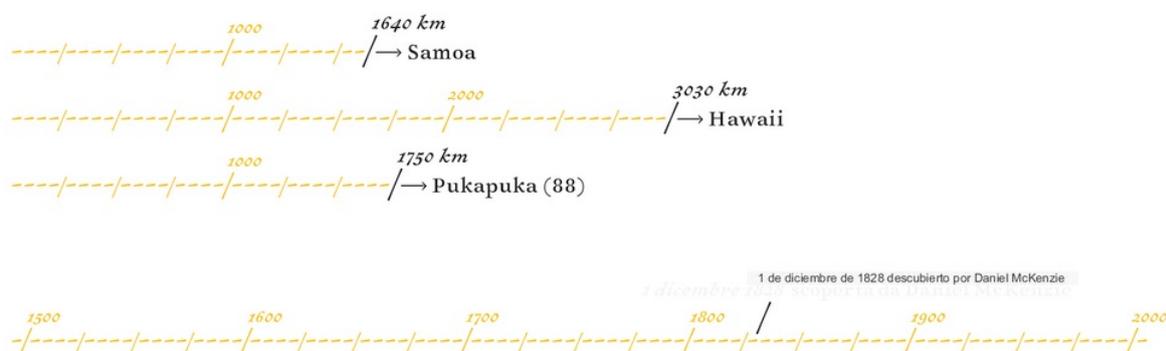


## Howland Islas Fénix (Reino Unido)

0° 48' N | 176° 57' O

Inglés: *Howland Island*

1,84 km<sup>2</sup> | Deshabitada



Ella fue la primera mujer en sobrevolar el Atlántico en solitario: desde Terranova hasta Irlanda del Norte, en catorce horas y cincuenta y seis minutos, y la segunda persona en realizar esta proeza; el primero fue Lindbergh. También voló desde Los Ángeles hasta Nueva Jersey, desde México D.F. hasta Newark y desde Honolulu hasta Oakland. Se trata de Amelia Earhart, una pionera, que grabó sus récords en el cielo con la estela de su avión.

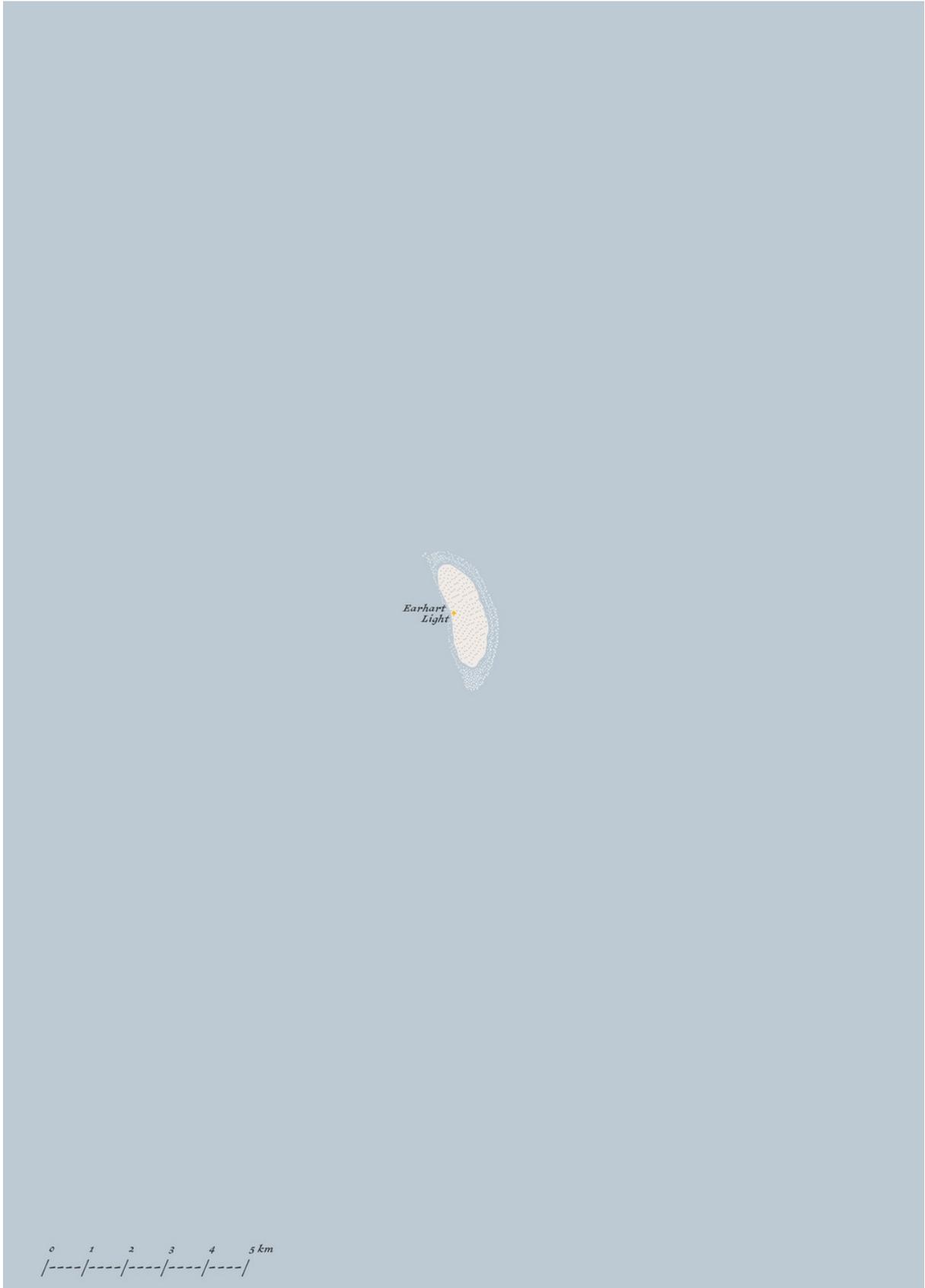
Aunque logró incontables méritos en las alturas, no se conformaba con ser la primera mujer en conseguir tales retos, quería ser, al menos por una vez, el primer ser humano, con independencia de su género, en hacer algo memorable; por ello se propuso ser la primera persona en dar la vuelta al mundo en avión siguiendo la línea del ecuador. Sé que es peligroso, pero lo haré porque tiene que hacerse.

La última fotografía que le hicieron antes de iniciar su viaje de 29 000 millas alrededor del globo muestra a una desigual pareja delante del *Lockheed L-10E Electra*, un avión aerodinámico de brillo plateado,

propulsado por dos motores: Earhart deja caer su mano con cariño sobre el avión; parece que lo acariciara. La cremallera de su mono de aviación está ligeramente abierta, su peinado es perfecto, su cuerpo es largo y esbelto, y su sonrisa, temeraria. A su lado puede verse a su asistente de vuelo, Fred Noonan, una chica tímida pero diligente e imprescindible en las alturas.

La mañana del 2 de julio de 1937 retoman el vuelo después de una parada para repostar en la Isla Lae, en el mar de Salomón. La pista de despegue está llena de baches y el avión pesa más de lo habitual, por tener el tanque de gasolina lleno hasta arriba, aunque en realidad solo llevan combustible para volar sin problemas durante unas veinte horas. Ya han sobrevolado casi todo el ecuador, han recorrido más de 22 000 millas y el mundo entero queda a sus espaldas; solo les queda una última jornada de vuelo sobre el silencioso océano para cumplir su objetivo.

En la Isla de Howland, a 2556 millas de distancia, los esperan *Itasca*, un guardacostas norteamericano, nuevas reservas de combustible y dos camas recién hechas. El atolón es tan pequeño que basta una nube para cubrirlo por completo. A las 7:42 de la mañana se escucha la voz de Earhart en la radio: Estamos llegando pero no vemos nada, nos queda poca gasolina. Una hora más tarde llega una nueva llamada: Volamos 157-377 grados, en dirección norte sur. La tripulación del *Itasca* otea el horizonte con prismáticos y enciende varias bengalas, pero ya nadie les responde. Amelia Earhart desaparece poco después de haber cambiado la historia de la aviación, el océano permanece en silencio.



# Isla Macquarie (Australia)

54° 38' S | 158° 52' E

Inglés: *Macquarie Island*

128 km<sup>2</sup> | 20-40 habitantes



Este pedazo de tierra escarpado donde nunca deja de llover jamás fue parte de la corteza terrestre, sino que emergió directamente de las profundidades marinas. La Isla Macquarie no es más que un trozo desgajado del suelo submarino, expulsado por azar sobre la superficie, como una columna vertebral que se arquea sobre la espalda del océano. Aquí mismo, a medio camino de la Antártida, donde las aguas templadas del norte convergen con las frías corrientes del sur, el mar está siempre agitado y es una zona muy peligrosa para los navegantes.

En enero de 1840 la tripulación del *Peacock* logró llegar a la isla sin perder su barco con enormes esfuerzos. Una vez en tierra firme los marinos exploraron el agreste paisaje, recogieron ejemplares de la escasa vegetación y el teniente Charles Wilkes llegó a la siguiente conclusión: La Isla Macquarie no ofrece ningún interés para los viajeros.

Tan solo el cadete Henry Eld se siente abrumado por el lado salvaje de la isla, cuando se adentra en solitario por una zona escarpada y escala el monte

más alto de la isla, el *Hurd Point*. En cada bahía, en cada playa, restos de distintos naufragios se desmoronan, cubiertos de moho y salitre, semicultos bajo la poca vegetación; son esqueletos de barcos en medio del mar de los más de mil pingüinos que viven en la isla. Aunque Eld ha escuchado bastantes cantos de pájaros en otras islas deshabitadas, no estaba preparado para la inmensa cantidad de gorjeos y trinos que resuenan por Macquarie. Todas las laderas de las escarpadas colinas se encuentran literalmente cubiertas por estos animalillos, que ensordecen al cadete con sus estridencias; nunca antes había oído tanta diversidad de graznidos, ni esos terribles chirridos y parloteos que parecen lenguas desconocidas; nunca habría podido imaginar que cuerpos tan pequeños pudieran cantar tanto y tan alto. Las aves lo persiguen por todos lados e intentan atraparlo, rasgan su ropa e intentan picotear su piel, tanto que tiene que encogerse y apartarlos con golpes violentos. Con sus pecheras pálidas, sus cabecillas oscuras y sus picos afilados acorralan y acechan al intruso; los pájaros se le acercan cada vez más, fieros e inquebrantables, con pasos solemnes y serios, parecen casi como un severo rector de mirada torva y uñas afiladas, atacan a Henry Eld por todos los flancos y este desaparece totalmente, cubierto por un manto claroscuro de plumas.

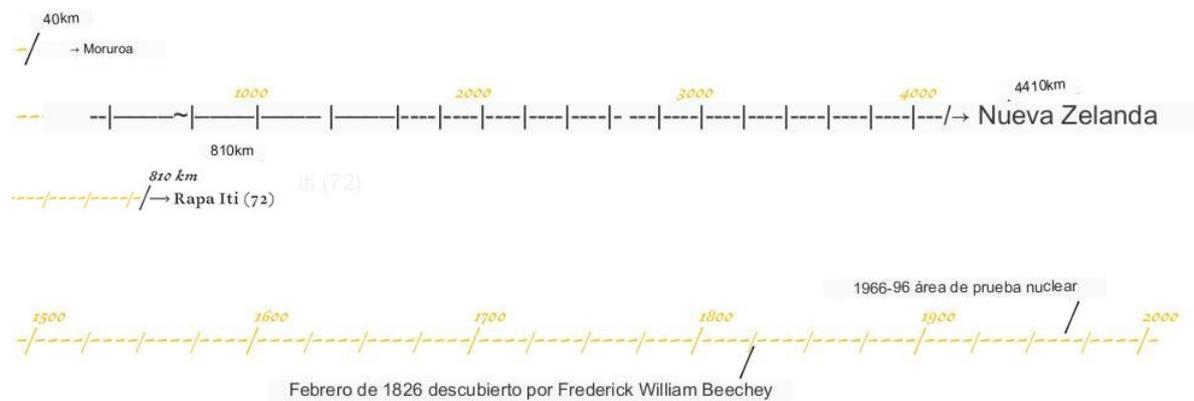
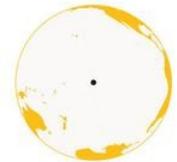


# Fangataufa Archipiélago Tuamotu (Polinesia Francesa)

22° 15' S | 138° 45' O

Inglés: antiguamente *Cockburn Island*

5 km<sup>2</sup> | Deshabitada

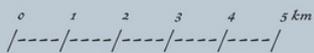


Se han repartido las colonias y han ganado las dos guerras mundiales, pero no resulta suficiente: si quieren convertirse en potencias mundiales, los aliados necesitan la bomba. Estas cuatro naciones vencedoras quieren reforzarse y asegurar su valía con armas nucleares, dando un ejemplo drástico y definitivo, convencidas de que nadie las imitará. Francia hizo detonar sus primeras bombas atómicas en el Sahara pero, cuando Argelia y su desierto lograron la independencia, tuvo que buscar un nuevo emplazamiento remoto y distante para su *force de frappe*. Primero barajaron el solitario atolón de Clipperton, después pensaron en el siempre nuboso archipiélago de Kerguelen, pero al final se decantaron por un lugar paradisíaco para esta misión destructiva: dos islas separadas por una laguna en el archipiélago de Tuamotu, lejos de los ojos del mundo: Moruroa y Fangataufa, dos atolones deshabitados de naturaleza virgen y exuberante. Poco después de aterrizar, los franceses excavaron un túnel en el anillo norte de la isla Fangataufa, para

hacer la laguna navegable, y distribuyeron lentes de sol y protectores entre la población de los atolones vecinos.

El 24 de agosto de 1968 todo estaba preparado para la gran prueba, la detonación de la primera bomba de hidrógeno francesa, la más grande que nadie haya hecho explotar, con una potencia de 2,6 megatones, entre cien y mil veces más letal que una bomba atómica. Un globo de helio eleva la pesada bomba de tres toneladas a 520 metros sobre el mar. Alguien pronuncia el nombre secreto de esta operación: *Canopus*, la segunda estrella más brillante del firmamento, situada tan al sur que no se puede ver desde Francia, como tampoco puede verse en París la explosión de esta bomba, que tiene lugar a las siete y media de la tarde, hora francesa: una gigantesca nube con una extraña cola de forma enroscada se extiende por todo el cielo; la onda expansiva se amplía con fuerza hacia afuera, creando sombras anilladas que cubren la laguna, el atolón y el mar entero. Todo el océano se remueve y se agita, se levanta una ola inmensa que impide ver el horizonte.

Después no queda nada, ni casas ni instalaciones ni árboles, absolutamente nada. El archipiélago entero tuvo que ser evacuado por contaminación radioactiva; durante seis años no se permitió a nadie poner un pie sobre Fangataufa.

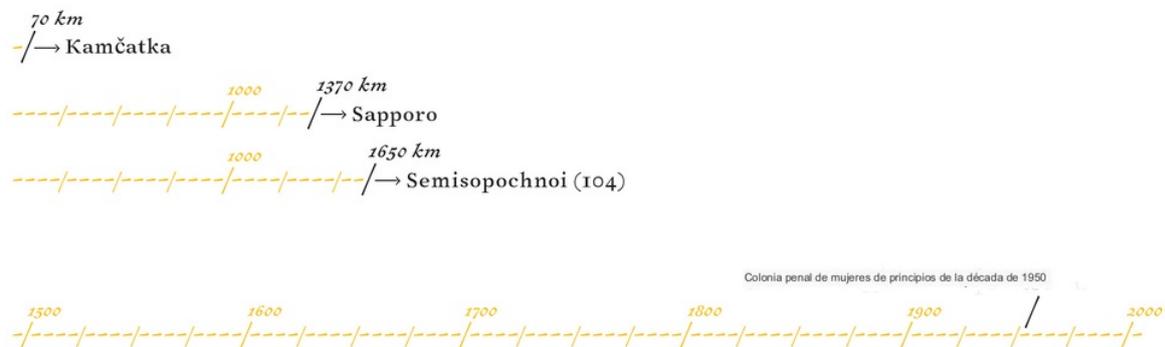


## Atlasov Islas Kuriles del Norte (Rusia)

50° 51' N | 155° 33' E

Ruso: *Ostrow Atlassowa* [Isla Atlas] | Japonés: *Araido-to*

119 km<sup>2</sup> | Deshabitada



Esta isla no debe su nombre al titán que carga el cielo sobre sus hombros; la llamaron así unos cosacos. En Atlasov no hay nada, tan solo una montaña solitaria, la más alta de este archipiélago formado por un collar de islas perladas, con playas negras que se recortan sobre la superficie marina.

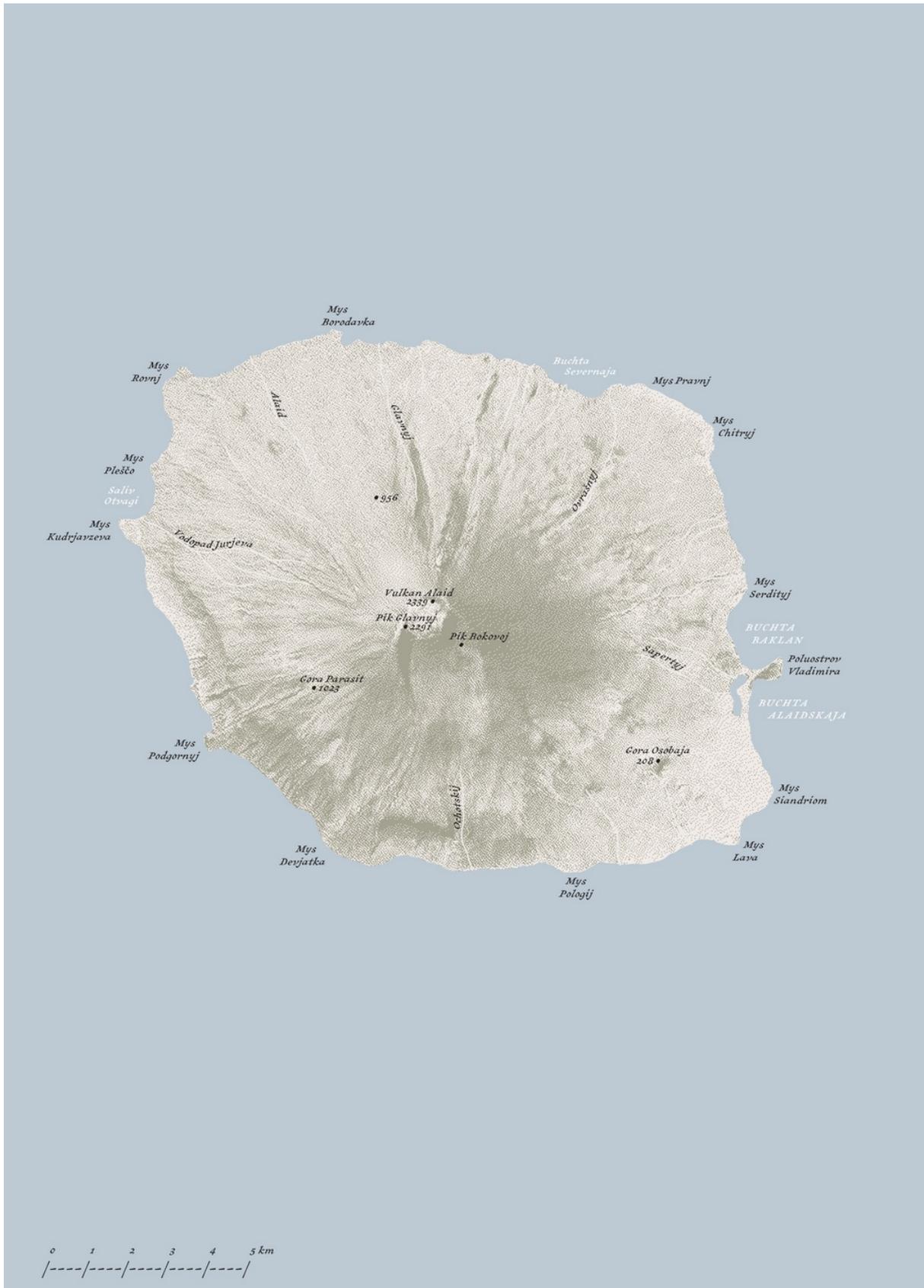
Esta montaña solitaria es más bella que el Monte Fuji, y los kuriles la llamaron *Alaid*. En invierno su cima de basalto gris queda coronada de nieve, tan blanca que parece pan de azúcar. Esta montaña es un volcán, el más septentrional del anillo de fuego que forman estas islas dispersas, y el más antiguo, puede tener entre 40 000 y 50 000 años y cautiva por su sublime inmensidad.

Se cuenta que en algún momento de la historia Atlasov apareció en medio del Mar de las Kuriles, al sur de Kamchatka; emergió tan alto, con tanta fuerza e intensidad, que arrebató la luz a todas las montañas de las inmediaciones y las dejó a oscuras. Las otras cimas se enojaron mucho y comenzaron a escupir fuego, buscando pelea con el nuevo monte, aunque en realidad palidecían de envidia por la belleza de la recién llegada. La montaña

se sintió triste y poco aceptada, no podía soportar tanta presión sobre sus laderas, por eso se fue, para devolver a las otras islas su lugar propio. Realizó un largo viaje a través del océano y finalmente se estableció muy lejos, en Ojotsk, un mar silencioso y solitario donde no haría sombra a nadie.

Como recuerdo de sus días en el Mar de las Kuriles y como señal de su tristeza dejó atrás su corazón, llamado *Outchitchi* por los kuriles, que se puede traducir como *Corazón de piedra*; es una roca de forma cónica que flota solitaria en medio del mar.

Otro rastro de este triste viaje es el río Ozernaya, que quiso perseguir a la isla; cuando la montaña encontró su nuevo lugar, las aguas de este río se precipitaron a seguirla y ahora forman un cordón umbilical azul pálido que une a este monte en el exilio con su primer hogar.



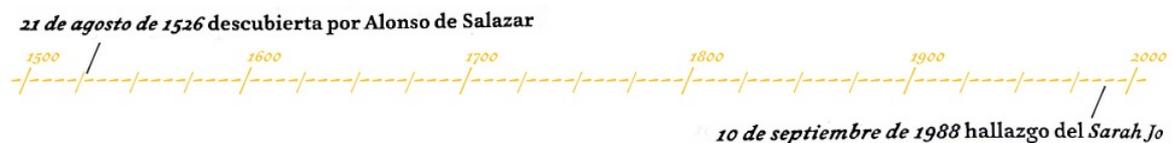
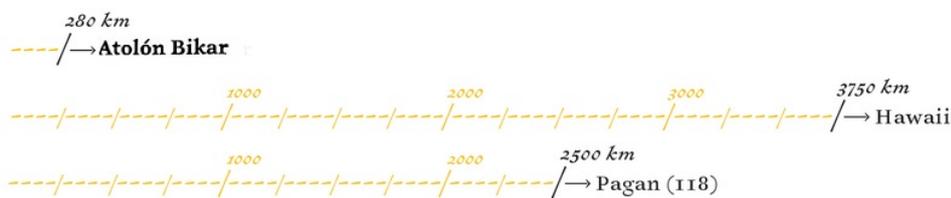
## Taongi Cadena Ratak (Islas Marshall)

14° 38' N | 69° 0' E

También llamada *Bokak*

Inglés: antiguamente *Gaspar Rico* o *Isla Smyth*

3,2 km<sup>2</sup> | Deshabitada



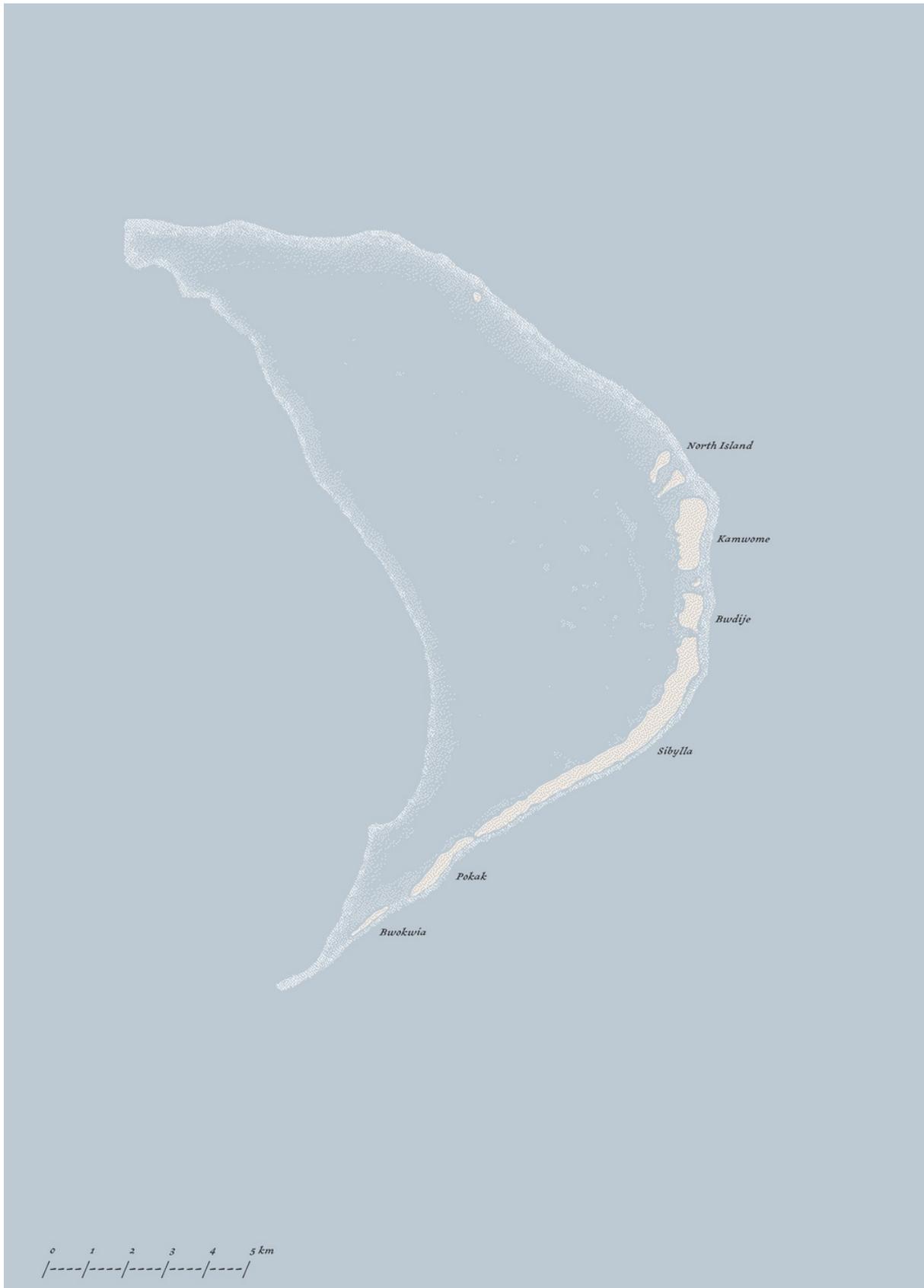
Scott Moorman creció en San Fernando Valley y de niño veía en la televisión una serie llamada *Aventuras en el Paraíso* y soñaba con vivir en Hawai. En 1975 abandonó el continente y encontró un nuevo hogar en Nahiku, en la costa oeste de la Isla Maui, donde se vive según el horario hawaiano: cuando hace buen día, nadie trabaja. Así sucede la mañana del domingo del 11 de febrero de 1979, el océano está liso y brillante como un espejo y en el cielo no hay ni una sola nube. Scott y cuatro amigos deciden salir a pescar en alta mar, compran bujías nuevas para su lancha de motor, cerveza y limonada para la nevera y cubos de hielo para conservar los peces que esperan pescar. Sobre las diez de la mañana dejan atrás el puerto, situado en la desembocadura de la bahía de esta isla de piedra y dirigen el *Sarah Joe*, su lancha de cinco metros de eslora, hacia el sur. Llevan lentes de sol, el pelo largo y largas barbas desaliñadas, uno de ellos enciende el primer porro del día.

Al mediodía se levanta algo de viento, que por la tarde se convierte en una tempestad, y por la noche en un huracán que golpea toda la isla, devasta la costa y azota el mar. Las olas miden más de un metro y la lluvia es incesante.

A las cinco de la tarde se comunica la desaparición del *Sarah Joe*, los guardacostas envían un helicóptero y una avioneta al interior de la tormenta, pero la visibilidad es nula. Los días siguientes amplían el área de la búsqueda. Los guardacostas pasan cinco días enteros en el mar, intentando localizarlos, sin ningún éxito; y familia y amigos continúan la búsqueda una semana más, pero no encuentran nada, absolutamente nada, ni rastro de los jóvenes ni un pedazo de su barca.

Nueve años y medio más tarde, un miembro del equipo de búsqueda, el biólogo marino John Naughton, encuentra los restos de una nave en la playa de Taongi, el atolón más al norte y más seco de las Islas Marshall, a 3600 km al este de Hawai. En los restos de fibra de vidrio del casco destrozado se puede leer un número de registro de Hawai, es el *Sarah Joe*.

Justo al lado se levanta una tumba sencilla, apenas un montículo de piedras y una cruz de trozos de madera, probablemente arrojados por el mar. En la arena sobresalen un par de huesos, cuando se analiza el ADN se descubre que son los restos de Scoot Moorman. Quién lo enterró ahí y qué fue de los otros sigue siendo una incógnita.

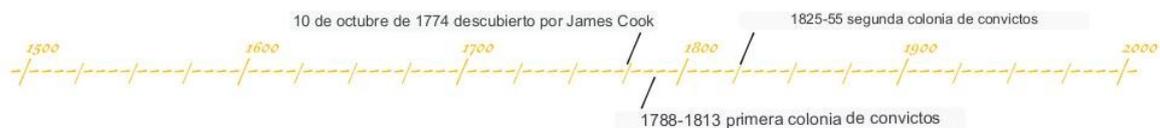


## Isla Norfolk (Australia)

29° 2' S | 167° 57' E

Inglés: *Norfolk Island* | Norfuk: *Norfuk Allen*

34,6 km<sup>2</sup> | 2128 habitantes

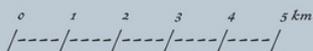


La reclusión en esta isla paradisíaca es el mayor castigo que puede recibir un criminal, nadie que cumpla condena en este infierno regresará jamás a su hogar. Los presos mantienen la vista baja y hablan sin mover los labios; trabajan en minas abiertas o en los arrecifes, donde raspan las piedras calizas de las paredes de coral, pero la tarea más agotadora es mejor que el aislamiento. Al mediodía les dan gachas de patatas y maíz, un pedazo de cecina, dura y correosa como el cuero, y agua de una cubeta. Por las tardes, todos los que mostraron la más mínima resistencia son golpeados con un látigo de nueve colas, hasta que se desmayan del dolor.

El lunes 25 de mayo de 1840 es el cumpleaños de la reina, en el puerto los barcos lanzan veintiuna salvas, una por cada año cumplido. El alcaide, el capitán Alexander Maconochie, nuevo en su cargo desde hace un par de semanas, ordena la siguiente disposición festiva: ¡Libertad de movimientos para todos! Ni los presos ni los guardias pueden creerlo, ni un solo grillete, ninguna medida de seguridad.

Todas las verjas se levantan y todos los cerrojos se abren. Todos juntos beben ponche, aliñado con unas gotas de ron auténtico, a la salud de la lejana reina. El alcaide se pasea por los calabozos abiertos y los presidiarios deambulan por las colinas y los bosques de abetos. Por la tarde todos se reúnen para cenar al aire libre. Hay carne de cerdo fresca, fuegos artificiales y entretenimientos preparados por los reclusos: se representa la escena de las tiendas de *Ricardo III*, un preso baila con alegría desbordante, casi infantil, mientras toca una trompa de cuerno y otro canta la Canción del Lobo, su aria favorita de la ópera *El castillo de Andalucía*: «Cuando el lobo merodea por las noches y aúlla a la luna, / las mujeres lloran, y no hay una puerta lo suficientemente segura. / Nadie va a venir a ayudarte; mantente en silencio / o tu destino vendrá a buscarte y se llevará todo lo que amas. / Cerrojos, vigas y traviesas vuelan lejos. / Solo quedan ecos de escopetas, robos y ultrajes».

Tras entonar el himno nacional, un toque de corneta señala el fin de fiesta; todos regresan a sus celdas y barracas. En toda la jornada no se registró ningún incidente digno de mención.

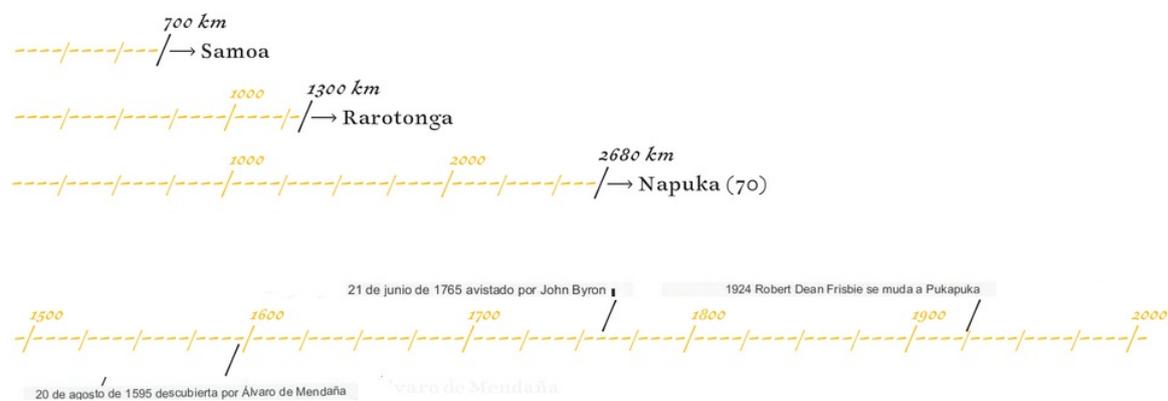


# Pukapuka (Islas Cook)

10° 53' S | 165° 51' O

Inglés: *Danger Islands* [Islas del peligro]

3 km<sup>2</sup> | 600 habitantes

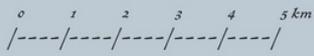
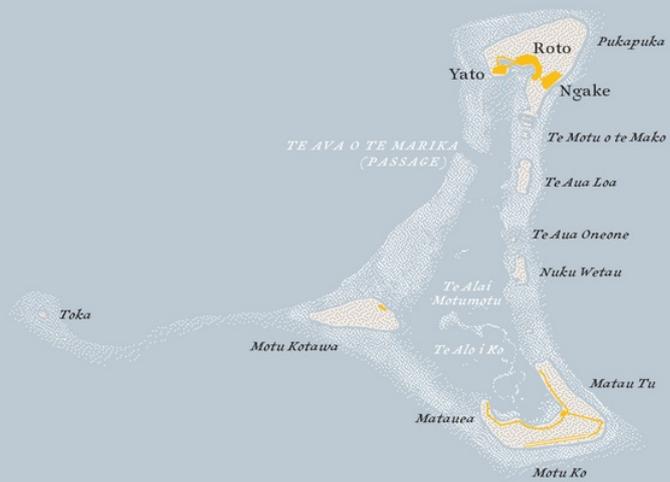


Robert Dean Frisbie se sienta en el mirador de la cámara de comercio de Pukapuka. Frente a él se extiende la mitad del poblado, un pequeño asentamiento de chozas de madera esparcidas sobre la arena de la playa; los niños juegan en la orilla y las mujeres trenzan sombreros de caña, bajo la suave brisa de la tarde, en el horizonte comienzan a aparecer las canoas de los pescadores que regresan al hogar.

De repente una isleña irrumpe en su campo visual, corriendo en dirección al mirador; está completamente desnuda, mojada tras un baño en el océano, su cabello oscuro se pega a su rostro y gotea sobre el cuerpo de piel tostada. Le falta el aliento y pide algo para beber, mientras su pecho no deja de agitarse con respiración entrecortada. Frisbie se levanta y le ofrece con amabilidad un recipiente con agua, la contempla durante largo tiempo; incluso cuando la chica ha desaparecido en la oscuridad de la casa, sigue rememorando su figura, extrañamente excitado. Aunque lleva varios años viviendo en la isla, aún no se ha acostumbrado a la desnudez de los nativos; en ese aspecto sigue teniendo la mentalidad de un chico de Cleveland, quien jamás habría podido

imaginar nada así: en Pukapuka a nadie le importa si una chica es virgen el día de su matrimonio, en ese idioma no existe la palabra para designar ese estado. Las mujeres solteras que son madres reciben la máxima consideración social y aumentan sus probabilidades de matrimonio, porque han demostrado ser fértiles a sus posibles futuros maridos. Cuando cae la noche, los jóvenes de los tres poblados que componen la isla se citan en un rincón aislado de la playa, allí se pelean, bailan, cantan y retozan juntos. Los tríos son frecuentes, el sexo es un juego para ellos y no hay lugar para los celos. Tienen canciones para antes y después del coito y solo en este aspecto se oponen las opiniones de las distintas generaciones: mientras que las mujeres más mayores valoran por igual las canciones de antes y de después, a los más jóvenes les gustaría que solo hubiera canciones para después. Sin embargo, todos están de acuerdo en algo: no se debe cantar durante el acto. Cuando acaban, hombres y mujeres se bañan juntos en el mar.

En esos aspectos Pukapuka está mucho más adelantado que Cleveland, piensa Robert Dean Frisbie, mientras apaga la luz del mirador y se retira a sus habitaciones.

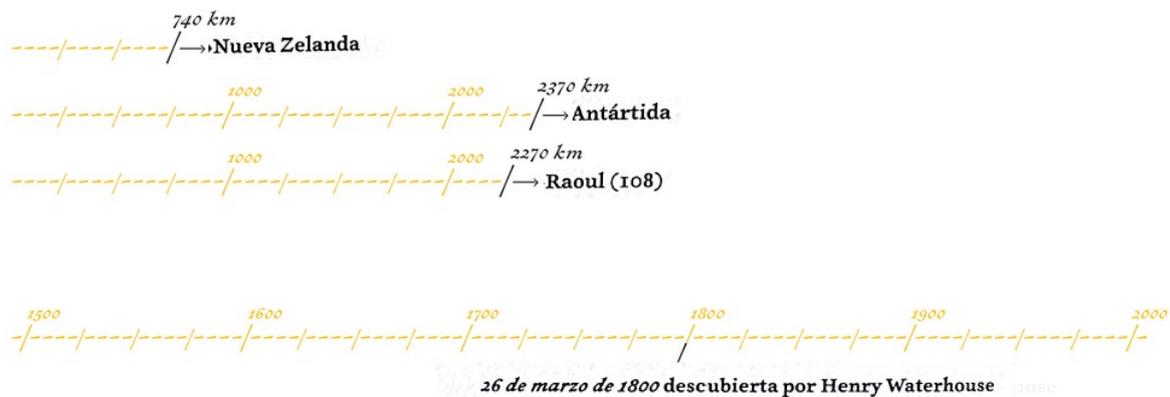


# Isla de las Antípodas (Nueva Zelanda)

49° 41' S | 178° 46' E

Inglés: antiguamente *Isle Penantipode* [Isla Penantípoda]

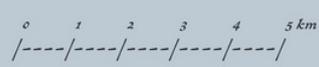
21 km<sup>2</sup> | Deshabitada



Todos hemos soñado con conocer a nuestro doble que vive en la otra mitad de la Tierra, cabeza abajo, con sus pies caminando bajo nuestros pies, atraído a su lado del mundo por la misma fuerza de la gravedad. Nuestros dobles viven en la misma longitud que nosotros, pero en la latitud inversa: sus estaciones se oponen a las nuestras y nuestros horarios son antitéticos: cuando en las Antípodas es verano y de día, nosotros nos encontramos en pleno invierno a medianoche. Aunque en realidad en la Isla de las Antípodas no vive nadie, entre las rocas dormitan solo algunos lobos marinos y pingüinos de crestas coloridas. Esta isla se encuentra exactamente en el lado opuesto del meridiano de Greenwich, según los cálculos del capitán Henry Waterhouse, quien la descubrió en su travesía desde Port Jackson hacia Inglaterra. Este lugar es un espejismo, pensó el capitán, una copia en miniatura de las Islas Británicas. Londres, su ciudad natal, se encuentra exactamente a la misma distancia de aquí, del Polo Norte y del Polo Sur. Si no hubiera escollos, daría exactamente igual qué ruta tomar para regresar al hogar, podría incluso

realizar un viaje por el centro de la Tierra. Inglaterra y este lugar no son nada más que dos límites del diámetro terrestre, una línea imaginaria que une estos dos polos opuestos y complementarios.

Pero sus cálculos no se sostienen, Inglaterra no tiene nada que ver con esta isla escarpada, desangelada y sin nada de vegetación, de clima frío, tormentoso y desagradable. El capitán añora la brisa suave de la Corriente del Golfo; las reses que llevaron a la isla murieron rápida y silenciosamente por la escasez de pasto de las estepas yermas, y en las abruptas cavidades de la costa se apaga el eco ensordecedor de las olas que rompen en la orilla, pero no hay nadie para escucharlas.

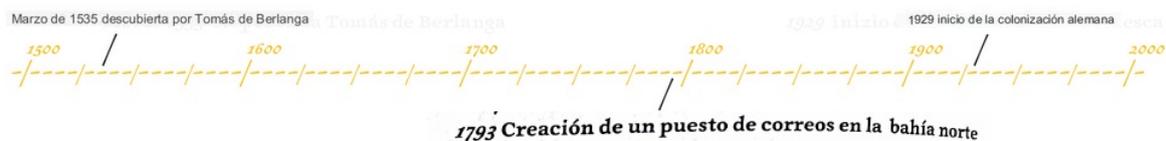
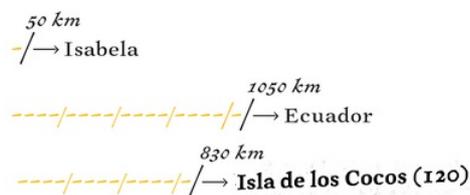


# Floreana Islas Galápagos (Ecuador)

1° 18' S | 90° 26' O

Español: *Santa María* | Inglés: antiguamente *Charles*

173 km<sup>2</sup> | 100 habitantes



*Dramatis Personae:* Dore Strauch, una profesora de preparatoria que sueña con una vida más emocionante que su matrimonio con el director del centro que le dobla la edad, y el doctor Friedrich Ritter, un dentista berlinés de frente arrugada y las pupilas brillantes que desea cartografiar el cerebro humano y que siente que la civilización no tiene nada nuevo que ofrecerle. En 1929 ambos abandonan a sus respectivos cónyuges para escapar a Floreana, un lugar sin Estado, donde solo gobierna la ley de la necesidad.

El escenario de la trama: una isla solitaria que nunca llegó a ser colonizada. Aquí, en el cráter verdoso de un volcán extinto, Friedrich y Dore establecieron su hogar: la granja Frido, una cabaña de chapa y acero inoxidable, y empezaron a cultivar esta tierra prometida, sin pensar en el pasado ni en el futuro.

Su vestuario se reduce a unos harapos de ermitaño que solo utilizan cuando reciben visitas; al principio solo iban a Floreana curiosos que querían rellenar páginas de periódicos con la *Historia de Adán y Eva en las*

*Galápagos*, pero pronto comienzan a llegar muchos imitadores. Apenas puedo creer que llegaran tantos visitantes a este lugar tan remoto e inaccesible, anota Ritter en su diario.

En 1932 un nuevo personaje aparece en este teatro al aire libre: la austríaca Eloise Wagner de Bousquet, baronesa autoproclamada, una vividora de dientes grandes y pestañas oscuras, impulsada por la firme intención de construir un hotel de lujo para millonarios en la isla. Entre sus pertenencias se incluyen vacas, patos y pollos, ochenta quintales de cemento y dos amantes: Lorenz, un joven flaco y esmirriado, de cabello rubio como el trigo, y Philippon, un tipo atlético, fuerte y musculoso. Ambos son esclavos de los deseos y caprichos de la baronesa, quien disfruta jugando a ser emperatriz, tiranizando a los dos hombres y dando órdenes a golpes de látigo y pistola. Le gustaba atormentar al pobre Lorenz y herir a los animales, para volver a curarlos después. El hotel, que se iba a llamar Hacienda Paraíso, nunca llegó a ser construido; se quedó en una lona aislante extendida sobre cuatro estacas, bajo la que dormían los tres.

La comedia acabó siendo un melodrama policíaco: en 1934 la baronesa y Philippon desaparecieron sin dejar rastro; el esqueleto de Lorenz fue encontrado en la playa de una isla cercana y el doctor Ritter murió por una intoxicación alimentaria. Solo Dore regresó a Berlín y los periódicos de todo el mundo especularon durante mucho tiempo sobre el *affaire* de las Galápagos. Al día de hoy aún no se sabe quién fue el asesino.

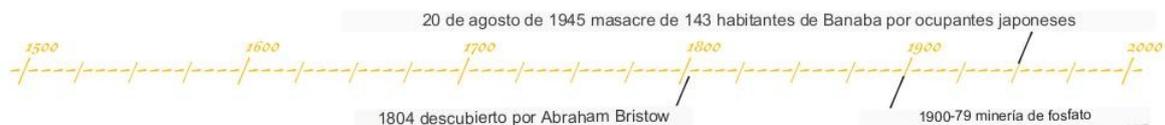
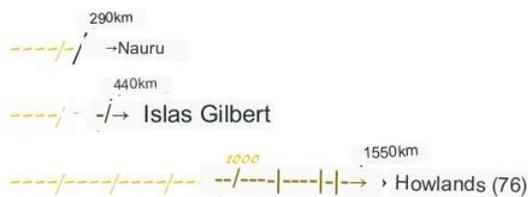


## Banaba (Kiribati)

0° 51' S | 168° 32' E

Inglés: *Ocean Island* [Isla del Océano]

6,5 km<sup>2</sup> | 301 habitantes



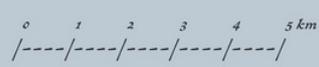
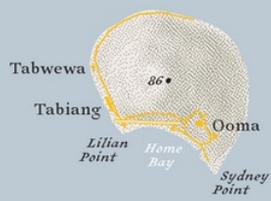
La herramienta más importante de los habitantes de Banaba está hecha de madera de almendro salvaje y tiene un acabado afilado, de caparazón de tortuga. Se usa para tatuar sus pieles con tinta, una pasta oscura compuesta de esencia de nuez de coco, agua y sal. El diseño de los tatuajes está completamente preestablecido, no se puede variar, aunque se pueden dibujar una o dos veces: líneas rectas y curvas, que van creciendo en forma de plumas. La cabeza y las piernas, y prácticamente todo el cuerpo de los isleños, están cubiertos de tatuajes, que son una preparación para el Más Allá,

Cuando uno de ellos muere, su espíritu camina hacia poniente, donde Nei Karamakuna, la mujer con cabeza de pájaro, le bloquea el camino para exigirle su alimento favorito: los tatuajes de su piel. Con su fuerte pico, devora la tinta que cubría miembros y cara, y como agradecimiento regala ojos de espíritus muertos, para que el espíritu encuentre sin dificultad el camino hacia el reino de las sombras. Si los cuerpos no tienen tatuajes o no resultan suficientes, Nei Karamakuna se enfurece y les arranca los ojos con su

pico, de tal modo que los espíritus quedan condenados a caminar, eternamente ciegos y sin rumbo.

Los habitantes de Banaba no entierran a sus muertos; cuelgan los cadáveres en el techo de sus cabañas, hasta que la carne se pudre; entonces lavan los esqueletos en el mar, el cuerpo se separa de la cabeza y se conservan en lugares separados: los huesos bajo las casas, el cráneo bajo las piedras del campo, donde los jóvenes juegan con los pájaros rabihorcados. Bailan alrededor de las aves y les lanzan objetos punzantes, hasta que los pájaros no pueden dar más pasos y caen abatidos sobre el suelo.

Los pájaros fueron los creadores de esta isla, anidaron en las rocas que se alzaban sobre el mar y sus excrementos se fueron acumulando y sedimentando, creando estratos de fosfato de cal sobre los arrecifes. Estas capas fueron extendiéndose y ganando espesor, hasta que cubrieron toda la superficie del mar y se formó esta isla de fosfato puro.

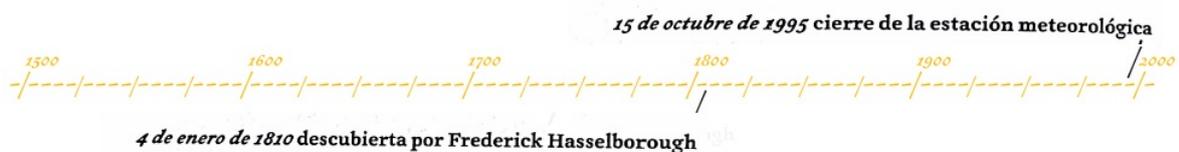
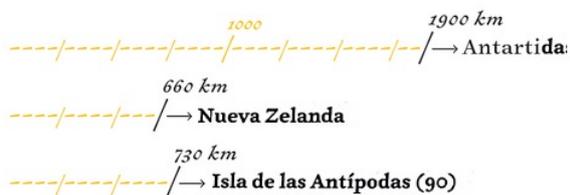


# Isla Campbell (Nueva Zelanda)

52° 32' S | 169° 9' E

Inglés: *Campbell Island*

113,3 km<sup>2</sup> | Deshabitada



El 8 de diciembre de 1874 el cielo se encuentra cargado de nubes, la noche es inestable y plomiza.

La posibilidad de contemplar el inicio del tránsito de Venus es del sesenta por ciento y la de ver su final, del treinta por ciento. El capitán Jacquemart llegó a esa conclusión por experiencia; ha pasado muchos meses de diciembre en la isla Campbell para estudiar su clima y buscar un lugar adecuado para construir el observatorio astronómico.

Basándose en sus informes, la Académie Française des Sciences decidió observar el tránsito de Venus desde allí y, para ello, una expedición, subvencionada por el gobierno francés y dirigida por el hidrógrafo Anatole Bouquet de la Grye, zarpó del puerto de Marsella el 21 de julio de 1874.

Cuando el 9 de septiembre por fin avistaron la isla, la primera impresión que recibió la tripulación fue de una enorme tristeza: Campbell es un páramo desolado y desierto, donde no crece ningún árbol; en su parte norte se extiende una altiplanicie seca, cubierta de zarzas amarillentas, y al sur solo

hay unas montañas de formas extrañas y un fiordo, al borde de la así llamada Bahía Perseverancia.

Por la mañana del 9 de diciembre el viento empezó a soplar en dirección noroeste y sobre las diez comenzaron a caer pequeños aguaceros; el cielo persistía en su gris plomizo, hasta que a mediodía la calidez de los rayos del sol logró disipar un poco la niebla y finalmente un disco blanquecino y brillante se perfiló detrás de un grueso velo de nubes grisáceas. Cinco minutos antes de la aparición de Venus, el viento amainó, Bouquet de la Grye oteó el cielo con su catalejo y gritó con júbilo cuando logró ver una sombra oscura en el contorno del sol, apenas perceptible y ligeramente ondulada. ¡Era Venus! Pero entonces una enorme nube surgió de la nada y cubrió el acontecimiento astronómico del siglo durante algo más de un cuarto de hora. Cuando la nube se esfumó, el planeta seguía cubriendo la mitad del sol, su contorno mostraba una leve y extraña claridad, sin refracción ni aureola; pero ese momento lúcido y brillante no duró más de veinte segundos.

Todo había acabado, aparecieron densos nubarrones, que cubrieron completamente el cielo e hicieron imposible ver el sol. Unas horas más tarde el cielo se había despejado, pero Venus había desaparecido tiempo atrás en el cielo de la mañana.

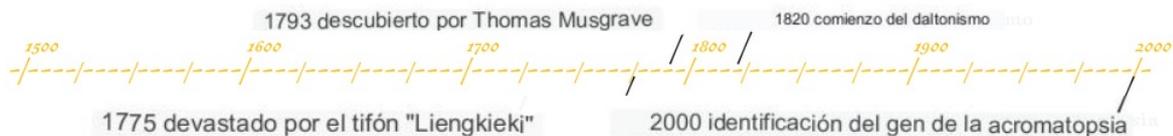
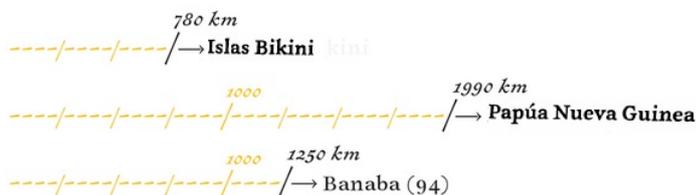


## Pingelap Islas Carolinas (Micronesia)

6° 13' N | 160° 42' E

Pingelap: *Pelepap* o *Pingerappu To* | Inglés: antiguamente *Musgrave* o *MacAskill Island*

1,8 km<sup>2</sup> | 250 habitantes



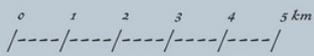
En esta isla hasta los cerdos son grisáceos; parece como si los animales hubieran sido creados a propósito así para los setenta y cinco habitantes de Pingelap que no pueden distinguir los colores. Nunca podrán ver el púrpura rojizo de las puestas de sol, ni el azul profundo del océano ni el amarillo deslumbrante de las papayas maduras, ni siquiera el verde oscuro y perenne de la selva, repleta de árboles del pan, cocoteros y mangos.

La culpa de todo esto es de una minúscula mutación del cromosoma ocho y del tifón *Liengkieki*, que asoló Pingelap hace siglos. Apenas una veintena de isleños sobrevivió al huracán y a las subsiguientes hambrunas, uno de ellos era portador de un gen recesivo que se extendió rápidamente por toda la isla a causa de la endogamia. Hoy en día, diez por ciento de los habitantes de esta isla son completamente daltónicos, mientras que en cualquier otro lugar la probabilidad de padecer esta alteración genética es de algo menos de un caso entre 30 000.

En Pingelap las personas se distinguen por el tamaño de sus cabezas, por la frecuencia con la que parpadean, por el brillo de sus ojos, por las arrugas de su entrecejo o la forma de su nariz. Los daltónicos tienden a evitar la luz y suelen salir de sus cabañas solo cuando anochece, y cubren los cristales de sus ventanas con papeles coloreados para que los rayos del sol no dañen sus pupilas. Durante la noche permanecen activos y pese a la oscuridad reinante se mueven con más facilidad que los demás habitantes de la isla.

Muchos de ellos dicen recordar todos sus sueños y algunos afirman que pueden pescar sin dificultad en las aguas profundas y oscuras de la laguna, porque distinguen las aletas de los peces reflejadas por el brillo de la luna.

Todo su mundo es gris oscuro, aunque insisten en que pueden apreciar detalles que pasan desapercibidos a quienes ven en color: miríadas de tonos y sombras inimaginables para los no daltónicos. Además, se indignan mucho con las charlas vanas e ignorantes de aquellos que se dejan llevar por la magnificencia de los colores; según los daltónicos, el color distrae la atención de lo esencial: la riqueza y variedad de las formas y los sombreados, de las estructuras y los contrastes.

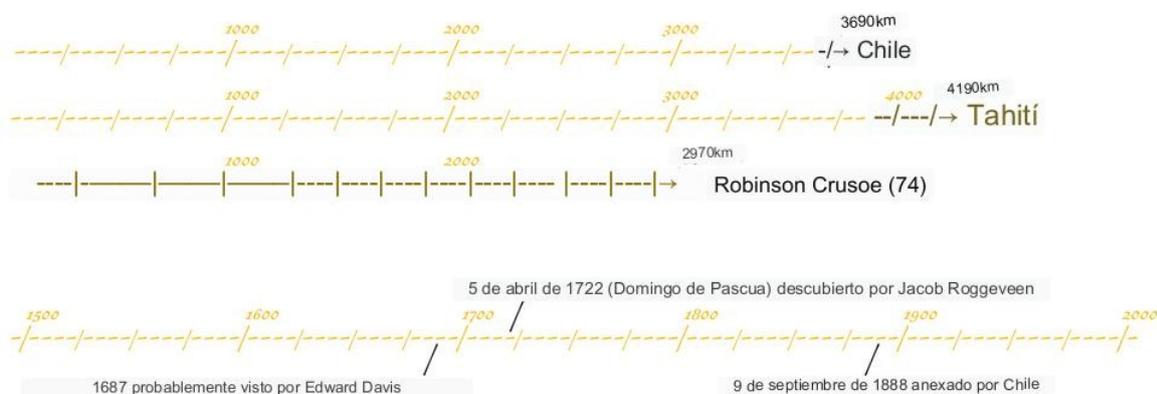


## Isla de Pascua *Islas Carolinas* (Chile)

27° 9' S | 109° 25' O

Rapanui: *Rapa Nui* también *Te Pit* o *te Henua* [El Ombligo del Mundo]

163,6 km<sup>2</sup> | 3791 habitantes



En esta isla no hay ninguna maravilla natural que llevara a Darwin a detenerse aquí; flora y fauna son escasas y la exuberancia de las Galápagos, que tanto ansiaba el científico inglés, no quedaba lejos, apenas a una semana de viaje en canoa.

Resulta imposible saber qué altura llegaron a alcanzar las palmeras gigantes que antes crecían en la isla; con la savia que manaba de sus troncos se fabricaba un vino dulce como la miel, pero las talaron todas, para hacer balsas de madera y lianas para transportar las estatuas. Estas enormes cabezas de piedra sin cuello, con las cuencas de los ojos vacías y orejas alargadas, dominan toda la costa; su piel de piedra está erosionada por efecto del viento y del salitre, y sus bocas forman un extraño puchero, como de niño terco y mimado. Los centinelas de piedra vigilan esta tierra de ceniza volcánica y se erigen, con sus moles cubiertas de musgo, a espaldas del mar, oteando los palmerales con sus enormes ojos vacíos, aunque se dice que en las grandes y antiguas festividades los rellenaban con coral blanco.

Las distintas tribus de la Isla de Pascua se enzarzaron en una lucha sin término por la construcción de los monolitos, intentaban levantarlos cada vez más altos y por la noche trataban de derribar las estatuas de las otras tribus. Sobreexplotaron sus pequeños terrenos de cultivo hasta agotarlos por completo, talaron los últimos árboles que quedaban de pie y cortaron todas sus ramas, incluso aquellas sobre las que se sentaban. Era el principio del final, sabían que morirían por la recién introducida viruela, desconocida hasta entonces, o que se convertirían en esclavos en su propia tierra, bajo un yugo extranjero que convertiría su isla en un enorme corral de ovejas. De los más de diez mil habitantes que había en la isla antes de la colonización, hoy solo sobreviven ciento once, ya no crecen más palmeras y todos los gigantes de piedra yacen sobre la arena de la playa.

Muchos arqueólogos trataron de enderezar estos bloques monstruosos, para buscar pistas y explicaciones del final; rebuscaron entre montones de detritos, catalogaron semillas y recopilaron huesos y trozos de madera carbonizados, e intentaron descifrar los sinuosos jeroglíficos de los Rongorongo, por si lo escrito en la piedra les revelaba lo que realmente sucedió en la Isla de Pascua, pero todo fue en vano.

Ya no crecen árboles en esta tierra asolada, creada por setenta volcanes que tampoco existen ya. Como efecto de la sequía y la deforestación, el suelo es llano y liso, tanto que un transbordador espacial podría realizar un aterrizaje forzoso en la isla sin dificultad alguna. Los Rapa Nui aceptaron el final de su mundo y arrasaron todo lo que tenían, en una cadena de hechos desafortunados que los condujo hasta la autodestrucción; fueron como una manada de *lemmings* abandonada a su suerte en mitad del océano.

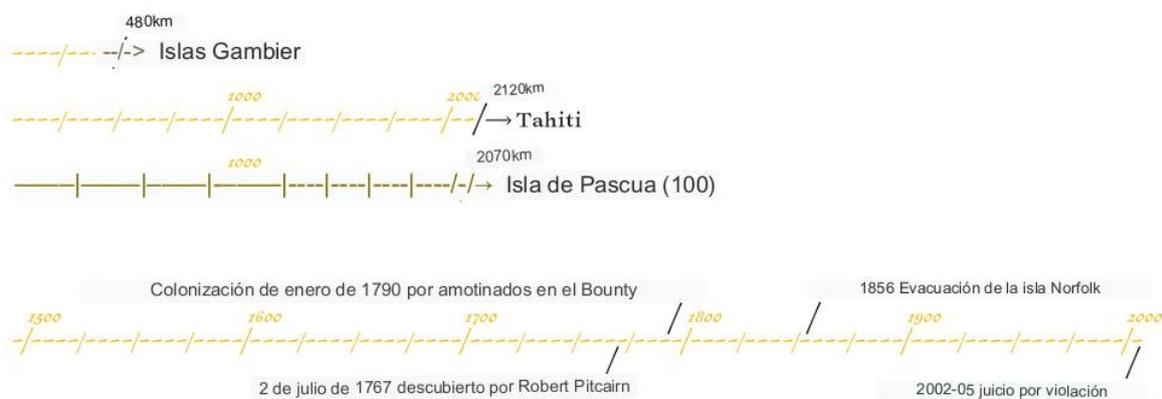


## Pitcairn (Reino Unido)

25° 3' S | 130° 6' O

Inglés: *Pitcairn Island* | Pitkern: *Pitkern Ailen*

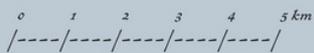
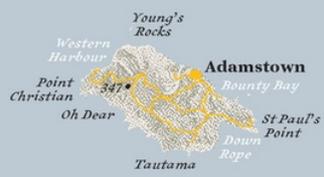
4,5 km<sup>2</sup> | 48 habitantes



No existe mejor escondite que esta isla, apartada de las rutas comerciales y mal ubicada en los mapas del almirantazgo. Se habían sublevado y sus acciones deberían ser juzgadas, probablemente con la pena máxima, pero no era posible regresar a casa, no para esos hombres ni para sus mujeres, raptadas en Tahiti. En Inglaterra los habrían encarcelado de por vida, pero tras el naufragio no tuvieron más remedio que dejarlos presos en Pitcairn: Aquí se quedan, esta es otra forma de acabar con ustedes, les dijo Fletcher Christian, cuando acamparon alrededor de una hoguera, cuyas ascuas fueron usadas más tarde por los sublevados para incendiar el *Bounty* y así evitar un posible regreso a casa, donde los habrían condenado a morir en la horca. El oficial Christian Fletcher fue víctima de la segunda sublevación y luego vino una tercera y una cuarta. Apenas hubo supervivientes a estas masacres continuadas.

Tengo curiosidad por saber qué les sucedió a los marineros sublevados. ¿Por qué se quedaron en Pitcairn, matándose mutuamente durante dos largos

años? ¿Qué le sucede a la naturaleza humana, que permite que los hombres sean violentos incluso en una isla tan paradisíaca? ¡Esto es lo que me interesa! Estas fueron las últimas palabras de Marlon Brando, quien, según un contrato vinculante, tiene el control artístico de esta escena; se trata de la muerte de Christian Fletcher: el oficial yace sobre el suelo, solo se puede ver su cabeza, ya que una manta lo tapa hasta la barbilla para ocultar las quemaduras. Tiene la cara empapada de sudor y surcada de manchas de hollín; sus ojos entreabiertos brillan en la oscuridad, sus cejas se levantan y vuelven a bajar y su boca (la de Marlon) pregunta con un estertor si él (Fletcher) se está muriendo. Hasta ese momento, ese hombre no era más que una diva de esencias y perfumes, un *dandy* en los mares del sur, con bata de seda, babuchas puntiagudas, voz suave y una rosa roja detrás de la oreja, que aparecía y desaparecía de la superficie de setenta milímetros del negativo de la película y de vez en cuando olvidaba su impostado acento británico. Qué inútil fue todo. Su rostro se paraliza y su mirada se apaga; la cámara realiza una panorámica y puede verse cómo los restos quemados del *Bounty* se hunden en el mar. Unas cortinas brillantes se cierran en la mitad del escenario, ocultando la pantalla, y la película más cara de todos los tiempos acaba de terminar, pero la historia de la isla apenas ha empezado.

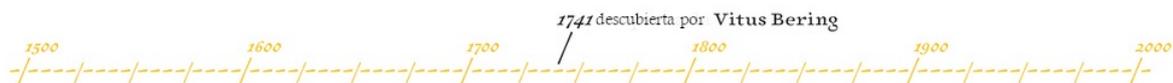
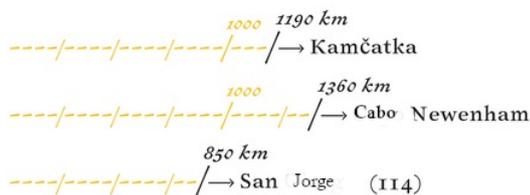
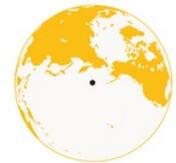


## Semisopchnoi Islas Ratas (Estados Unidos)

51° 57' N | 179° 38' E

Ruso: *Semisopchnoi* [Siete Colinas] | Aleutiano: *Unyax* o *Hawadax*

221,7 km<sup>2</sup> | Deshabitada



Un sonido metálico y plateado, como una palabra mágica, un nombre ruso para una isla estadounidense: Semisopchnoi, probablemente el punto más al oeste de los Estados Unidos, aunque este dato no le importa demasiado a nadie. En la isla no hay nada de interés, nunca nadie ha vivido aquí en ningún momento, jamás. Tampoco hay motivos para hacerlo, tan solo de vez en cuando un par de expertos viajan hasta aquí para recopilar rocas, medir cráteres y hacer fotos panorámicas a las cordilleras, que se parecen a las que salen en las películas. Una pareja de zorros polares se esconde entre la maleza y mira fijamente a los extraños visitantes, pero no teme a estas criaturas desconocidas; su piel es de un impecable azul profundo. Esta isla con siete colinas es solo una cuenta más de una antigua cordillera, un pedazo roto de un collar perdido, que hace mucho tiempo unía dos continentes; un espacio en blanco entre dos continentes, una parte de lo que más tarde fue conocido como el Nuevo Mundo.

Aquí mismo, sobre el anillo de fuego del Océano Pacífico, la tierra, largamente ignorada por los seres humanos, mantiene un monólogo constante

consigo misma. Todos los días hay alguna erupción volcánica, pero nunca daña a nadie. El volcán con más actividad se llama Monte Cerbero; sus tres cimas no dejan de otear esta tierra yerma plagada de montañas, de color púrpura brillante y siempre cubierta por un cielo nublado y amenazante. Un par de cráteres se agita y lanza pequeños latigazos de humo, que perfectamente podrían ser nubes que se quedaron enganchadas en las montañas.

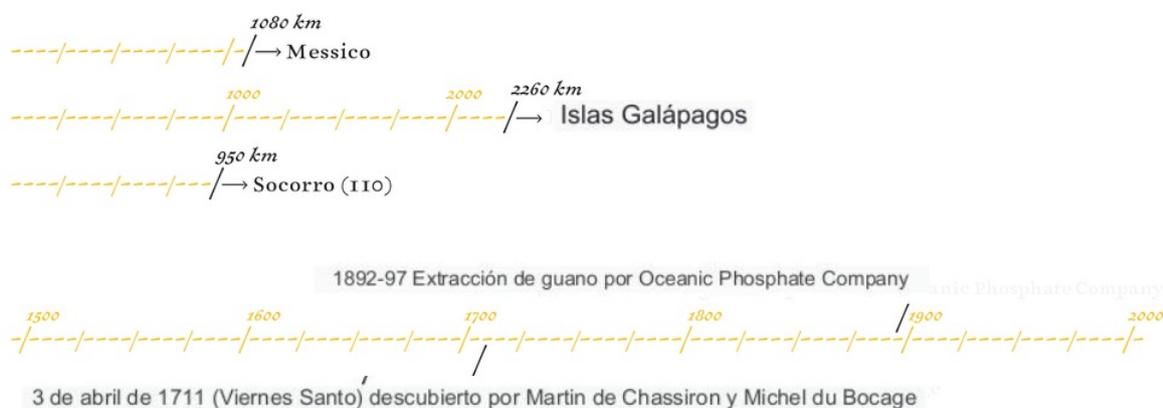


## Clipperton (Francia)

10° 18' N | 109° 13' O

Francés: *Île Clipperton* o *Île de la Passion* [Isla de la Pasión]

1,7 km<sup>2</sup> | Deshabitada



El barco de Acapulco sigue sin llegar, pero un crucero estadounidense trae la noticia: el mundo está en guerra y México en caos. Se han olvidado de ellos, su general ha sido derrocado y ya no está al mando.

En esta isla no crece nada de hierba; una docena de cerdos sedientos, descendientes de una piara que viajaba en un barco que encalló en la isla, está echada bajo las palmeras, buscando un poco de sombra. Lo único comestible que hay en Clipperton son los millones de cangrejos que corretean por la superficie entera de la isla; son tantos que resulta imposible dar un paso sin aplastar unos cuantos caparazones naranjas. Cada vez que el capitán Ramón de Arnaud camina por la isla, se pueden escuchar crujidos constantes de cangrejos reventados; el capitán luce, impoluto como siempre, el uniforme militar de gala austríaco, y su mujer va ataviada con un vestido de fiesta y enjaya sus manos y su cuello con diamantes. El capitán proclama: La evacuación no es necesaria. Una orden es una orden. Y la guarnición entera permanece en la isla: catorce hombres, seis mujeres y seis niños. Los barcos

siguen sin llegar, ni de Acapulco ni de ningún otro lugar; las provisiones se están acabando y empiezan a aparecer los primeros síntomas del escorbuto: las encías sangran y las heridas supuran, los músculos se debilitan y las extremidades se contraen, el corazón deja de latir. Tienen que enterrar a los muertos en fosas muy profundas, para protegerlos de la voracidad de los cangrejos.

En algún momento de esta historia, el gobernador no pudo soportar más los chillidos de las gaviotas y el rugir de las olas, entonces creyó avistar un barco en el horizonte y se echó a la mar en un pequeño bote, con toda su guarnición, y se ahogaron todos. Ese día solo quedó un varón vivo en la isla: Victoriano Álvarez, el antiguo vigilante del faro, ahora apagado. Victoriano se autoproclamó rey de Clipperton, convirtió a las mujeres en sus amantes y las fue violando y matando poco a poco; su reinado duró casi dos años.

El 17 de julio de 1917 las supervivientes lo mataron a golpes con un martillo y desfiguraron completamente su rostro; poco después un barco apareció por fin en el horizonte. Las mujeres y los niños hicieron señales, mientras los cangrejos se encaminaban hacia el faro, atraídos por la sangre fresca. Una pequeña lancha llegó a tierra y amarró en el antiguo muelle de la Phosphate Company, y las cuatro supervivientes y sus hijos dejaron atrás para siempre el atolón más desangelado del planeta. Varias horas después, desde la cubierta del *USS Yorktown*, se podía seguir viendo el naranja de los cangrejos que cubría la isla.



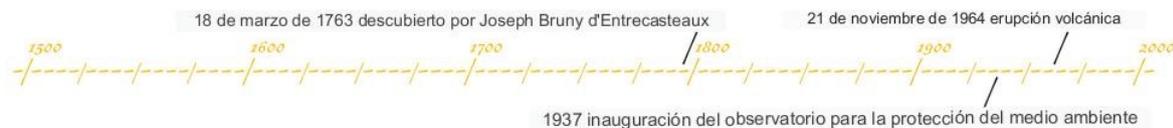
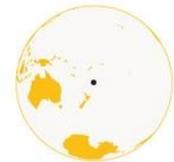
0 1 2 3 4 5 km  
/---/---/---/---/---/

## Raoul *Islas Kermadec* (Nueva Zelanda)

29° 16' S | 177° 55' O

Inglés: antiguamente *Sunday Island* [Isla del Domingo]

29,4 km<sup>2</sup> | 10 habitantes



Cada año el Departamento de Conservación neozelandés envía trabajadores a una de sus muchas islas deshabitadas durante doce meses. Nueve voluntarios se alistan para los meses de verano, o invierno, y permanecen ahí durante al menos medio año; pero el Departamento señala en su informe anual: No podemos enviar a cualquiera a la solitaria Isla Raoul, se necesita una persona altamente capacitada. Para arreglárselas allí resultan necesarias muchas habilidades importantes y conocimientos prácticos: saber de hierbas y sus propiedades, reparar edificios y maquinarias e incluso hacer pan.

El programa para trabajar como voluntario en la Isla Raoul se publicita como una oportunidad única: conocer una isla lejana con un ecosistema inigualable y también menciona los numerosos retos que supone. En las islas cercanas hay volcanes activos y los terremotos son frecuentes. La tierra es escarpada y baldía y el trabajo puede resultar duro y monótono; una tarea esencial es por ejemplo distinguir y arrancar plantas invasivas.

Una vez allí, habrá que permanecer en la isla el tiempo acordado, no será posible volverse atrás. El correo llega en contadas ocasiones, en un avión de la RNZ Air Force o en barcos privados. En caso de emergencia, el tiempo mínimo que se tarda en llegar hasta allí es de veinticuatro horas

Los voluntarios en la Isla Raoul deben ser ágiles y versátiles, tener espíritu aventurero sin llegar a ser temerarios y tienen que saber cómo administrar el tiempo; además de sentirse satisfechos consigo mismos, también resulta imprescindible que sepan trabajar en equipos pequeños.

Los candidatos deben estar en buena forma y saber orientarse en zonas boscosas y de montaña, sin ayuda exterior. Se valorará la experiencia en deportes de escalada y la facilidad para hacer reparaciones y trabajos manuales.

Los candidatos deben dirigirse al Departamento de Conservación, PO BOX 474, Warkworth. Nueva Zelanda.



## Socorro Archipiélago de Revillagigedo (México)

18° 47' S | 110° 58' O

Español: también *Isla de Santo Tomás*, antiguamente *Isla Anublada*

132,1 km<sup>2</sup> | 250 habitantes



Cuando se adentran en la Bahía Braithwaite, aparece ante ellos esta isla, que les recuerda a una casa tomada. El agua parece muerta y estancada, la arena de la playa brilla fría y hay un par de colinas de rocas volcánicas, cubiertas de zarzales. Por la tarde, uno de los marineros realiza una breve incursión por la isla y regresa abatido y desamparado, como si hubiera visto algo desesperanzador.

Al día siguiente, George Hugh Banning, timonel segundo del *Velero II*, se levanta con el alba para explorar y vaga en solitario por esta tierra baldía. En una planicie descubre unas ovejas, que se espantan por la repentina aparición del intruso y huyen despavoridas colina abajo, desapareciendo en la espesura. Son las descendientes salvajes de un pequeño rebaño, abandonado en la isla por unos balleneros. Para los americanos resulta un misterio el lugar donde abreven las ovejas, ya que, según sus informes, no hay manantiales ni lagos en toda la isla. Banning intenta perseguir a los animales, se abre camino entre la maleza, formada por un laberinto de arbustos espinosos de más de un metro

de altura, tocones destrozados y vides marchitas. A cada paso las ramas le golpean las manos y el rostro, no deja de tropezar, y con cada golpe se hace un rasguño sangrante y tropieza de nuevo, pinchándose los brazos y las pantorrillas con cactus, cuyas espinas se le clavan hasta el hueso. Una y otra vez se ve obligado a arrastrarse de rodillas sobre la agreste maleza, para evitar herirse con las ramas puntiagudas de las chumberas, y al final la vegetación es tan profunda e impenetrable que las ovejas continúan su escapada, pero Banning ya no puede adentrarse más entre la maleza. Entonces observa su alrededor: ya no puede decirse que esté en un bosque, sino en una inmensa selva, el espeso follaje no permite que se filtre el menor rayo de sol y a su alrededor solo impera la oscuridad. Las ramas movidas por el viento le recuerdan a grandes y amenazadoras serpientes, y por todos lados lo acechan árboles sin hojas que se parecen a seres atormentados, condenados a retorcerse por toda la eternidad en escorzos terribles. El infierno debe de ser un lugar parecido a este bosque.

Banning, cegado por el terror, empieza a perder los nervios, cree que se va a volver loco; completamente desesperado, agarra con fuerza su machete y sale corriendo, apuñalando la vegetación e intentando seguir la senda marcada por sus propios pasos; se pelea con los matorrales y no deja de cortar ramas y arbustos, hasta que al final logra salir del bosque, sin respiración y totalmente cubierto de rasguños.

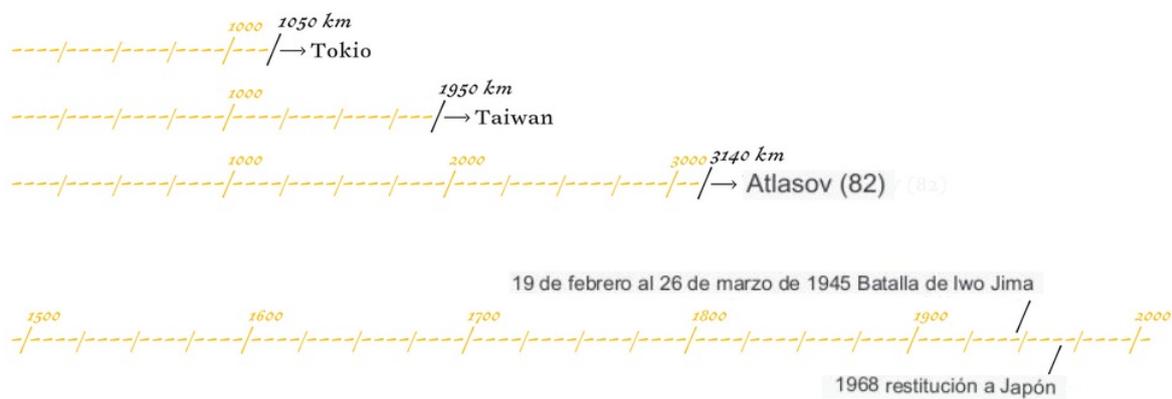


## Iwo Jima *Islas del Volcán (Japón)*

24° 47' N | 141° 19' E

Japonés: *Ioto* [Isla del Azufre] | Inglés: *Sulphur Island* [Isla del Azufre]

23,2 km<sup>2</sup> | 370 habitantes



El horizonte de la isla es engañoso, no se puede saber si el cielo está cubierto de nubes o del humo de bombas y minas explosivas. En la cima del Suribachi seis soldados clavan una asta en el suelo cubierto de escombros e izan la bandera hacia las alturas con las pocas fuerzas que les quedan; son seis figuras sin rostro que se sostienen mutuamente: uno está arrodillado en el suelo, otro trata de alcanzar la cumbre y Joe Rosenthal dispara a través de su objetivo: es el instante de cuatro centésimas de segundo más largo de toda la historia. La fecha es 23 de febrero de 1945 y se acaba de sacar la fotografía de guerra más conocida de todos los tiempos.

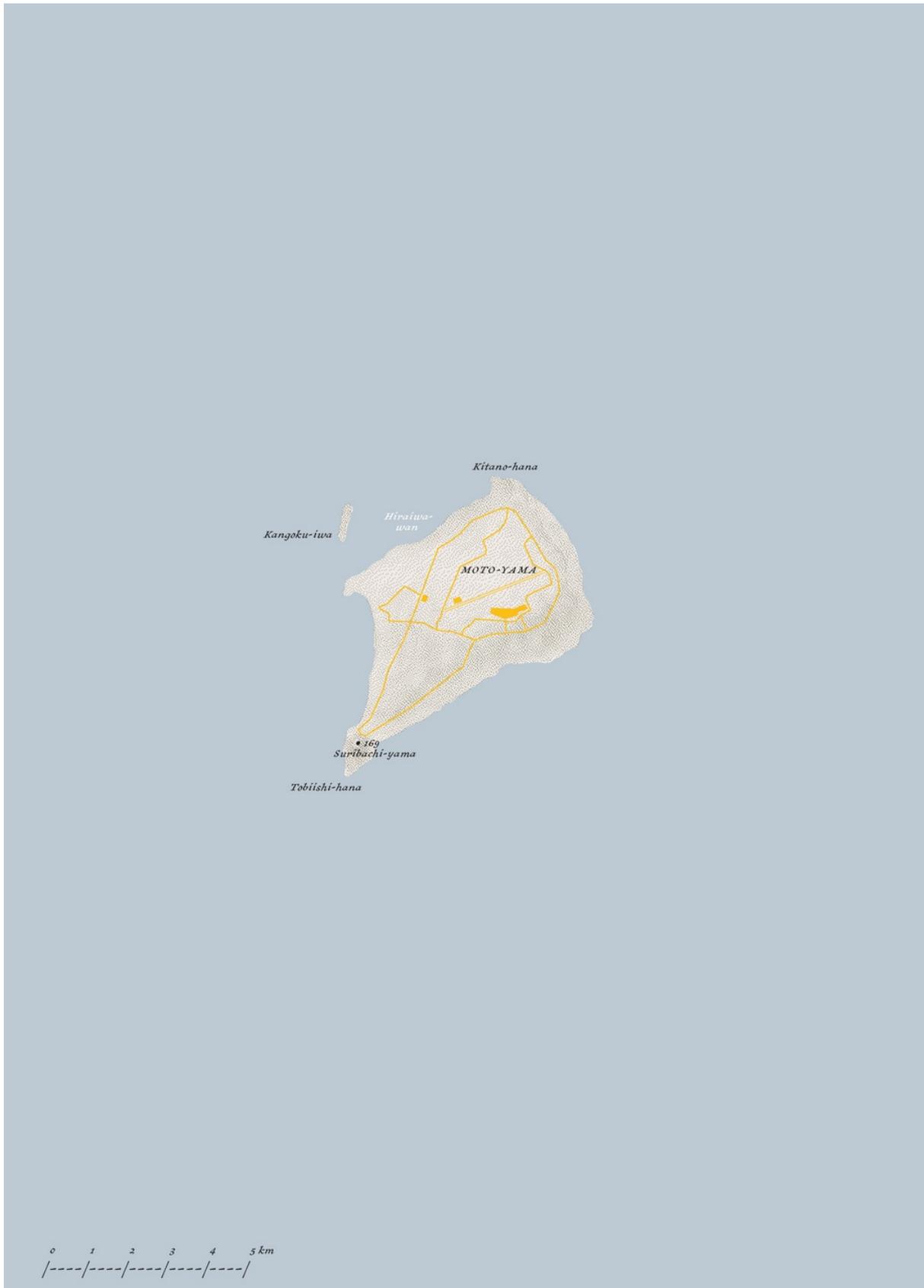
A estos hombres no les importa dar su vida en nombre de su bandera en un país muy lejano, en un gesto lleno de coraje, un desolado acto de representación: barras y estrellas, azul, blanco y rojo, las manos en el corazón y la mirada al cielo. Los soldados estadounidenses escalan hasta el punto más alto de Iwo Jima, una árida colina de cenizas, de 169 metros de altitud, situada al sur de esta minúscula isla, que de repente se ha convertido en un

lugar estratégico clave, muy cerca del país enemigo, donde en breve aterrizará un portaaviones insumergible, lo suficientemente grande para albergar en su interior numerosos bombarderos.

Esta foto es la imagen de una victoria que aún no ha tenido lugar, todavía no se ha conquistado la isla ni se ha vencido la batalla. Los enemigos acechan ocultos en el paisaje volcánico y lanzan granadas desde sus trincheras. Este laberinto de mil cavidades marinas se convirtió en la tumba de más de veinte mil soldados japoneses.

El negativo fotográfico es transportado a Guam en avión y será revelado en el cuartel general de la Wartime Still Picture Pools. No tardará ni un solo día en convertirse en un icono: una fotografía que recuerda a una estatua, ampliada en formato panorámico. Se transmite por teletipo hasta la patria y enseguida se convierte en la foto de portada de todos los dominicales; un par de meses más tarde aparece un sello con esta imagen, y diez años después inspira el monumento funerario de bronce más grande del mundo, situado en el cementerio militar de Washington: soldados de diez metros de altura sostienen la bandera sobre un pedestal de granito.

Este emblema pasa a simbolizar todas las batallas: tres bomberos izan la bandera sobre las ruinas del 11 de septiembre, la cima del Suribachi se ha convertido en la zona cero de Nueva York.

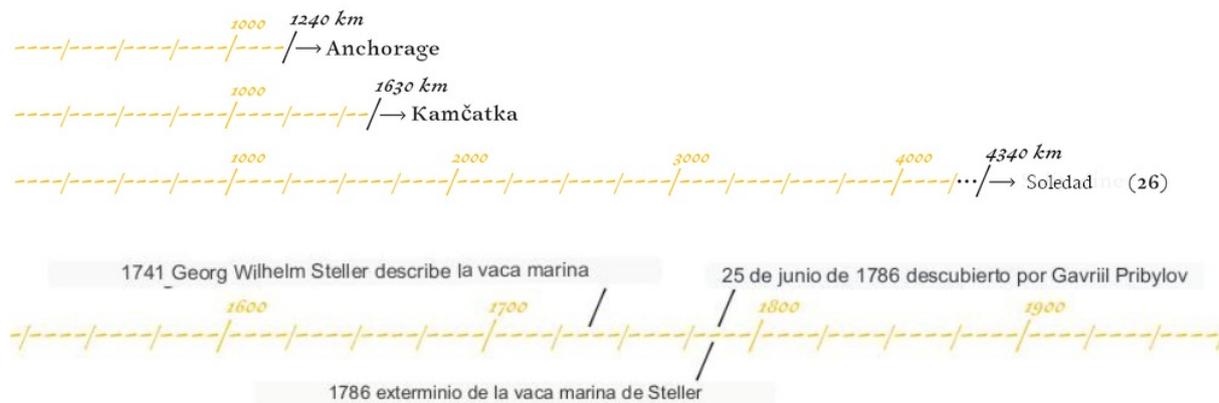


## San Jorge Islas Pribilof (Estados Unidos)

56° 35' N | 169° 36' O

Inglés: *Saint George Island*

90 km<sup>2</sup> | 128 habitantes



Al parecer, según cuentan las crónicas, su forma era extraña y única en el mundo; probablemente vivieran a orillas de la isla de San Jorge, en la parte exterior del mar, aunque en realidad los únicos que pudieron ver a las vacas marinas en su hábitat fueron Georg Steller y los cazadores que las exterminaron. Las únicas pruebas que quedan de su existencia son un par de esqueletos, varios pedazos de piel disecada y las mil setecientas cuarenta y una notas que tomó Steller, cuando acompañó a Vitus Bering en la segunda expedición a Kamchatka, que acabó naufragando. Estos animales pertenecían al orden de las sirenias y tenían de hecho la cola bífida y el pecho blanco como el de una joven sirena. Su piel de varios centímetros de espesor era impenetrable, recordaba a la corteza de robles milenarios y su espalda carecía de pelambre, eran negras, lisas y resbaladizas, excepto su nuca, grisácea y surcada por arrugas y pliegues. Como extremidades delanteras tenían dos pequeñas aletas, casi atrofiadas, y su cabeza era completamente distinta a la de cualquier otro animal: pequeña y cuadrangular, se unía al enorme cuerpo

sin necesidad de cuello. Sus narinas recordaban a los ollares de un caballo y sus oídos solo eran dos minúsculos orificios. Sus ojos, carentes de pestañas, podían tener el tamaño de los de una oveja, de iris negro y pupila azul amarillenta.

Estaban constantemente rumiando plastas de algas con sus enormes mandíbulas sin dientes; las insaciables vacas no dejaban de pastar en las cercanías de la costa, mientras la mitad de su formidable cuerpo sobresalía por encima de la superficie del mar. En su espalda se paseaban gaviotas que picoteaban su lomo y las libraban de molestos bichos. Cada cuatro o cinco minutos las vacas marinas expulsaban un enorme bufido de aire; cuando se sentían saciadas, giraban sobre su dorso y se dejaban arrastrar por las corrientes marinas.

Estos seres marinos se apareaban solo durante las tranquilas tardes de primavera, cuando hacía buen tiempo. De la misma forma como lo hacen los humanos. El macho arriba y la hembra abajo, según cuentan las notas de Steller.

Las vacas marinas eran mansas por naturaleza: cuando estaban heridas, su dolor era tan grande, que no podían hacer nada más que alejarse de la orilla, hasta que olvidaban totalmente cómo regresar. Se acercaban tanto a la orilla que fácilmente podían ser tocadas, pero podían resultar mortíferas. Era un animal tranquilo que no emitía ningún sonido; tan solo, cuando las herían, suspiraban profundamente.



## Tikopia Isla de Santa Cruz (Salomón)

12° 18' S | 168° 50' E

Tikopia-An uta: *Tikopia*

4,7 km<sup>2</sup> | 1200 habitantes



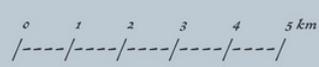
Esta isla está habitada desde hace más de tres mil años; es tan pequeña que las olas se pueden escuchar desde su meseta central. Sus habitantes pescan en las aguas salobres y atrapan crustáceos en la orilla; cultivan boniatos, plátanos y ñames gigantes del pantano; almacenan además cereales bajo la tierra por si hay una mala cosecha. Estos víveres resultan suficientes para mil doscientos seres humanos, pero ni para uno más.

Si un tornado o una gran sequía devasta la cosecha, muchos de ellos eligen una muerte rápida. Las mujeres solteras se ahorcan voluntariamente en sus casas o se arrojan al mar y algunos padres se dejan arrastrar por las corrientes marinas junto a sus hijos, en un viaje en canoa del cual nunca regresan. Prefieren morir en el mar, antes que padecer una larga agonía de hambre y de sed en tierra firme.

Cada año el jefe de las cuatro tribus de Tikopia recuerda las reglas para evitar el crecimiento de la población. Todos los niños deben vivir de acuerdo con ellas y alimentarse solo con lo producido en el huerto familiar, por ello

solo el hijo mayor puede tener descendencia; los restantes hijos deben permanecer solteros y ser extremadamente cuidadosos para no engendrar. Los varones se sienten obligados a prevenir la concepción y se han convertido en expertos del *coitus interruptus*, pero si la concepción no pudo evitarse, las mujeres presionan su vientre con piedras calientes antes de que suceda el parto.

A los adultos se les prohíbe tener más descendencia cuando su hijo mayor alcanza la edad casadera, y cuando una pareja tiene un hijo, el hombre pregunta a su mujer: ¿De quién es este hijo, a quien debo alimentar? Y solo él decide si el recién nacido debe vivir. Las cosechas son pequeñas. Déjame matar a nuestro hijo, ya que si vive, no habrá comida para él. Los recién nacidos se dejan tumbados boca abajo, para que se ahoguen y mueran. Estos niños no reciben sepultura, no forman parte de la vida de Tikopia.

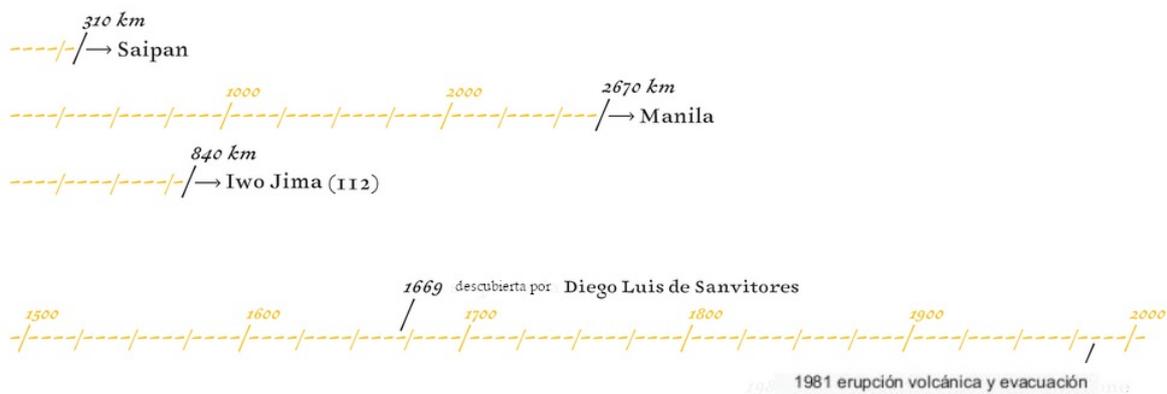


# Pagana Marianas (Estados Unidos)

18° 7' N | 145° 46' E

Inglés: *Pagan Island* | Español: antiguamente *San Ignacio*

47,2 km<sup>2</sup> | Deshabitada



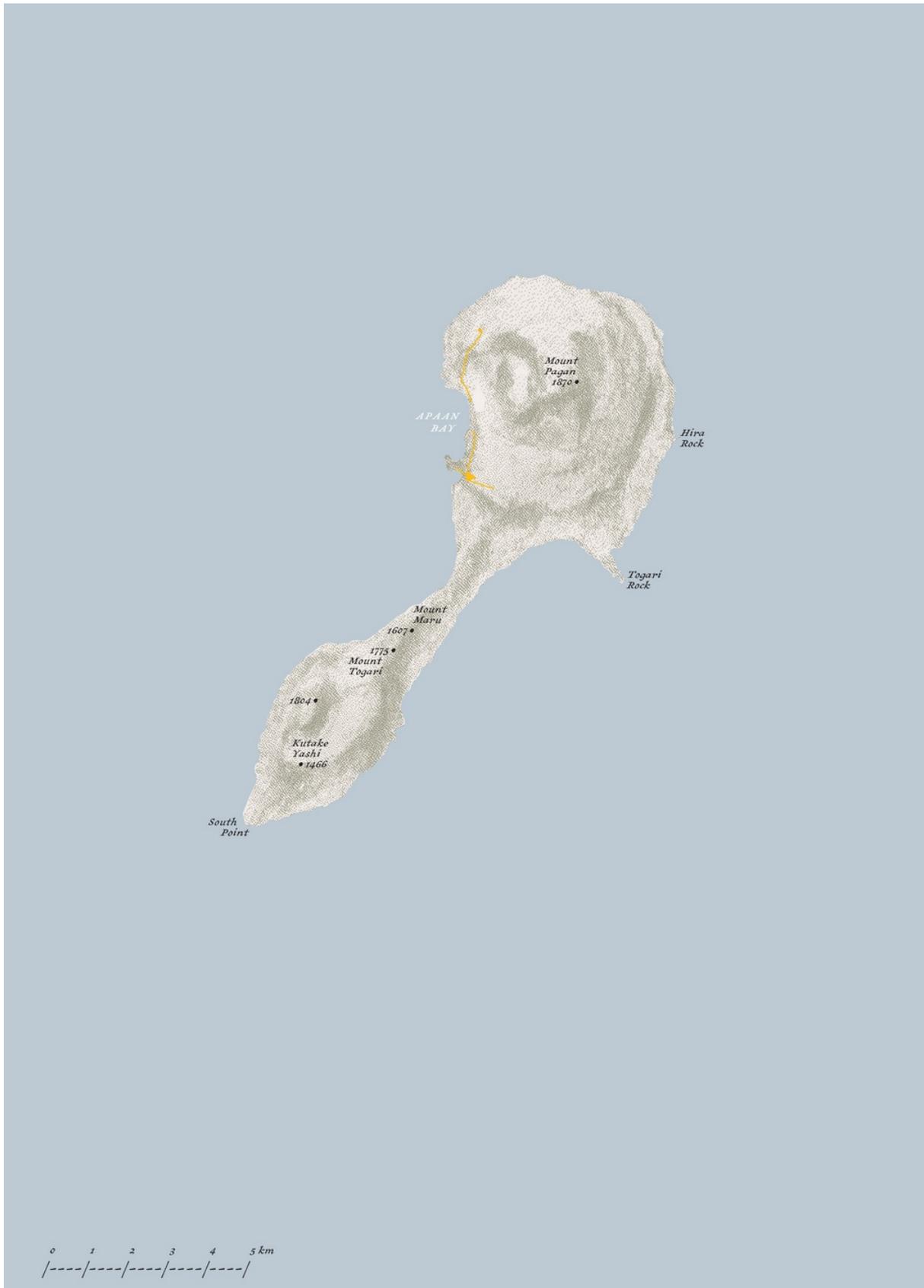
Aquí, donde la placa tectónica del Pacífico roza con la de Filipinas, se abre la fosa de las Marianas, de profundidad kilométrica, y justo al lado se levanta la cadena montañosa más alta del mundo, es submarina pero eleva sus cimas volcánicas humeantes muy por encima de la superficie del mar.

La erupción de dos de esas montañas de fuego creó Pagana, una isla doble, unida por un pequeño istmo, cuya parte más estrecha no alcanza los cien metros de ancho.

En las faldas de las montañas del norte se encuentra el poblado de Shomushon; sus habitantes quieren ser evacuados porque desde hace unos días la cima del volcán está expulsando columnas de humo y la tierra ha empezado a temblar, pero nadie les presta atención. Los expertos aseguran que el volcán no es peligroso.

Pero el 15 de mayo de 1981 el volcán entra en erupción, comienza a expulsar llamaradas de fuego, arroja piedras incandescentes y chorros de lava hacia las alturas. El cielo se torna oscuro y llueve ceniza, huele a azufre y a

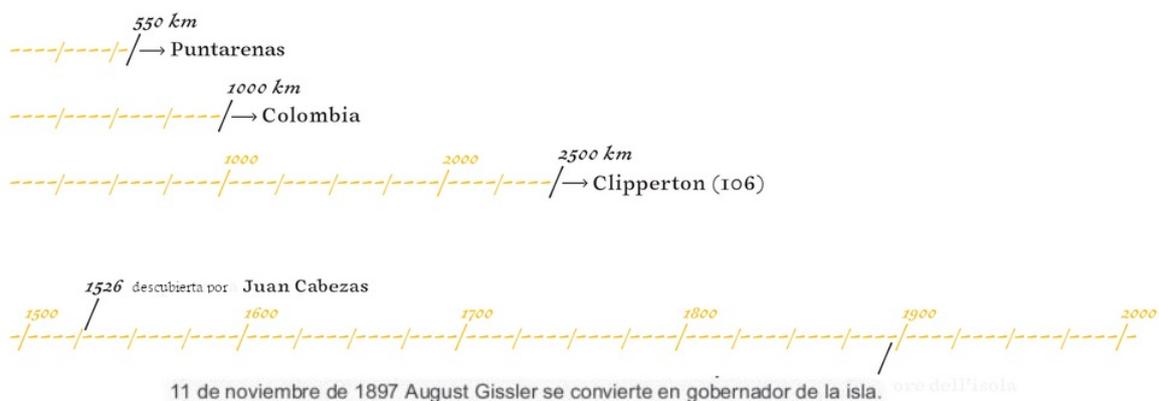
tierra quemada. Las cabañas de madera de Shomushon se tambalean y un torrente de ascuas ardientes fluye entre los palmerales. Pronto se puede escuchar el crepitar de las llamas por todo el pueblo y las chozas crujen y se desmoronan. El alcalde pide ayuda por radio de onda corta: ¡El fuego ya está aquí! ¡Vengan por nosotros! Para entonces, los sesenta habitantes del poblado ya habían huido a la parte sur de la isla, se resguardan bajo la cresta de una montaña y rezan para seguir a salvo del río de lava. Un poco más tarde son evacuados en avión; desde el cielo, pueden ver los tejados de sus cabañas, enterrados bajo una capa de ceniza negra. Desde entonces, solo quedan en Pagana veinte millones de toneladas de rocas volcánicas, cantidad suficiente para volver a construir el coliseo, el panteón y las termas de Caracalla.



# Isla de los Cocos (Costa Rica)

5° 32' N | 87° 4' O

24 km<sup>2</sup> | Deshabitada



Una isla, dos mapas, tres tesoros. August Gissler está completamente seguro de que encontrará el oro robado por los piratas que surcaban el Cabo de Hornos con sus barcos de velas negras: el botín de Edward Davis, los saqueos de Benito Bonito y el tesoro de la iglesia de Lima, que incluye una madona de tamaño natural hecha de oro macizo.

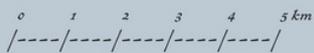
Gissler, el hijo de un fabricante de Remscheid, que prefirió ser marinero antes que director de una fábrica de papel, ahora observa con atención la cruz marcada en el mapa y lee las anotaciones: En la punta noreste de la Bahía Wafer, hay una pequeña gruta al pie de una roca con tres picos, continuar doscientos pasos hacia el interior, siguiendo la corriente. Gissler tiene treinta y dos años, ojos azules y barba poblada, cuando, pala en mano, da con ese lugar y no encuentra nada más que tierra húmeda. Cava un agujero tras otro, tan profundos que sus tobillos se hunden en una corriente de agua subterránea y tan anchos que podría enterrar un barco, pero no encuentra sus sueños.

En un tugurio del puerto compra más mapas, procedentes de la colección familiar del nieto de un pirata; están marcados con cruces antiguas y más

modernas. Los estudia con atención, sigue las anotaciones y no deja de excavar en la arcilla oscura de la isla. Horada toda la superficie con pico y pala, cava en círculos y busca financiación y posibles socios, para ello vende participaciones de la recién creada Cocos Plantation Company, fundada a propósito en esta isla de oro. Su esposa y seis familias alemanas le siguen, se asientan todos juntos en una bahía de esta isla tropical, construyen barracas, plantan café, tabaco y azúcar de caña. Siguen cavando y cavando pero no encuentran nada.

Tres años después los Gissler vuelven a estar completamente solos, sus socios los han abandonado, por lo que son los únicos poseedores por derecho de una riqueza que no son capaces de encontrar. Buscar es más importante que encontrar, piensa Gissler, y cada agujero vacío constituye otra prueba más de que el tesoro tiene que estar escondido en cualquier otro lugar de las dos mil cuatrocientas hectáreas de este pedazo de tierra. Su mujer acaba abandonándolo.

Cuando deja la isla en 1905, no queda en toda la superficie un solo espacio sin excavar, la barba le llega hasta la cintura y ha perdido dieciséis años de su vida. En toda su vida solo encontró treinta ducados de oro y un guantelete dorado. Poco antes de morir en Nueva York el 8 de agosto de 1935 declaró lo siguiente: Estoy convencido de que un gran tesoro está oculto en la isla, pero había que emplear mucho más tiempo y más dinero para encontrarlo. Si fuera joven, retomaría esta búsqueda una vez más, desde el principio.



## Takuu (Papúa Nueva Guinea)

4° 45' S | 156° 59' E

Takuu: también *Tauu* | Inglés: también *Mortlock Islands*

1,4 km<sup>2</sup> | 560 habitantes



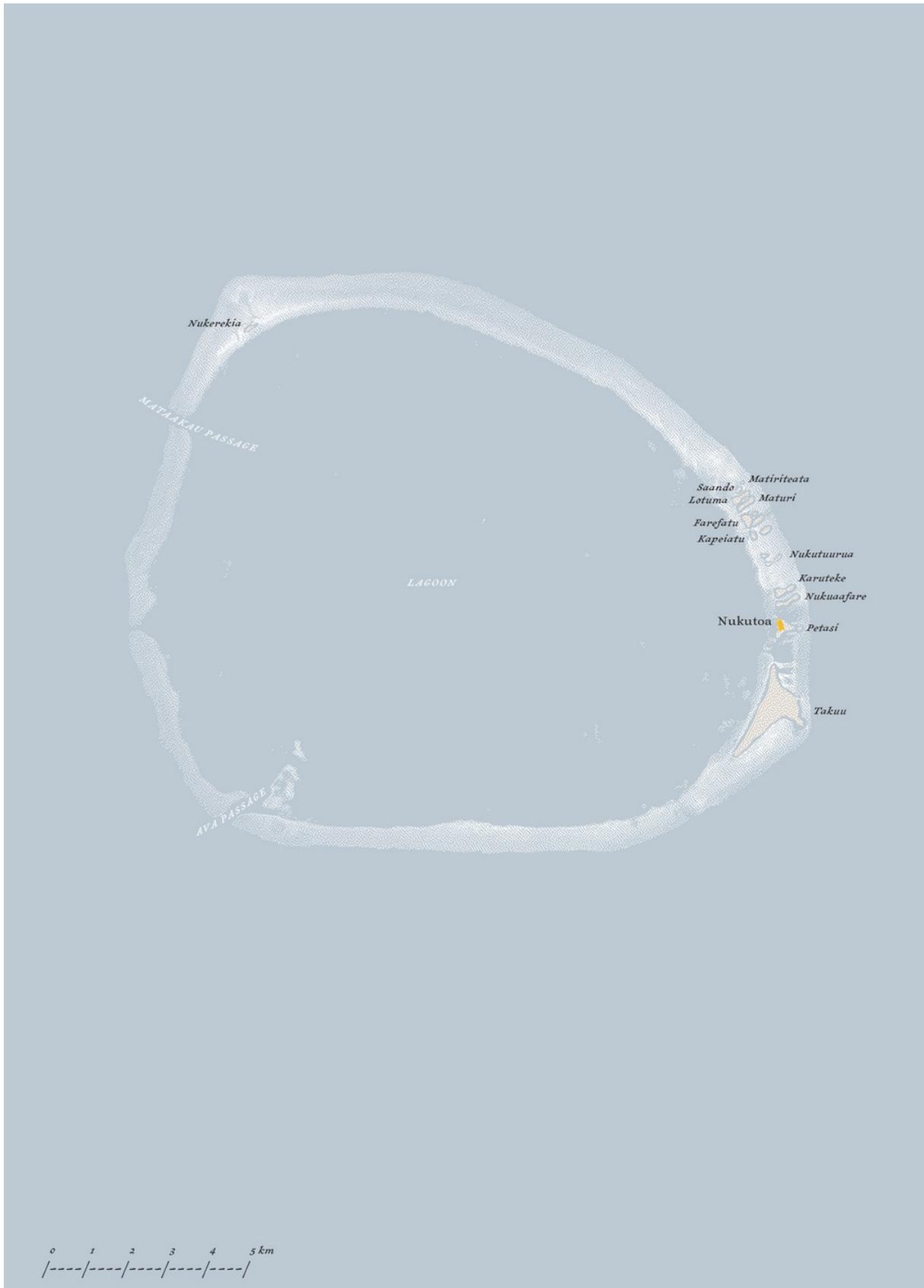
Los misioneros y los investigadores tienen completamente prohibido poner un solo pie sobre esta isla: los habitantes de Takuu quieren permanecer leales a los suyos y sus creencias. Necesitan la cercanía de los espíritus, quienes hace tiempo levantaron este atolón con los huesos del océano y de los antepasados y que desde entonces protegen la isla, este frágil anillo de arena, que se alza apenas un metro por encima de la superficie del mar. Las mareas ascienden, el viento no deja de soplar y la isla se está hundiendo. Después de cada tormenta la playa ha menguado, el mar engulle trozos enteros de tierra por la noche. La culpa la tienen la fricción de las placas tectónicas en constante movimiento y el cambio climático. El mar se adentra cada vez más en la tierra, anega las raíces de los palmerales y sala las aguas subterráneas, tanto que las plantas de ñame se marchitan y no hay comida suficiente para saciar el hambre de los isleños.

Los ancianos no creen que Takuu se vaya a hundir y se niegan a abandonar la isla, intentan construir diques, amalgaman raíces, arenisca y piedras para formar masas fangosas y compactas que depositan en las orillas

más amenazadas por el mar; también rezan a los espíritus y piden ayuda a los antepasados.

Los jóvenes no se paran a pensar, ni en el futuro ni en el pasado, y día tras día beben leche de coco fermentada por el sol. De las ramas de los árboles cuelgan innumerables botellas de plástico para producir el licor.

Takuu se hundirá, en un mes, en un año.



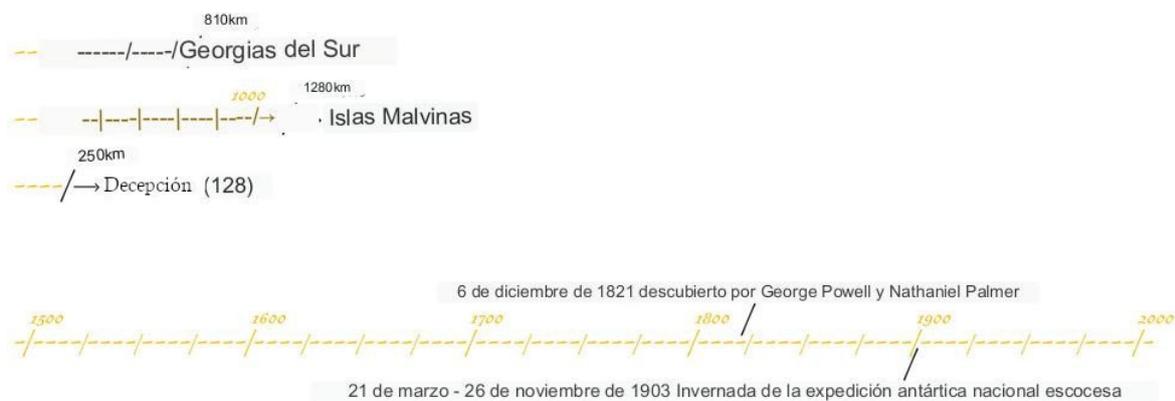
# OCÉANO ANTÁRTICO

## Lauría Islas Oreadas del Sur (Antártida)

60° 44' S | 44° 31' O

Inglés: *Laurie Island*

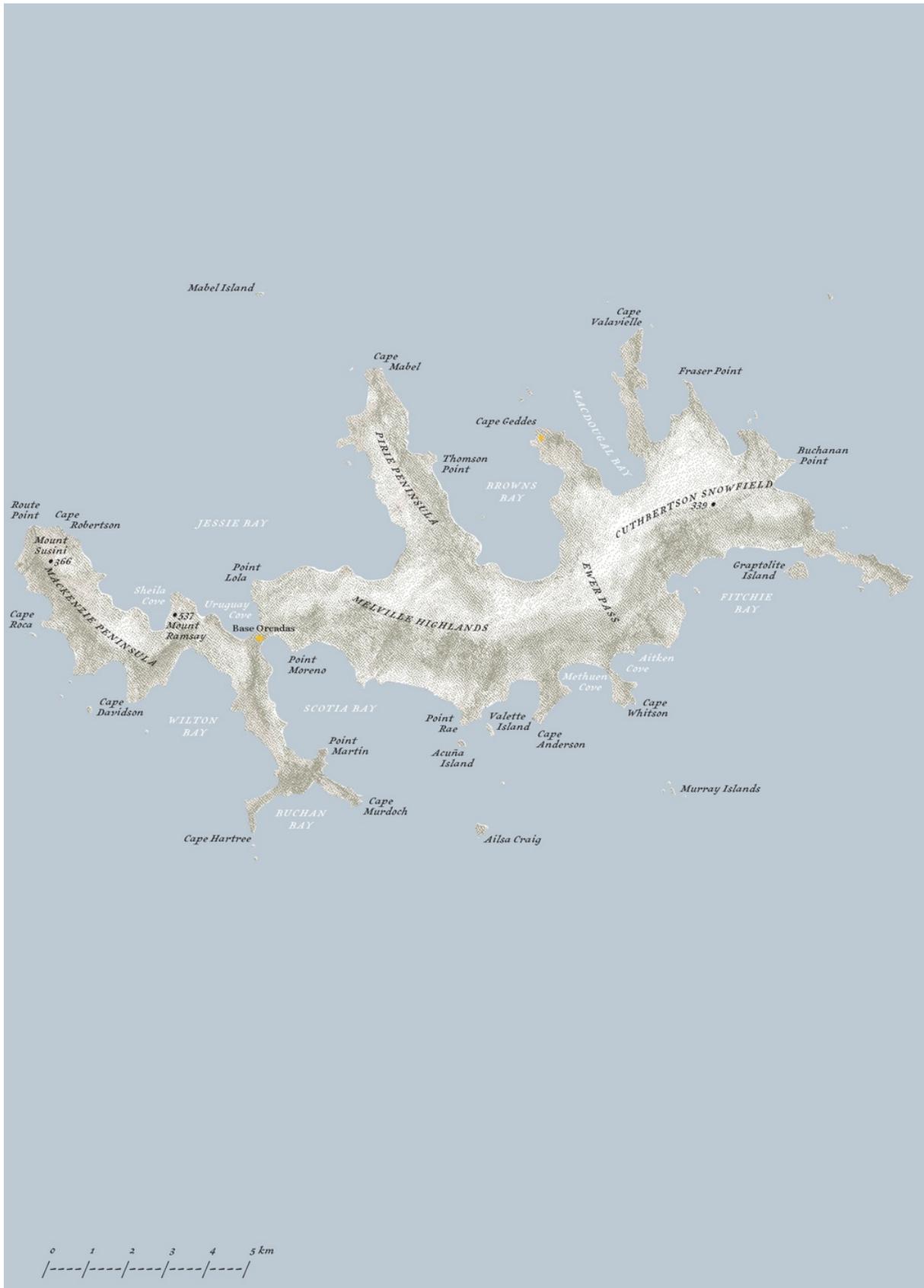
86 km<sup>2</sup> | 14-45 habitantes



Allan George Ramsay está llegando a su final; durante el viaje entre Troon y las islas de Cabo Verde sintió de nuevo el punzante dolor en el pecho que había empezado a mostrarse durante su semana de descanso en las islas Malvinas y que cada vez aparecía con más frecuencia e intensidad. Ya no podía negar la evidencia: él, el jefe de máquinas del *Scotia*, estaba gravemente enfermo; pero decidió no decírselo a nadie. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Ponerse en contacto con el jefe de expediciones, para que lo enviaran de vuelta al hogar en Escocia lo antes posible, a sabiendas de que estaban en mitad de la nada, donde nadie tenía los conocimientos necesarios para reemplazarlo? No tenía elección y además, y especialmente, quería ver con sus propios ojos las montañas blancas del sur y los glaciares emergentes de la Antártida.

Vio todo esto en febrero, cuando quedaron bloqueados por el hielo y no pudieron seguir avanzando hacia el sur, entonces decidieron pasar el invierno en Lauría. Tras fondear las playas de la orilla durante varios días, por fin

encontraron un recodo seguro y resguardado para desembarcar, entonces Ramsay ya no pudo hacer nada más. Mientras la tripulación del *Scotia* se adentraba en las espesas capas de nieve para construir cabañas, clasificar colonias de pingüinos y realizar todo tipo de investigaciones meteorológicas y magnéticas, Ramsay permanecía en el barco, envuelto en numerosas mantas, acurrucado junto a la única estufa del camarote. Murió el 6 de agosto de 1903 de un fallo cardíaco; dos días más tarde, enterraron su cuerpo en la playa norte de la Bahía Escocia, a los pies de una montaña que desde entonces lleva su nombre. La tripulación completa de la Expedición Nacional Escocesa a la Antártida y algunos pingüinos lo velaron; Kerr, el asistente de laboratorio, vestido de kilt, tocó con la gaita una canción fúnebre escocesa: Ordeñando ovejas escuché esta canción / que cantan las Jóvenes en los días oscuros / mientras se lamentan por estos tristes motivos: / Las flores de los bosques están todas marchitas, siempre completamente acabadas. / El orgullo de nuestra tierra yace frío sobre el barro.

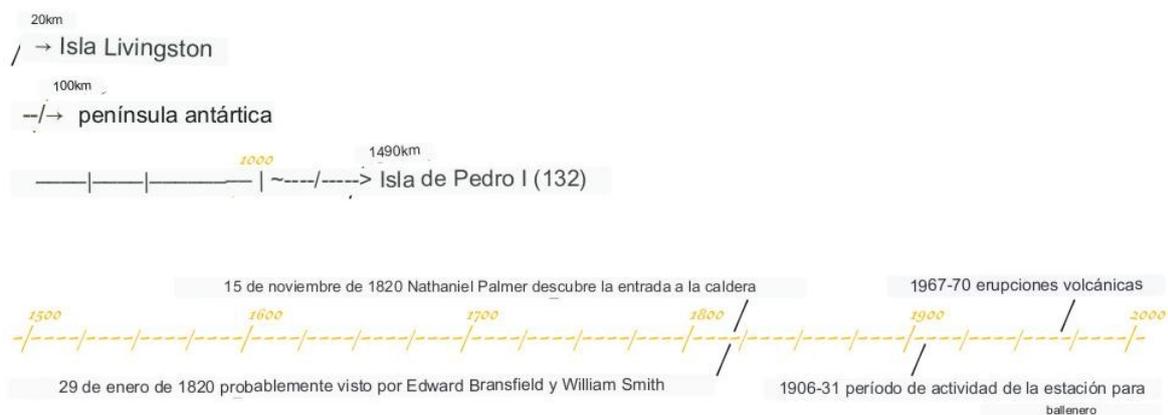


# Isla Decepción *Islas Shetland del Sur (Antártida)*

62° 57' S | 60° 38' O

Inglés: *Deception Island*

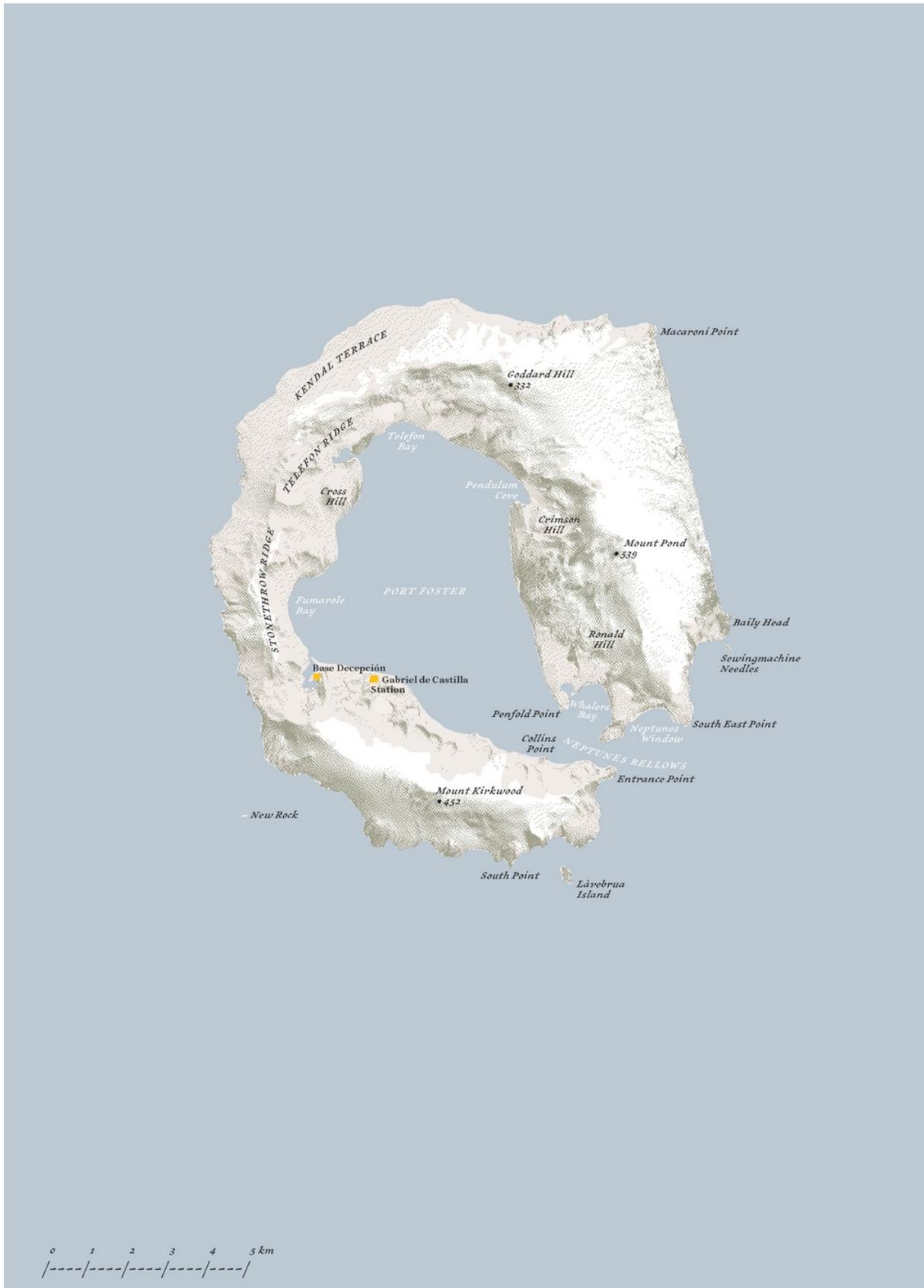
98,5 km<sup>2</sup> | Deshabitada



Es fácil pasar por alto la entrada a la Caldera, cuya apertura no mide más de doscientos metros de ancho. En esta zona, indistintamente llamada el Fuelle de Neptuno, las Puertas del Infierno o la Boca del Dragón, el oleaje nunca cesa. Un poco más al sur, bajo un volcán dormido, se esconde uno de los puertos más seguros del mundo: la Bahía de los Balleneros, aunque los habitantes de la isla llamaron a este lugar el Fiordo de Arena. Aquí se encuentra la planta de procesamiento de aceite de ballena más al sur del mundo; posee incluso su propia flota: dos barcos de triple mástil, ocho pequeños balleneros de vapor y dos grandes. Aparte de algunos fogoneros chilenos, en Decepción viven doscientos noruegos y una mujer: Marie Betsy Rasmussen, la primera y única criatura del género femenino que ha soportado la vida en la Antártida. Es la esposa del capitán Adolfo Amandus Andresen, jefe de una de las tres compañías balleneras que desde hace dos años faenan en la isla.

La temporada se extiende desde finales de noviembre hasta los últimos días de febrero; cazan con nuevos métodos, probados en el norte: cañones situados en la cubierta delantera de los barcos disparan arpones con cargas explosivas que se clavan profundamente en el lomo de estos grandes animales. Todo ballenero que se precie puede distinguir, incluso desde lejos, los distintos tipos de ballenas: la jorobada expulsa pequeños chorros de agua y tiene una pequeña giba en la espalda; la ballena de aleta es fácilmente reconocible por su chorro ligeramente ladeado; y la más valorada de todas es la ballena azul, identificable por su aleta dorsal y por lanzar la columna de agua más alta. Un barco puede cazar hasta seis animales en un solo día y arrastrarlos por la tarde hasta la orilla. En las playas negras de la bahía, los balleneros arrancan la barba de las ballenas de sus mandíbulas, las despellejan por completo, despedazan su carne y la separan de la grasa, extraen el preciado oro blanco y lo hierven en enormes contenedores para extraer el aceite. Las calderas no se alimentan con carbón, sino con cadáveres de pingüinos muertos, cazados en la Bahía de Baily.

Los despojos se dejan en la orilla para que se pudran o se los lleven las olas. Los esqueletos blancos brillan sobre la arena oscura de la playa, el agua se torna roja por la sangre y el aire está impregnado del hedor a carne podrida. Millares de cadáveres de ballenas despedazadas se descomponen en los cráteres de la orilla, desbordados por tantos cuerpos.

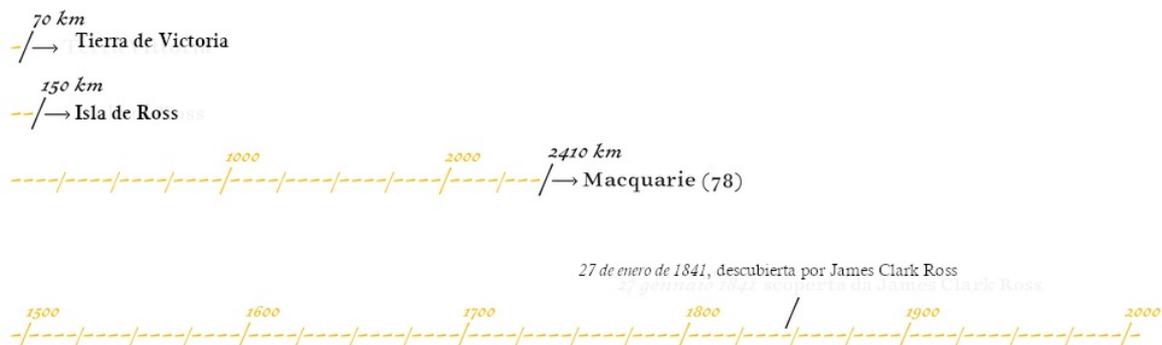


## Isla de Franklin (Antártida)

76° 5' S | 168° 19' E

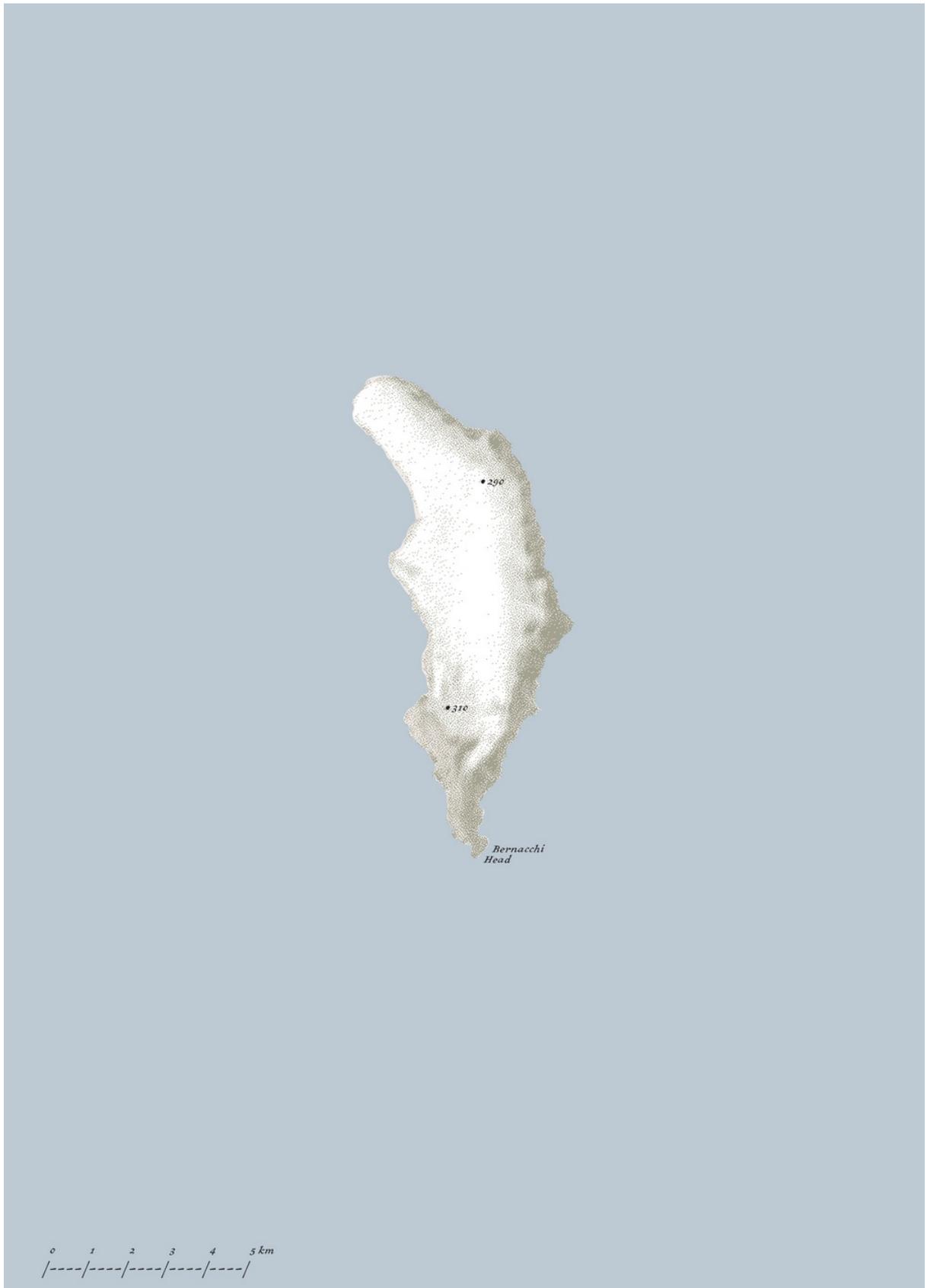
Inglés: *Franklin Island*

33 km<sup>2</sup> | Deshabitada



Los barcos de su majestad, *Terror* y *Erebus*, fueron diseñados y probados para navegar a través del hielo. Estos bombarderos resultan tan poco elegantes como cajas de zapatos, pero ningún otro barco tiene un fuselaje tan resistente y cada uno de ellos porta en el interior de su casco blindado una poderosa máquina de vapor de quince toneladas. Son barcos de guerra, equipados para la batalla contra el hielo. Una mañana, cuando la niebla se disipa, amanecen ante una bahía, blanca y profunda, a orillas de una isla. El capitán James Clark Ross deja el *Erebus* al mando de un oficial y rema hasta la costa en un pequeño bote, seguido por el comandante Francis Crozier y un grupo de marinos del *Terror*. El oleaje es tan alto e intenso, que no pueden desembarcar; entonces, en una maniobra muy osada, el capitán salta del bote y aterriza en unas rocas de la orilla, a continuación ayuda a los demás a alcanzar la isla, lanzándoles unas sogas. Hace tanto frío que todo el suelo está cubierto por una capa de hielo.

La isla no es más que un cúmulo de piedras volcánicas; su punta norte no mide más de un pie de ancho, es una franja blanca inmaculada, tachonada con rocas negras; en ninguna parte hay el menor atisbo de vegetación. Para regocijo de toda la tripulación, el capitán Ross llama a la isla Franklin, en honor de su excelencia de la marina real, sir John, héroe victorioso de Trafalgar, actual gobernador de la Tierra de Van Diemen [actual Tasmania] e investigador polar, quien aún sueña con encontrar el Paso del Noroeste. Cuatro años más tarde, Franklin iniciará la búsqueda de este atajo en el hielo, que constituye la ruta más rápida hacia Oriente. Solo dos barcos resultan adecuados para esta expedición: el *Terror* y el *Erebus*. El primero está capitaneado por Francis Crozier, primer oficial, pero siempre a las órdenes de Franklin. Ambos barcos quedan atrapados en el hielo de la costa norte de la Isla del Rey William y no se vuelve a saber nada de ellos. El mundo entero espera en vano tener noticias suyas. Comienza entonces la búsqueda más importante de la historia de la marina británica. El capitán Ross también forma parte de esta misión, con varios barcos y perros árticos. Pero no encontrará a sir John, tampoco a su amigo Crozier ni a los dos bombarderos, con los que durante tanto tiempo explorara la costa antártica. El abismo y la oscuridad del destino de estos barcos permanece desconocido. Esta pequeña isla de lava constituye un monumento a Franklin, aunque su tumba yacía bajo el hielo en el polo opuesto de la Tierra.



## Océano Antártico

### Pedro I (Antártida)

68° 53' S | 90° 34' O

Ruso: *Ostrow Petra I* | Noruego: *Peter I Øy*

156 km<sup>2</sup> | Deshabitada



Lars Christensen, armador marino y cónsul del Fiordo de Arena, prepara su ballenero, el *SS Odd I*, para una nueva expedición. Completamente cargado de carbón, el 12 de enero de 1927 el barco parte del puerto de la Isla Decepción. Cinco días más tarde alcanza su objetivo: la Isla de Pedro I, descubierta hace más de un siglo, aunque nadie ha logrado aún desembarcar en ella y está casi todo el año cercada por masas de hielo. El barco navega alrededor de toda la isla; en la costa oeste se eleva la cima más alta: un volcán; resulta imposible saber si está dormido o extinto. La gélida costa es escarpada por todos lados, parece como si las rocas de hielo se recortaran en vertical sobre el encrespado mar. Esa tarde el capitán intenta llegar a tierra con un pequeño bote, pero todo es inútil, no existe ningún recodo resguardado donde puedan echar el ancla, no hay ni un solo lugar para desembarcar, tan solo encuentran playas muy estrechas, formadas por glaciares y guijarros negros, que alargan sus lenguas hacia el océano. Llegar a tierra es imposible,

pero para poder mostrar algo a su regreso, para que su viaje no haya sido en vano, recogen fragmentos de piedras de la orilla.

El geólogo Olaf Anton Broch examina las piedras minuciosamente: Las presentes muestras, compuestas por ciento setenta y cinco piezas, son en su gran mayoría guijarros de la costa; su tamaño oscila entre media nuez y el doble de un puño cerrado. Algunas de ellas poseen poca solidez, su consistencia es quebradiza, prácticamente se descomponen al tocarlas. Fueron encontradas en las proximidades de la costa oeste, especialmente en el Cabo Ingrid Christensen. Hay distintos ejemplares de cada tipo de roca, aunque no cabe destacar grandes variaciones geológicas, casi todas las piedras presentan una composición similar. Todas las muestras examinadas tienen origen volcánico. Un estudio superficial podría dar la impresión de que se trata de una gran variedad de tipos de piedras diferentes, pero un análisis más detallado reduce las diferencias. Concretamente, el estudio de veintidós fragmentos revela que las muestras están compuestas fundamentalmente por basalto, andesita y la así llamada traquiandesita. La variedad que más predomina es la de basalto. Cabe concluir por lo tanto que la constitución de la Isla de Pedro I es principalmente basáltica. No se puede decir mucho más sobre una tierra que nunca ha sido pisada por nadie.



# GLOSARIO

- *Arete* (fr.): Cadena
- *Bahia* (port, ant.): Bahía
- *Baia* (port.): Bahía
- *Baie* (fr.): Bahía
- *Bank* (ing.): Bancal
- *Basin* (ing.): Cuenca
- *Bay* (ing.): Bahía
- *Beach* (ing.): Playa
- *Bight* (ing.): Ensenada
- *Bluff* (ing.): Acantilado
- *Bree* (nor.): Glaciar
- *Buchta* (rus.): Bahía
- *Bukt* (nor.): Bahía
- *Cabo* (port.): Cabo
- *Cachoeira* (port.): Catarata
- *Cap* (fr.): Cabo
- *Cape* (ing.): Cabo
- *Cave* (ing.): Cueva
- *Cova* (port.): Cala
- *Cove* (ing.): Cala

- *Cratère* (fr.): Cráter
- *Creek* (ing.): Arroyo
- *Elv* (nor.): Río
- *Enseada* (port.): Ensenada
- *Falaise* (fr.): Acantilado
- *Fjell* (nor.): Monte
- *Glen* (escoc.): Valle
- *Gora* (rus.): Montaña
- *Gulch* (ing.): Barranco
- *Hallet* (nor.): Cordillera
- *Hamna* (nor.): Puerto
- *Hana* (jap.): Punta, cabo
- *Harbour* (ing.): Puerto
- *Head* (ing.): Cabo
- *Hill* (ing.): Colina
- *HMS* (ing.): Barco de su Majestad
- *Holme* (nor.): Isla
- *Île* (fr.): Isla
- *Ilha* (port.): Isla
- *Ilhéu* (port.): Islote
- *Insel* (alem.): Isla
- *Island* (ing.): Isla
- *Isle* (ing. ant.): Isla
- *Islet* (ing.): Islote
- *Iwa* (jap.): Peña, roca
- *Jima* (jap.): Islote, roca
- *Kap.* (alem.): Cabo
- *Kapp* (nor.): Cabo
- *Kyst* (nor.): Costa

- *Lac* (fr.): Lago
- *Lagon* (fr.): Laguna
- *Lagoon* (ing.): Laguna
- *Laguna* (rus.): Laguna
- *Lake* (ing.): Lago
- *Lednik* (rus.): Glaciar
- *Light* (ing.): Faro
- *Massiff* (fr.): Macizo
- *Maunga* (rapa): Pico
- *Mont* (fr.): Monte
- *Motu* (polines.): Arrecife
- *Mount, mountain* (ing.): Montaña
- *Mullach* (escoc.): Colina
- *Mys* (rus.): Cabo
- *Nuk* (motu): Arrecife
- *Odde* (nor.): Punta, saliente
- *Osero* (rus.): Mar
- *Ostrow* (rus.): Isla
- *Øy* (nor.): Isla
- *Pass, passage* (ing.): Pasaje
- *Passe* (fr.): Pasaje
- *Peak* (ing.): Pico
- *Peninsula* (ing.): Península
- *Pic* (fr.): Pico
- *Pik* (rus.): Pico
- *Plain* (ing.): Llanura
- *Plata* (nor.): Meseta
- *Plateau* (ing., fr.): Meseta
- *Point* (ing.): Punta

- *Pointe* (fr.): Punta
- *Poluostrow* (rus.): Istmo
- *Ponta* (port.): Punta
- *Port* (ing., fr.): Puerto
- *Porto* (port.): Puerto
- *Proliw* (rus.): Estrecho
- *Pulo* (polines.): Islote
- *Range* (ing.): Cordillera
- *Ravine* (fr.): Barranco
- *Récif* (fr.): Arrecife
- *Reef* (ing.): Arrecife
- *Ridge* (ing.): Cresta
- *River* (ing.): Río
- *Rivière* (fr.): Río
- *Roche* (fr.): Roca, peñón
- *Rock* (ing.): Roca, peñón
- *Rutschej* (Rus.): arroyo
- *Ryggen* (nor.): Cordillera, cresta
- *Saliw* (rus.): Golfo
- *Sjøen* (nor.): Laguna
- *Slette* (nor.): Llanura
- *Stac* (escoc.): Islote
- *Strait* (ing.): Estrecho
- *Stream* (ing.): Arroyo
- *Tanjong* (indon.): Cabo
- *Telok* (malayo): Bahía
- *Tô* (jap.): Isla
- *Topp* (nor.): Pico
- *USS* (ing.): Barco de los Estados Unidos

- *Vallée* (fr.): Valle
- *Valley* (ing.): Valle
- *Vatn* (nor.): Lago
- *Versant* (fr.): Vertiente
- *Vik* (nor.): Bahía
- *Wan* (jap.): Bahía
- *Wodopad* (rus.): Catarata
- *Wulkan* (rus.): Vulcán
- *Yama* (jap.): Montaña